



Comedias



Paradas y Giménez

EL SOBRE VERDE

A. Paso y G. del Toro

La Pura Verdad

Número extraordinario. **UNA** pts.



EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 26.

Apartado 8.030

MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza.....	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos.....	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita.....	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante.....	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral.....	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor.....	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor..	2,50
José Francés: Su Majestad.....	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo....	5,00
Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández: Los extremeños se tocan.....	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros

ENRIQUE PARADAS Y JOAQUIN JIMENEZ

EL SOBRE VERDE

SAINETE CON GOTAS DE REVISTA EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN
VARIOS CUADROS,

MÚSICA DE

JACINTO GUERRERO

Estrenado en el Teatro Victoria, de Barcelona, el día 22 de Enero, y
en el Teatro Apolo, de Madrid, el 14 de Marzo de 1927

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>Chelo, Organillera y Madrileña.....</i>	Blanquita Suárez.
<i>Moneda de Oro, Madam Savigne y Andaluza</i>	Selica Pérez Carpio.
<i>Filomena</i>	Carmen Andrés.
<i>Mimi y la Fortuna.....</i>	Amalia Robert.
<i>Fifi y Catalana.....</i>	Angelita Durán.
<i>La Malhuele</i>	Paso (M.)
<i>Don Nicanor</i>	Lino Rodríguez.
<i>Simeón</i>	Paco Gallego.
<i>Premio Gordo, el Trabajo y Garabito...</i>	Jesús Navarro.
<i>José María</i>	Manuel Cumberras.
<i>Viejo 1.º.....</i>	Juan Frontera.
<i>Faroles, Maître D'Hotel y Carbonilla</i>	Juanito Martínez.
<i>Portero mayor, Policarpo y Viejo 2.º.</i>	Rafael Gallegos.
<i>Intérprete, Sereno 1.º y Viejo 3.º...</i>	Antonio Iborra.
<i>Pestño y Viejo.....</i>	Federico Perales.
<i>Manchao.</i>	Señor Aznar.
<i>Sereno 2.º y Camarero 2.º.....</i>	Señor Morina.
<i>Tirita.</i>	Sr. González.

Premios chicos, modistas, oficiales, golfos, organilleras, pollos
peras, chulos madrileños, invitados, etc. El decorado de esta
obra es original de Martínez Gari y César Bulbena.

Los bailables han sido puestos por el señor Barta.

Vestuario de la Casa Peris.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa la fachada principal de la Casa de la Moneda. Es de noche. Varios golfos calentándose en una hoguera, que estará situada en lateral derecha.

PES. ¡Ch'cos, estoy helao!

MAN. ¡Y yo congelao!

PES. Propongo un partido de futbol con el hongo de don Nicanor.

MAN. Pa luego es tarde. ¿Qu'én se lo va a quitar?

PES. Yo mismo. ¡Ahí va el hongo!

NIC. ¡Qué gentuza! ¡Y que tenga yo que alternar con estos golfos!...

PES. ¡Dos a cero!... *(Dándole una patada al hongo de Nicanor.)*

CHE. Dos bajo cero, querrás decir. ¡Vaya noche de frío!

SIN. Esto debe ser una ola.

CHE. Pues es una ola de vaya usted con Dios.

CAR. *(Cogiendo el hongo de don Nicanor.)* ¡Vaya! ¡Se acabó el partido! Al primero que dé al sombrero con el pie, le doy en la cara. Si tenéis frío os calentáis con las manos.

NIC. Déjalos, Carbonilla. No te comprometas por mí.

CAR. ¿No os da vergüenza meteros con este pobre hombre?

MAN. Y contigo también. *(Carbonilla y Manchao se vienen a las manos.)*

CHE. ¡Guardias! ¡Guardias!

MAL. ¡Serenoo! ¡Serenoo!

SER. 1.º ¿Qué pasa aquí?

CHE. Los de la cola, que se pegan.

SER. 2.º Vamos a ver. ¡Quieto too el mundo!

SER. 1.º ¿Qué es lo que ha pasao?

MAN. Este que...

CAR. ¡Diga usted que ha sido él!

PES. ¡Has sido tú!

SER. 1.º ¡Silencio! Que hable uno sólo.

NIC. Yo hablaré, señores representantes de la Autoridad y veladores del orden.

SER. 1.º Nos ha llamao veladores.

SER. 2.º Déjalo que siga.

NIC. Para esta cola, que todos los años se forma el día antes del sorteo de Navidad en los umbrales de la Casa de la Moneda,

debía reservarse el derecho de admisión. Porque eso de que aquí venga too pelé y melé no es lícito.

CHE. ¡Adiós, el marqués!

NIC. Yo no soy marqués, pero tampoco soy un gofo como tú. Yo soy un desgraciao, que no es lo mismo. Todavía hay clases. Y vamos al asunto: La cosa es que aquí unos cuantos sinvergüenza se han apoderado de mi sombrero, se han puesto a jugar con él un partido y me lo han partido. Y es que a estos miserables parásitos, les choca que uno gaste sombrero. Como ellos están acostumbraos a ir a toas partes de gorra, en cuanto le ven a uno de canoa, sirve de caneo. ¡Ignorantes! No podéis negar que sois unos arrimaos a la cola.

PES. Y usted también.

NIC. Yo soy el primero. Soy la cabeza.

CHE. ¡Pues anda, que no se da postín el tío! Y está como los demás: a ver si saca un duro por el puesto.

NIC. Eso no es verdá. Yo no vengo a vender el puesto. Vengo a presenciar el sorteo.

SER. 1.º ¿Y tú pa que quieres ver el sorteo?

NIC. Porque no lo he visto nunca y no quiero morirme sin conocer de cerca ese alhigüí nacional. Mejor d'cho, esto no es un alhigüí. Esto de la lotería es un símbolo nacional. Porque no se puede negar que España es el país del bombo y de las bolas.

TOD. ¡Bien dicho! (*Aplauden.*)

CAR. ¿Pero qué os habéis creído? Si este don Nicanor desciende de familia bien, aunque lo veáis tan mal.

SER. 1.º Y ¿tú a qué te dedicas?

NIC. No me dedico a nada. Vivo de los buenos amigos.

CHE. Profesor de esgrima.

NIC. Tampoco doy sablazos. Mi padre fué ganadero en sus buenos tiempos, y yo conservo las buenas amistades del autor de mis días. Compañeros suyos fueron todos los que tienen ganaderías de reses bravas, y ellos, compasivos y magnánimos, me dan para comer y me visten con la ropa que desechan. Este traje es de Miura; este sombrero es de Saltillo; estas botas son de Palhas, y esta camisa, sucia ya, porque la llevo puesta dos meses, de Veragua.

SER. 1.º Entonces, ¿tú no has trabajado nunca?

NIC. Nunca. He tenido miedo de trabajar por si hacía el ridículo. Así voy viviendo y así voy tirando, mejor dicho, recogiendo, hasta que Dios me recoja en su seno.

TIR. (*Aparte.*) (Parece un tío listo).

MAN. (*Aparte.*) (Lo que es, es un tío gorrón, a pesar del hongo).

SER. 1.º Bueno. Pues una vez aclarao este incidente, a descansar toos, que bastante habéis trabajado.

SER. 2.º Hala, hala. Ca uno a su puesto. *(Todos comienzan a pelearse por ser los primeros y arman la gran tremolina.)*

SER. 1.º ¿Pero qué es eso? ¡Vamos a ver si hay orden!

PES. Si es que yo estaba el segundo. Detrás del señor del hongo.

MAN. ¡Mentira! ¡Tú que vas a estar!

SER. 1.º ¡Vaya! ¡Esto se ha acabao! Ahora os vais a colocar como yo diga. Primero, las señoras.

NIC. Oiga, oiga, velador del orden. El primer puesto lo ocupo yo por derecho propio.

SER. 1.º Ya lo sé. Pero hay que ser galante con las damas. La mujer debe ser siempre la primera y sin tocar.

NIC. Hombre, ha tocao usted a un punto muy delicao. Precisamente yo opino que en España estamos así porque hemos dejao que se nos pongan las mujeres por delante. Y los hombres estamos perdiendo el puesto que nos corresponde. Las mujeres en las oficinas, en los comercios, en el «Metro», en el Ayuntamiento... Así están de masculinizadas. Luego nos extraña que no respeten a los padres ni a los maridos... Por supuesto, qué respeto van a tener a los padres, si ya se afeitan los «abue'os»...

CAR. Tie razón don Nicanor. Los hombres delante. Las mujeres a la cola.

TOD. ¡A la cola! ¡A la cola!

SER. 1.º ¡Silencio! Postergarlas, tampoco. Ahora os vais a colocar como yo diga, y si no vais toos a la Comisaría. Respetemos el derecho de éste, porque es cierto que lleva dos días a la intemperie; pero detrás de don Nicanor van las señoras.

NIC. ¡Ole! Las señoras siempre han ido detrás de mí.

CHE. Será que les haga gracia el hongo.

MAL. Le debe haber tocao en una tómbola.

SER. 1.º ¡A callar y a dormir! Y vosotros, a colocaros en fila y sin protestar. *(Todos se van tumbando en el suelo.)*

SER. 2.º Bueno. Ya están toos co'ocaos.

SER. 1.º Pues, hala. Ca mochuelo a su olivo. *(Vanse los sereños y la orquesta comienza a preludiar. A poco, cuando ya se supone que todos están dormidos, aparece La Fortuna, seguida del portero mayor.)*

POR. ¿Qué desea Su Majestad la Fortuna?

FOR. Deseo saber qué algarabía es la que hay esta noche a la puerta de mi casa.

POR. No paséjs cuidado, señora. Son estos pobres golfos. Estos desheredados de la Fortuna.

FOR. ¿Desheredados míos? Eso no es cierto. Yo no he desheredado a nadie. Estos acaso sean hijos de la desgracia.

POR. Perdonad, señora. Yo repito lo que la gente dice.

FOR. Muy mal dicho. ¿Y qué hacen aquí durmiendo?

POR. Formando cola para mañana vender sus puestos a los caprichosos que quieran presenciar el sorteo de la Lotería que se ha de celebrar en vuestro palacio. Cogen a'gún dinero y con él aplacan un poco su miseria.

FOR. ¿Ves como la Fortuna ampara siempre?

POR. Tenéis razón, señora.

FOR. ¡Pobrecillos!

POR. Este primero lleva aquí dos días pasando frío y hambre. Debe ser el más necesitado.

FOR. Llámale. Quiero hablar con él.

POR. (*Despertando a Nicanor.*) ¡Eh, amigo! ¡Arriba!

NIC. Soy el primero. ¡Vaya usted a la cola!

POR. ¡Arriba, hombre, arriba!

NIC. ¿Pero qué pasa? (*Poniéndose en pie.*) ¡Mi madre, qué señora!

POR. Esta que ves aquí es la Diosa Fortuna.

NIC. A los reales pies de Vuestra Majestad.

FOR. ¿Cómo te llamas?

NIC. Nicanor Novillo y Becerra. ¡Don Nicanor! Un juguete de la Fortuna.

FOR. Dirás un juguete de la desgracia.

NIC. Es igual. Al fin y al cabo un juguete.

FOR. ¿No tienes familia?

NIC. No tengo más compañía que la del hongo. Que a este paso pronto me va a dejar, porque como veis está ahuecando el ala.

FOR. ¿Trabajas?

NIC. Mucho. Vuestra Majestad no sabe el trabajo que cuesta vivir sin trabajar. ¡Ay, si Dios quisiera que mañana me tocase el premio gordo!...

FOR. ¡Ah! ¿Pero juegas a la lotería?

POR. Ya ve Su Majestad. No tiene para comer y juega.

NIC. Es que soy español. Y España y yo somos así, señora. Todo lo tomamos a juego. Hasta la miseria.

FOR. ¿Y juegas mucho?

NIC. Aquí, en secreto, os diré que llevo dos vigésimos.

FOR. ¡Qué horror!

NIC. Pero no me han costado ni un triste cuproníquel.

POR. Eso es que los habrá limpio.

NIC. ¡Caballero, yo no soy ladrón! Novillo no se ha ensuciado nunca las manos. Novillo lleva siempre la divisa de la honradez y la dignidad. Estos dos vigésimos han llegado a mi poder por conducto noble y honroso. Ahora que no me da la gana decir cómo. Si el Hada me favorece, lo haré público. Si no, el secreto bajará conmigo a la tumba helada.

FOR. A ver los vigésimos.

NIC. (*Saca del bolsillo un sobre verde y dentro de él lleva los dos vigésimos.*) Aquí los tenéis.

FOR. Número 12.121.

NIC. Capicúa, señora. Y suma siete. Número simbólico y cabalístico: Los siete Infantes de Lara. Los siete Niños de Eclija. Los siete pecados capitales y los innumerables sietes que llevamos siempre en la ropa los miserables y desgraciados.

FOR. ¿Juras por tu honor que estos vigésimos han llegado a tu poder de una manera lícita?

NIC. ¡Por mi honor y por mi nombre, señora!

FOR. Pues bien. Estate tranquilo. La Fortuna va a favorecerte. ¡Nicanor! Sígueme a mi Palacio.

NIC. ¿A Palacio? Gracias a Dios que voy a ver la parada.

OSCURO.

CUADRO SEGUNDO

Interior del Palacio del Oro de la Fortuna.

FOR. Portero mayor. Da orden de que salgan mis vasallos.

POR. Aquí todos, grandes y chicos. Su Majestad os llama.

MÚSICA.

(*Aparece el premio gordo y varios premios, grandes y chicos.*)

PRE.

Soy el gordo. Soy el grande
soy el que todos prefieren
y los hombres me persiguen
y me buscan las mujeres.
Cuando llega Nochebuena
corre tras de mí la gente,
pero yo suelo escurrirme
de sus manos fácilmente.

Y los que afanosos
corren tras de mí,
cuando me persiguen
me dicen así:

¡Ahí va! ¡Ahí va!

El gordo de Navidad.

¡Quién lo cogerá!

¡Quién lo pescará!

El que lo atrape,

feliz será;

mas sabe Dios

dónde caerá.

TODOS.

¡Ahí vá!
¡ahí va! etc,

HABLADO.

FOR. ¡Vasallos!

PRE. A los reales pies de Vuestra Majestad. *(Todos se inclinan y saludan.)*

FOR. Escuchadme atentos, que os voy a hablar. Sobre todo tú, que eres el premio mayor.

PRE. Siempre a vuestras órdenes.

FOR. Pon mucho cuidado en lo que voy a decirte. Mañana, en el gran sorteo que se ha de celebrar, oirás cantar el número 12.121. En cuanto lo oigas, saldrás inmediatamente. Y vosotros, estar también alerta, por si éste se descuidara, que salgáis alguno en seguida.

NIC. Oiga, amigo; no se descuide.

PRE. Estad tranquilos. Que yo saldré.

FOR. Quiero favorecer a este desgraciado.

PRE. Este desgraciado será mañana el más agraciado.

FOR. Vosotros podéis retiraros. *(Bis en la orquesta y mutis de los premios.)* ¿Qué te parecen mis vasallos?

NIC. Que son los amos del mundo. Cuantos millones de almas estarán a estas horas soñando con ellos. Pero no hacen más que soñar. Como yo, que indudablemente debo estar soñando.

FOR. No sueñas, Nicanor. Estás despierto, y bien despierto. Esto que ves es la realidad. Mañana serás rico.

NIC. Señora, no sé con qué pagaros tanta bondad.

FOR. Me basta con tu gratitud. Y ahora, para que tu ilusión sea completa, vas a conocer a mis damas de honor. Portero mayor, da orden de que salgan.

MÚSICA.

(Aparecen las Damas, que simbolizan el dinero. Monedas de oro de varios cuños, con trajes fantásticos.)

DAM. Somos damas de la Reina,
somos bellas palatinas;
las antiguas peluconas,
las rubias isabelinas.
En las arcas nos encierran
no nos dejan circular,
y en alhajas nos convierte
el que nos logra atrapar.
Ayer una maja,
loca de entusiasmo,

MON.

así me cantaba
al verme en sus manos :
De una monedita de oro,
voy a hacerme un guardapelo,
para meter tu retrato
y un ricitito del cabello.
Chispero de mis amores,
no tengo más ilusión
que llevarte aquí, en el pecho,
cerquita del corazón.
Para mirarte, para besarte,
para guardarte como un tesoro,
para que veas, ¡mi vida!, cuánto te adoro.
Monedita rubia y bonita,
en tus entrañas llevas lo que más quiero,
que es el retrato de mi chispero.

FOR. *(Terminado el número dice.)* Ahora, desfilad y cada uno a su puesto. *(Ataca la orquesta el motivo del couplet de los gordos y desfilan las monedas y los premios, que vuelven a aparecer. Con el desfile cae el*

TELÓN.

CUADRO TERCERO

La escena representa el patio de una casa de vecindad, situada en los arrabales de Madrid. Puerta grande en el foro y varias puertas numeradas en ambos laterales. Sobre la puerta número dos, se verá un cartel, que dice: «Casa de Güéspedes.»

Al levantarse el telón aparece Simeón tocando la bandurria, sentado frente a la puerta número dos. La señora Filomena, sentada también en el centro de la escena. La Chelo, peinándola. La Malhue'e, lavando ropa en una tina. El Faroles, leyendo un periódico. José María, sentado en una silla baja, cosiéndose una camisa.

SIM. *(Tocando la bandurria.)* Na, que no me sale.

JOSE. *(Cantando.)* Lagarteranas somos,
venimos todas
de Lagartera.

SIM. Oye, tú, a ver si te callas, que me cambias de tono.

JOSE. ¿Eso me lo dices en tono amistoso?

SIM. En el tono que quieras.

FIL. ¿Ya estás otra vez regañando?

SIM. Si es que este pasmao en cuanto me pongo a ensayar ya está con las Lagarteranas.

MAL. Tiene razón su hijo. Y too es envidia, porque el chico toca cá vez mejor. Si da gusto oírle...

JOSE. Más vale que en vez de darle jabón a éste se le des a la ropa, que buena falta le hace.

MAL. A ti sí que te están haciendo falta unas enaguas.

JOSE. Estoy muy bien soltero.

FAR. Señores, señores. Escuchen ustés esta noticia que trae *La Libertad*. El sorteo de hoy. Como todos los años, anoche, a primera hora, se formó la consabida cola a la puerta de la Casa de la Moneda. Ocupaba el primer puesto el popular golfo conocido por don Nicanor.

FIL. ¡Don Nicanor! ¡Valiente sinvergüenza! ¿Saben ustés lo que ha hecho? Pues que en vez de vender el puesto, que ya le daban cinco duros por él, según me ha dicho aquí la Chelo, y pagarme con ellos los ocho meses de hospedaje que me debe, se ha metido como un señor a ver el sorteo.

FAR. Habrá sío pa distraer el hambre.

FIL. Me parece a mí que tié más orgullo que ganas de comer.

CHE. ¡Pobre hombre! ¡No vive más que de ilusiones!

FIL. Vive a costa de mi buen corazón. Pero eso se va a acabar.. Hoy mismo el pongo los trastos en la calle. Vamos, le pongo a él, que es el único trasto que tiene.

CHE. Eso lo dice usted, pero no lo hace.

SIM. Cualquiera ahueca a ese tío, ¿verdá madre? Cuando estamos decididos a echarle viene diciendo que está muy malo; se nos echa a llorar como un chiquillo, y claro, lo que pasa, nos enternece y lo dejamos.

FIL. Sí: Lo dejamos. Pero hoy lo dejamos en la calle. Aquí no duerme esta noche. Y vas a ser tú el que le vas a echar.

SIM. Y le echo en cuanto venga. Lo que hace falta es que él se vaya.

FIL. ¡Pues se irá! Hoy se va de aquí por buenas o por malas. ¡Ay, hija!; no me tires así, que me pones los pelos de punta.

CHE. No sea usted tonta, señá Filomena. Córtese usted el pelo a lo garsón, como yo. Es lo más cómodo. Se pué una estar seis o siete días sin peinarse. Además, que es la moda. Es lo que se lleva y lo que se canta. ¿Verdad, Simeón? Y que no vamos a ganar dinero cantando por las calles eso de la garsone.

SIM. ¿Te has aprendido ya las letras?

CHE. ¡Anda! Poco bien que me la sé. Verás. Te las voy a cantar ahora mismo, Tobillera, tobillera. (*Cantando y bailando.*)

FIL. Pero, chica, ¿quiés acabar de peíname?

CHE. Usted dispense, señá Filo. Es que una se entusiasma con el arte. ¡Me gusta tanto!... Y que toos dicen que tengo madera.

JOSE. ¿Madera? Será que quien sacar astilla.

CHE. ¡Anda de ahí, sáo!...

SIM. No se lo digas, que se va a poner moños.

JOSE. Si ya sé lo que me iba a llamar. Pero si lo dices porque me ves cosiendo, la señá Filo tiene la culpa, que no me quiere echar ni un mal remiendo en la camisa. No da más que el hospedaje a secas.

FIL. Pero oye, rico. ¿Es que por un real que me pagas quieres que te dé también costurera en blanco?

CHE. ¿Por qué no te buscas una amiga pa que te cosa?

JOSE. ¡Anda y que las zurzan a todas! (*Aparece Garabito, con una guitarra.*)

GAR. Buenas tardes, señores.

JOSE. Se saluda al sinfónico.

GAR. Hola, Lagarterana.

JOSE. Que me llamo José María.

GAR. Mal llamo, porque yo creo que debíamos quitarte el Pepe. ¿Se lo quitamos, Simeón?

SIM. Tachao por la censura.

CHE. Séntese usted aquí, Garabito.

FAR. Y qué. ¿Le ha tocao a usted algo a la lotería?

GAR. ¡Me han tocao las narices! Y eso que me jugaba las pestañas. Llevaba dos pesetas en el veintisiete pelao, dos reales en el ochenta pelao y otros dos reales que me habían dao en la peluquería. Ná, que me dió el vértigo por los pelaos, y me ha tocao el pelo la D'osa Fortuna. Y menos mal que me ha tocao un quince que habían sacao en la taberna.

FIL. ¿Y ha agarrao usted mucho?

GAR. Diez machacantes. Pa reponerse uno un poco. Con ese dinero pienso varear el colchón de la cama, ponerme dos dientes que me faltan y comprarme unas alpargatas. Por lo menos dormiré mejor, comeré mejor y andaré mejor.

FIL. La mayor lotería es el trabajo.

GAR. Y que lo diga usted, señá Filomena.

CHE. Ya verá usted el dinero que vamos a ganar y lo célebres que vamos a ser los tres.

GAR. Célebres ya lo somos. Pero en toa la línea. Ya nos llaman por ahí el terceto Madrid, Zaragoza y Alicante.

SIM. Dentro de un año somos los mejores músicos callejeros de Madrid.

GAR. Bueno. Dejarse de ilusiones y vamos a ensayar.

CHE. Cuando usted quiera.

GAR. Pues vamos allá. A una.

MÚSICA.

(Pregonando.) Los bon'tos cuplés de la bella garzone. ¡Diez céntimos, primera y segunda parte!

CHE. Soy la garsón, con, con,
con el pelo cortao;
soy la garsón, con, con,
con el pelo ondulaó.
Soy una niña bien, bien,
bien, bien, bien;
soy una mujer ch'c, chic,
chic, chic, chic,
y parece mi cara
talmente de biscuit.
Tobillera, tobillera,
ya te has hecho rodillera;
pero al paso que vas
de fijo acabarás
siendo muslera,
muslera o algo más.

TODOS. Tob'llera, tobillera, etc.

HABLADO.

CHE. ¿Qué tal, señá Filomena?

FIL. Muy bien, hija. Vas a ser una estrella.

JOSE. Con rabo.

CHE. ¡Míá que te lo llamo!...

CAR. ¿Pero qué le habrán hecho a éste las mujeres pa tener-las tanta rabia?

SIM. ¡Madre! ¡Madre!

FIL. ¿Qué pasa?

SIM. Allí viene don Nicanor.

FIL. Pues a ver 'o que haces.

SIM. ¡Qué voy a hacer? Echarle. Con la cara y el pelo. (Se vuelve a asomar a la puerta.) Y viene llorando!...

FIL. Parece que se lo han dicho al oído.

SIM. ¡Como que es el truco! Pero hoy le va a fallar. Dejarme. Dejarme so'o.

FIL. Sí, sí. Pasen ustés a casa, que éste t'é que hablar a so-las con don Nicanor. (Vánse.)

GAR. ¡A ver si después de tantos preparativos no le dices ná!

SIM. ¿Que no le digo na? ¡Na! (Vase Garabito.) No le voy a dec'r yo na! Ya está aquí. (Aparece don Nicanor, reflejándose en su semblante una emoción que casi le hace llorar.) Bueno, ¿Y qué le digo yo?

NIC. (Yéndose decidido a abrazarle.) ¡Ay, Simeón! ¡Vengo ma'o!...

SIM. Conque malo, ¿eh? (*Aparte.*) ¡Qué tío más desahogao!

NIC. Vengo que me caigo. ¡Me caigo!

SIM. (*Aparte.*) (Se va a caeer.) Pues lo siento mucho, pero se va usté a tener que ir al Hospital. Aquí no se pué estar. Hemos traspasao la casa de huéspedes.

NIC. Eso no importa. Mejor. Así estaremos solos tu madre y yo. Sé que me queréis, como yo os quiero a vosotros. Y aunque quisiera's echarme, yo no me iría.

SIM. (*Aparte.*) ¡Qué tío! ¡No hay quien lo eche!

NIC. Yo sé que os debo mucho.

SIM. Sí, señor. ¡Mucho! Quince duros.

NIC. Os debo más.

SIM. Bueno; veinte duros.

NIC. Mucho más. Os debo la vida.

SIM. Usté, aparte de lo que nos debe y por lo mismo que nos debe, lo que debe hacer es marcharse.

NIC. Eso nunca. Yo siempre con vosotros.

SIM. (*Aparte.*) (Ná, que no se va.)

NIC. (*Con mucho misterio.*) Oyeme, Simeón. Tengo que contarte un secreto.

SIM. (*Aparte.*) (Otro truco.)

NIC. Anoche, en la cola de la Casa de la Moneda, cuando todos los golfos dormían, vino a buscarme la Fortuna.

SIM. (*Aparte.*) (Este tío está loco.)

NIC. Estuvo hablando un rato conmigo. Y estuve hablando también con el premio gordo.

SIM. (*Aparte.*) (Pero que está rematao.)

NIC. ¡Y con las monedas de oro!

SIM. (*Aparte.*) ¡Arrea! (*Huye de su lado.*)

NIC. No huyas, que no estoy loco.

SIM. (*Aparte.*) (Que no está loco dice. ¡Mi madre!) (*Dando gritos.*) ¡Madre! ¡Madre!

NIC. (*Tapándole la boca.*) ¡Calla, calla! (*A los gritos de Simeón salen todos.*)

FIL. ¿Qué pasa?

FAR. ¿Qué ha ocurrido?

SIM. (*Aparte, a todos.*) (Don Nicanor, que se ha vuelto loco.)

NIC. ¡Fuera todo el mundo! ¡No pasa nada! ¡Dejarme solo con Simeón!

SIM. (*Aparte.*) (No dejarme solo. No dejarme solo.)

NIC. ¡Vamos! ¡Pronto!

GAR. (*Aparte.*) (Vamos, vamos, que a los locos hay que seguirles la corriente.)

FIL. Sí, sí; vamos. No le llesves la contraria, hijo mío.

SIM. (No me dejéis solo. No me dejéis solo. ¡Madre! ¡Madre!) (*Vanse todos.*) (Bueno, ahora me escabecha.)

NIC. Oye, Simeón.

SIM. ¿Qué quiere usted?... (*Aparte.*) (Le seguiré la corriente.)

NIC. Mete la mano en el pecho.

SIM. Sí, señor, sí. Lo que usted quiera. Lo que usted quiera. (*Temblando de miedo.*)

NIC. ¿Qué tocas?

SIM. La bandurria.

NIC. Digo aquí. En el pecho.

SIM. ¡Ah! En el pecho... Un papel.

NIC. Sácalo. ¿Qué es?

SIM. Un sobre verde.

NIC. Mira lo que tiene dentro.

SIM. Dos vigésimos: 12.121. ¡Calla! Este me parece que ha sido el gordo.

NIC. Mira la lista. (*Se la da.*)

SIM. Sí, sí. Efectivamente. Es el gordo. Un, dos; un, dos... (*Repasando el número en la lista.*)

NIC. Cerca de dos millones, Simeón.

SIM. ¿Pero estos vigésimos son buenos?

NIC. Como tú y como yo.

SIM. ¿Y quién le ha dao a usted dinero pa ellos?

NIC. Es un secreto, que más adelante sabrás. Ahora dame un abrazo y llama a tu madre, para abrazarla también.

SIM. ¡Madre! ¡Madre! ¡Salga usted corriendo!

NIC. (*Abrazando a Simeón.*) Somos felices, Simeón. (*Aparece Filomena, que saca un garrote en la mano. Al ver a Nicanor, abrazado con fuerza a su hijo, cree que le está pegando y se dirige a él, dispuesta a todo.*)

FIL. ¿Qué es eso? ¡Pobre hijo mío! Déjele usted, tío loco, ¡tío tramposo!

SIM. ¿Qué dice usted, madre? Nada de insultos. Al contrario. ¡Ya le está usted pidiendo perdón de rodillas!

FIL. ¿Pero te has vuelto loco tú también?

NIC. Doña Filomena, déme usted un abrazo.

SIM. Abrácele usted, madre; abrácele usted. Don Nicanor es nuestra suerte. ¡Bendita sea la hora que vino a esta casa!

FIL. (*Aparte.*) (Le debe estar siguiendo la corriente.) Sí, hijo, sí. ¡Bendita sea la hora que vino a esta casa! (*Aparte.*) (Cuándo querrá Dios que se vaya.)

SIM. Venga usted acá, madre. ¿Ve usted estos vigésimos? Pues están premiaos con el gordo. Son de don Nicanor, que le han tocao lo menos mil millones de reales.

FIL. ¿Pero qué estás diciendo?

NIC. Sí, doña Filomena. ¡Qué emoción cuando oí vocear el 12.121 y luego, a continuación, ¡quince millones de pesetas! ¡Me puse malo! Salí corriendo de allí y empecé a dar vueltas por las calles, sin saber dónde me encontraba, hasta que al fin pude llegar a esta su casa.

FIL. A mi casa y a la suya. Porque ésta ha sido siempre su casa. *(Se guarda los vigésimos en el pecho.)*

NIC. Gracias. Muchas gracias.

FIL. ¡El gordo de Navidá! Déjeme usted que le bese, don Nicanor. Porque abrazarle es poco.

SIM. Salid todos. No tengáis miedo. *(Salen todos los personajes, que se quedan de una pieza al ver a Filomena abrazada a Nicanor.)*

GAR. *(Aparte.)* ¡Anda! Pues la seña Filomena también se ha vuelto loca.)

SIM. Abrazar todos a don Nicanor.

NIC. Sí; abrazarme todos, que para todos habrá. Ven acá, Chelo. *(Abrazándola.)*

CHE. *(Aparte.)* (Me da miedo este tfo.)

NIC. Y tú, Faroles...

FAR. *(Aparte.)* (Está como una cabra.)

NIC. Y tú, José María...

JOSE. *(Aparte.)* ¡Qué pena de hombre!

GAR. ¿Pero se può saber qué pasa aquí?

NIC. Dígaselo usted, doña Filomena.

FIL. Pues casi na. Que don Nicanor es millonario. Lleva dos vigésimos del premio gordo.

GAR. Un abrazo, don Nicanor.

JOSE. Un beso, don Nicanor. *(Todos le abrazan con efusión.)*

FAR. Supongo que no se olvidará usted de nosotros cuando coja la pasta.

NIC. A todos os haré un buen regalo.

SIM. Perdone usted si alguna vez le hemos faltao mi madre y yo.

NIC. Al contrario. Vosotros habéis sido mi único amparo.

CHE. ¡Anda, cuando se enteren los periodistas!

JOSE. Si le sacan fotografías, yo quisiera salir abrazao a usted. Por ejemplo, así.

GAR. Quitá, que vas a salir movido.

NIC. Saldréis todos a mi alrededor. Y ahora, vamos a lo que interesa. Yo quisiera llevar los vigésimos a depositarlos en el Banco, no sea que la desgracia me los arrebaté. Hay tanto golfo por ahí...

FIL. Tié usted razón. Se los puen robar.

NIC. *(Registrándose y dándose cuenta de que le faltan los*

décimos.) Pero a ver: que yo me entere. ¿Quién me ha choriceao los vigésimos?

FIL. Usté dispense. Me los había yo guardao.

NIC. Valiente susto. Creí que me habían quitao un número. *(Se los guarda en el bolsillo y Simeón le ata el cuerpo con la bufanda que lleva al cuello don Nicanor.)* Tú, Simeón, y tú, Faroles, me vais a acompañar. Nunca me ha dao tanto miedo ir solo por las calles.

SIM. Ahora cogemos un taxi, y al Banco.

FAR. El taxi lo pago yo.

SIM. ¡Tú qué vas a pagar! Eso es cosa mía.

GAR. Lo pagaremos por suscripción popular.

JOSE. Y yo propongo que le llevemos en hombros hasta el taxi.

FAR. Sí, sí. En hombros.

TOD. En hombros. En hombros. *(Le suben en hombros, entre Faroles y José María.)*

SIM. ¡Viva don Nicanor!

TOD. ¡Vivaaa! *(Gran algazara. Las mujeres van detrás, vitoreando y aplaudiendo, y en último término van Simeón y Garabito, tocando sus respectivos instrumentos. Música en la orquesta.)*

TELÓN

CUADRO CUARTO

Merendero situado en las inmediaciones del Manzanares. Es de día. Al fondo, una mesa larga, dispuesta para un banquete numeroso.

POL. A ver si ponéis bien la mesa. Que no falte ningún detalle, porque este don Nicanor es muy quisquilloso. Y además, que lo paga bien.

CAM. 1.º ¡Vaya suerte! La de pesetas que le han tocao.

CAM. 2.º Yo creo que el premio gordo le ha vuelto loco.

CAM. 1.º ¿Por qué lo dices?

CAM. 2.º Lo digo por esto de habernos hecho vestir de toa gala, pa luego servir a una colección de golfos.

POL. Como que ha invitao a tos los que estuvieron con él en la cola y a los vecinos de la casa donde se hospedaba.

CAM. 1.º ¡Vaya gentuza! ¿Y es verdad, don Policarpo, que van a venir de etiqueta?

POL. De etiqueta precisamente, no. Lo que pasa es que don

Nicanor les ha dao a ca uno diez duros pa que se compren botas y sombrero. Les ha prohibido en absoluto que vengan al banquete de gorra y con chancas.

CAM. 1.º ¡Menudo negocio habrán hecho en el Rastro!

CAM. 2.º ¡Habrà que ver los tipos que vendrán!

POL. Bueno. ¿Está ya la mesa?

CAM. 1.º Sí, señor.

POL. Pues voy a dar una vuelta por la cocina a ver cómo anda aquéllo. (*Vase.*)

CAM. 1.º Yo creo que dará buena propina.

CAM. 2.º El tío parece que se gasta el dinero.

CAM. 1.º Mira, mira. Ya van llegando los comensales.

CAM. 2.º ¡Vaya figurines! (*Aparecen Filomena y Simeón. Este con un traje en regular estado, pero de forma muy antigua y que le está muy grande. Filomena espantosamente ridícula. Con sombrero.*)

SIM. Amos, madre. No le dé a usted vergüenza.

FIL. ¿Estás seguro de que es aquí?

SIM. ¿No ve usted la mesa? Eso es pa nosotros.

FIL. Creo que hemos sólo los primeros.

SIM. ¡Vaya una mesa, madre! Diga, camarero: ¿se pué ya tomar algo de ahí, de esa mesa?

CAM. 1.º ¿Son ustedes comensales?

SIM. Yo; no, señor. Y mi madre, creo que tampoco. Nosotros, sabe usted, venimos a comer.

CAM. 1.º Pues eso es lo que le han preguntao. Siendo comensales, pueden tomar lo que gusten.

SIM. ¡Ah! Pues sí, señor. Yo soy comensal, y mi madre también es comensala. Con su permiso. (*Comienza a picar de los entremeses, que están ya colocados.*)

FIL. Oye, hijo mío; no abuses.

SIM. Pero si somos comensales. Ya lo ha oído usted. (*Se acerca a su madre con un plato en la mano.*) Mire, madre. He cogío salchichón, aceitunas, patatas, rábanos, pepinillos y tomates.

FIL. Pero, oye. ¿Va a ser ésta la comida?

SIM. Estos son los urdibres. Lo que se come primero pa abrir las ganas de comer. La comida será jamón.

FIL. ¿Jamón con tomate?

SIM. No, madre. Eso de jamón es lo que se dice pa dar a entender que es una cosa buena. Ahora preguntaremos. Oiga, camarero.

CAM. 1.º Señor.

SIM. ¿Me hace el favor de decirme lo que van a dar de comer a los comensales?

CAM. 1.º Hay muchos platos. Aquí tiene el menú.

SIM. (*Leyendo.*) Urdibres. ¿Ve usted? Esto es lo que estamos comiendo ahora. Tortilla de taxis. Tablones de merluza. Riñones al abrochen. Pollos chanchullo. Queso. Frutas. Vino... Bueno. Hoy nos hinchamos, madre.

FIL. A ver si me caes malo.

SIM. Nos vamos a Carabaña a pasar dos días.

FIL. Oye, ¿y qué te dijo anoche don Nicanor cuando fuiste a buscarle al Hotel?

SIM. Que liquide usted la casa de huéspedes, porque él va a poner un piso y nos va a llevar a nosotros pa que vivamos en su compañía. A mí me nombra secretario particular.

FIL. Si tú no sabes de cuentas.

SIM. Me va a poner profesores pa que me enseñen de too.

FIL. ¿Pero tú tiés cabeza pa eso?

SIM. Ya sabe usted que yo soy muy cabezota. Y como se me meta una cosa en la cabeza, lo aprendo.

FIL. Y a mí, ¿de qué me va a llevar?

SIM. De ama de llaves. Creo que la va a poner hasta manicura. (*Aparece la Malhuele, también muy ridícula.*)

FIL. Oye; ¿quién es ésa?

SIM. Anda; si es la Malhuele.

FIL. Hola, chica. ¡Qué bien hueles!

MAL. Hoy me he quitao el mote. Cinco baños me he dao.

FIL. Sí que estás desconocida.

SIM. Como que está mucho más blanca. ¡Hay que ver! Antes de lavarse parecía que era negra... (*Aparece la Chelo. Lleva sombrero y traje ridículo, como todos.*)

CHE. Muy buenas.

SIM. ¡Anda mi madre! Si es la Chelo.

CHE. ¿Qué tal vengo?

SIM. Pues que paeces una niña pera.

CHE. Lo que hace el ir bien vestida. Too el mundo se me quedaba mirando.

SIM. Bueno, es que traes un lujo como pa que te pongan el impuesto. (*Aparece Carbonilla y José María, ridículos también. Vienen del brazo.*)

CAR. Buenos días a todos.

JOSE. Se saluda a los comensales.

CAR. ¿Qué hay, Simeón?

SIM. Tú dirás, Carbonilla. Chico, vienes que mareas.

CAR. Gusto que hay. Yo no digo que vaya a la última, pero una de las últimas sí que voy. ¿Cuánto dirás que me ha costao el sombrerito?

SIM. ¿Es nuevo o es de segunda cabeza?

CAR. Es de la Cabecera el Rastro.

SIM. Pues te habrá costao nueve reales.

CAR. Fíjate que es flexible y con aisladores pa el sudor.

SIM. Sí. Y con lámparas. ¿Tres lucanas?

CAR. Eso mismo. Ahora que me han rebajao el cinco por ciento por el pronto pago.

JOSE. ¿Cuánto diréis que me han costao a mí estos zapatos? Fijarse que están seminuevos.

CAR. Sí que paecen el último grito.

JOSE. Por lo menos chillan bastante.

SIM. Cuatro cincuenta.

JOSE. Cuatro con calzador y caja de betún. Una ganga, chico; una ganga.

CAR. Oye, ¿y tú dónde te has vestido?

SIM. En mi casa. Too lo que llevo era de mi difunto padre.

JOSE. Se ve que era mayor el difunto.

SIM. Se ha empeñado mi madre en que lo gaste. ¿Pa qué íbamos a gastar?... Con los diez duros de don Nicanor me ha comprado camisetas y calzoncillos, que es de lo que andaba peor. *(Aparece Faroles. Viene un poco borracho.)*

FAR. *(Cantando, con música de «Las mujeres de Lacuesta».)*

«Charlestón, charlestón»...

¡Camarero! ¡Camarero!

CAR. ¿Quién es ése que grita?

SIM. El Faroles, que viene alumbrao.

FAR. ¡Camarero!

CAM. 1.º ¿Qué desea?

FAR. ¿Es aquí donde se celebra el banquete al golfo desconocido?

CAM. 1.º ¿El que da don Nicanor?

FAR. Don Nicanor; sí, señor. El hombre más grande de España. ¡Nicanor! ¡Eres un tío muy grande! Yo me arrodillo ante ti y me descubro ante los cubiertos. *(Se va a arrodillar y cae sobre la mesa. Aparece Garabito. Trae un terno flamante, pero muy raro, y sombrero de copa de los llamados de clac.)*

GAR. Se saluda a la distinguida concu.

SIM. El distinguido concu es usted, gachó.

GAR. Pa estos casos es la ropa. Y el que lo tiene, lo luce. Y que el caso lo requiere. Un banquete organizao por don Nicanor. Un nuevo rico, que fué antiguo rico y que ha tenido un rasgo de cortesía con los desgraciados. Merece un gran aplauso. Por eso vengo de clac.

FIL. Sí. Pa aplaudirle.

GAR. De chisterola matasuegras.

SIM. ¿Y, por fin, se le va a cantar el himno?

GAR. Natural. Ya sabéis lo convenido: cuando aparezca ese gran hombre, los caballeros nos descubriremos y las señoras comenzarán a arrojarle flores. Y después le cantaremos el himno que yo he tenido el honor de componer pa él en la guitarra. ¿Os habéis enterao?

TOD. Sí, sí.

CHE. ¡Un auto! ¡Un auto!

FIL. El es. Don Nicanor. ¡Qué guapo viene!

JOSE. ¡Vaya tipo!

GAR. ¡Preparaos! ¡A una! (*Aparece Nicanor, espléndido y radiante. Todos rompen a aplaudir. Las mujeres le arrojan las flores que hay en la mesa.*)

NIC. Gracias, hermanos míos. Para un pobre como yo, que no tenía ni casa, es demasiado grande este recibimiento. Así me gusta veros: limpios y arreglados. Gracias a todos, porque en mi honor os habéis puesto los sombreros y os habéis puesto las botas. Perdonad que no siga hablando. Me embarga la emoción. El veros así me da gana de llorar. Dejadme que me desahogue.

SIM. (*Aparte.*) ¡Pobrecillo! Y decían que era un tío desahogao. Y tié que llorar pa desahogarse.)

NIC. Ya pasó. Ahora a reír, a beber. ¡A ver! Que venga un camarero. (*Dando palmadas en el dorso de la mano. Todos le imitan.*)

SIM. ¡Camarero!

FIL. ¡Camarero!

CAM. 1.º ¿Qué pasa, señores?

SIM. Aquí, don Nicanor, que le llama.

CAM. 1.º A sus órdenes, señor.

NIC. Oiga. ¿Está ya el almuerzo?

CAM. 1.º No tardará mucho, señor.

NIC. Bien. Pues mientras lo preparan, traiga cerveza para todos. Pero pronto, ¿eh? En seguida. (*Vuelve a hacer el juego de antes.*)

SIM. (*Aparte.*) ¡Con qué elegancia manda a los camareros!

NIC. Y ahora, escuchadme todos. Tengo que hablaros. (*Rumores y murmullos.*)

SIM. ¡Silencio!

NIC. Quiero que conozcáis el secreto de los vigésimos. Estoy seguro que la mayoría habréis creído que los he robado.

VOC. No, no.—Yo, no.—Ni yo.—Ni yo.

GAR. Yo tenía mis dudas.

NIC. Me es igual. Yo os voy a decir la verdad y juro por mi honor, que no miento: Fué una mañana del mes de noviembre. Iba yo paseando mi miseria por la Castellana, cuando, de pronto, veo un coche particular, arrastrado violentamente por

dos caballos, que, desbocados, iban a estrellarse. El cochero, de pié, luchaba en vano por sujetarlos. La gente gritaba, loca de terror. Doy un salto, y sin darme cuenta del peligro que corría, me pongo delante de los caballos; me agarro a las bridas, y lo hice con tal acierto, y tal fortuna, que logré detenerlos instantáneamente. El cochero se abrazó a mí. La gente empezó a rodearme, y un caballero, que iba dentro del coche, se apeó, me dió la mano, y me dijo: «Gracias, señor. Le debo la vida. Tome usted: Le regalo esto, que yo guardaba con mucha ilusión en la cartera». Me d'ó un sobre verde, y añadió: «Que la suerte sea para usted, ya que usted lo fué para mí». Me abrazó, montó en el coche y éste partió Castellana arriba. Y cuando me alejé de allí y me ví sólo, abrí el sobre, lleno de emoción, y ví que allí había dos vigésimos para el sorteo de Navidad. Mi primer impulso fue venderlos, pero el corazón me dijo: «Guárdalos. Con lo que te den no saldrás de pobre. Con ellos puedes ser rico.» Y así ocurrió. He sido rico. Que de ese modo paga Dios a los que generosamente dan su vida por un semejante, como él dió la suya por la de todos los mortales. *(Aplauden todos. Durante esta relación todos los invitados, que están pendientes del gesto y de la acción de Nicanor, van siguiendo sus movimientos de una manera automática. Suplicamos cuiden este efecto, pues es de gran resultado escénico.)*

SIM. ¡Así se habla!

FIL. ¡Olé, los tíos castizos!

CAR. ¡La cerveza! ¡La cerveza! *(Los camareros sirven beben todos.)*

GAR. Brindemos por la salud del hombre más bueno que co me pan. *(Comiéndose un panecillo.)*

NIC. Gracias. Me habéis llamado bueno y ése es mi mayor orgullo. Para eso ambicionaba el dinero. Para hacer el bien. Prueba de ello es el gran proyecto que tengo. Para dároslo conocer he escrito unas cuartillas que voy a leerlos: *(Sube sobre una silla y lee.)*

Queridos hermanos: La suerte ha querido apiadarse, al cabo, de don Nicanor..

Mas mi suerte grande, ¿sabéis cuál ha sido?

El poder teneros a mi alrededor.

que los pobres parias, mis buenos hermanos,

los que a veces piden un cacho de pan,

coman cuanto quieran y fumen habanos

y brinden un día también con champagne.

Tengo mil proyectos, tengo muchos planes,

pero lo primero que he de efectuar

es algo en que he puesto todos mis afanes,

y es la Casa-albergue que pienso fundar:

¡El albergue-Palas de los desgraciados!
Pretendo que no haya ni un pobre mortal
que pase las noches del invierno helado
durmiendo en el quicio de ningún portal.
No será un palacio de soberbio estilo
que esté pregonando siempre mi poder.
No será palacio, más tampoco asilo.
¡El asilo debe desaparecer!
No será ese asilo frío y miserable,
con duros camastros para descansar.
Será un aposento limpio y confortable.
¡Será vuestra casa! ¡Será vuestro hogar!
¡El hogar amable de los sin fortuna!
¡Del obrero anciano! ¡Del mísero hampón!
¡De los que nacieron en humilde cuna!
¡De los elegidos de mi corazón! (*Momento cómico. Todos, emocionados, lloran.*)

BAR. (*Llorando.*) ¡Bueno, señores! Dejarse de lágrimas. Hay que darle al acto un poco de alegría.

NIC. Tiene razón Garabito. ¡A gozar! ¡A reír!

GAR. Señores. Ha llegado el momento del himno. ¡A una!

MÚSICA.

TODOS.

¡Viva, viva nuestro bienhechor!
¡viva, viva el gran don Nicanor!
Antes iba por las calles,
pregonando tu miseria.
Y hoy ya tienes dos millones,
que es una cosa muy seria.
Ya nadie podrá reírse
de tu tipo y de tu facha.
Ya habrá visto todo el mundo
que eres un hacha.

¡Viva, viva nuestro bienhechor!
¡viva, viva el gran don Nicanor!
Nunca de los golfos tú te olvidarás,
y a pesar de los millones
siendo un golfo seguirás.
Y derrocharás y malgastarás,
y para nosotros un padre serás.
Y los hambrientos
y miserables,
dirán al verte:
¡Ese es mi padre!
¡mi padre!,
¡tu padre!,

¡su padre!
 ¡mi padre!, ¡tu padre!, ¡su padre!,
 ¡mi padre; sí, señor!
 ¡Que viva el gran don Nicanor!
 Con dinero y sin dinero,
 siempre ha sido un gran señor.
 ¡Sí señor, ¡un gran señor!
 Don Nicanor.
 ¡Viva, viva nuestro bienhechor!,
 ¡viva, viva el gran don Nicanor!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el «hall» de un magnífico hotel de Nueva York. Al levantarse el telón entran en escena NICANOR y SIMEÓN seguidos de un intérprete.

INT. Pasen, pasen por aquí los señores.

SIM. Oiga, garsonini. ¿Dice usted que éste es un buen hotel

INT. ¡Oh, señor! Uno de los mejores de Nueva York. Corra a avisar al «maitre d'hotel». ¿Mandan algo más los señores

NIC. Nada más. Tome.

INT. ¡Oh! ¡Mil gracias, mil gracias! (*Vase.*)

SIM. ¡Cómo agradecen aquí las propinas!, ¿eh?

NIC. Ya sabes lo que te he dicho, Simeón. Hay que dars mucha importancia.

SIM. Está tranquilo, que me pondré tonto. Ya sabe usted que hasta ahora, en toos los sitios donde hemos estao me he porta como un señorito. Vamos, yo creo que no he hecho el ridículo. Y sé comer con cierta elegancia. Ya me he acostumbrao a llevar los guantes... En fin, me he acostumbrao hasta a llevar calzoncillo cortos, que era lo que me costaba más trabajo... ¡Vaya vida que nos estamos dando! Hemos recorrido ya media España. Ahora estamos en Nueva York. Y de aquí, ¿adónde vamos?

NIC. Ya veremos. ¡Hay que gozar! ¡Hay que vivir!

SIM. Oiga, don Nicanor. ¿No se acuerda usted del albergue de noche para los golfos? ¿O es que no lo va usted a hacer ya

NIC. ¡Claro que lo voy a hacer! A eso tiro.

SIM. Es que está usted tirando demasiao.

NIC. Hay que ver muchas cosas, Simeón. Y cuando ya estemos saturados de viajes y de lugares desconocidos, a España. A realizar esos grandes proyectos en beneficio de los desgraciados.

SIM. ¡Qué corazón más grande tiene usted! Déjeme que le dé un abrazo en nombre de todos los desgraciados. (*Abrazándole y aparte.*) (Bueno; a este paso, ¡pobres desgraciados!) (*Aparece el maître de hotel.*)

MAI. ¿Desean hospedaje los señores?

NIC. Sí. Pero un hospedaje bien. Lo que se dice bien.

MAI. Bien, bien. Aquí tienen la tarifa de precios.

NIC. ¿Para qué? Nosotros queremos de lo mejor que haya en el hotel.

SIM. (*Aparte.*) ¡Qué grande es este tío!

MAI. Entonces, la tarifa especial.

SIM. ¿Por qué es especial?

MAI. ¡Oh! La tarifa especial de la casa es mocho especial. En todos los grandes hoteles suele haber un señor que acompaña a los viajeros para solucionar sus asuntos o ver la ciudad; pues bien: aquí, en la tarifa especial, la que acompaña es una señora.

SIM. ¡Mi madre! ¿Y dan señora y too?

NIC. Me parece bien.

SIM. ¿Qué grande es Nueva York!

NIC. ¿De modo que esas señoritas entran también en el precio del hospedaje?

MAI. Las señoras entran y salen; salen muy baratas. Mejor dicho, están a su disposición durante el día y durante la noche. Ellas conocer muy bien la ciudad.

SIM. Entonces, ¿nos lo podrán enseñar todo?

MAI. Hasta los sitios más ocultos y reservados. Para ellas no hay secretos en Nueva York.

NIC. Bueno; pues, desde luego, para mí, tarifa especial.

SIM. Oiga, don Nicanor, que yo también la quiero especial.

NIC. Pues especial para los dos. ¿Y dónde están esas señoritas?...

MAI. Ahora las conocerán. Antes me permitirán los señores que les moleste suplicándoles me garanticen su personalidad. Desde luego, ya veo que son ustedes españoles.

SIM. Sí, señor. Yo soy madrileño. Del Puente Segovia, na más. Y aquí, don Nicanor, es de Salamanca. Somos gente bien.

MAI. Bien, bien. ¿Me hacen el favor de los documentos?

NIC. Ahí van. Pasaporte visao y cédula con recargo.

MAI. (*Después de revisarlos.*) Perfectamente. Muchas gracias.

NIC. Una pregunta. ¿Usted es de aquí?

MAI. Nacido en el propio Nueva York. Ahora que también he estado varias veces en España.

NIC. ¿Le gusta?

MAI. Mucho. Sobre todo Madrid. Es una ciudad poco a la moderna. A mí lo que más me recuerdo de allí, es una plaza mucho alegre, mucho divertida.

NIC. Sería la Plaza de Toros.

MAI. ¡Oh, esa no! Plaza salvaje! Es otra. ¿Cómo era la que a mí me gustaba tanto?... ¡Oh, sí! La Cebada.

SIM. ¿Le gustaba a usted la Cebada?

MAI. Mucho.

SIM. (*Aparte.*) ¡Qué burro!

MAI. Sobre todo las señoras verduleras. En la época que yo estuve eran mucho burlonas.

SIM. Y siguen lo mismo.

NIC. En lo único que han variado es en la ropa. Hoy hay verdulera que va a la plaza con medias de seda.

SIM. Con medias de seda y con tomates. Yo conozco a una que hasta se depila...

MAI. Bueno; ¿ustedes querrán descansar?

NIC. Yo quisiera conocer antes a esas señoritas.

SIM. Eso, eso es lo primero que queremos.

MAI. Pues ahora mismo las conocerán. (*Mostrándoles un álbum.*)

NIC. A ver, a ver.

SIM. Mire usted que rubia, don Nicanor.

NIC. ¿Pues qué me dices de esta castaña?

SIM. No sé qué decirle. Es pa hacerse un lío.

NIC. Lo mejor es que nos las elija aquí, el amigo.

MAI. Bien. Pues yo les buscaré dos señoritas en buenas condiciones. (*Toca el timbre del teléfono, que llevará en el bolsillo.*) Oigo, oiga. ¿Es el departamento de señoritas ciceronas? Que bajen en seguida las señoritas Mimí y Fifi. ¿Han oído?

NIC. Mira, mira. Teléfono de bolsillo. ¡Qué grandes son en Nueva York!

SIM. Ya ve usted. Y en España nos ponemos tontos porque tenemos el automático.

MAI. En seguida serán con ustedes.

SIM. Oiga, señor metro. Esas señoritas serán cariñosas, ¿verdad?... Vamos, así...; vamos...

NIC. Aquí, mi secretario, quiere decir que se serán así...; vamos..., así...

MAI. Sí, sí. Comprendido. Ahora las verán ustedes. Aquí están ya. (*Aparecen Mimí y Fifi. La primera ha de hablar con ligero acento francés.*)

MIMI. Señores, a su disposición.

MAI. Usted, Fifi, acompañará al joven. Y usted, Mimí, aquí al señor. Y una vez presentados, me retiro. ¡Ah! Sus habitaciones son piso veinticuatro, números 501 y 502. Y ustedes, señoritas, se recogerán a la hora de costumbre. Hasta después. (*Vase.*)

SIM. ¿Y a qué hora se recogen ustedes?

MIMI. Las dos nos acostamos a la una.

NIC. Un poco tarde me parece. ¿Verdad, Simeón?

SIM. Sí. Pero es lo mismo. Ultimamente, nos acostamos nosotros primero.

NIC. No. Nosotros debemos acostarnos cuando ellas.

MIMI. Me parece bien.

NIC. ¿De modo que ustedes se llaman...?

FIFI. Mimí y Fifi.

MIMI. ¿Y ustedes?

NIC. Ahí va mi tarjeta.

MIMI. (*Leyéndola.*) Nicanor, Novillo, Marqués de la Fuentequilla.

SIM. Y ahí va la mía. (*A Nicanor.*) Se le dobla la punta.

FIFI. Simeón Meana, Barón de Cabestreros. (*Aparte.*) (Me ha tocado un barón.)

SIM. (*Aparte.*) ¡Vaya una hembra! Una pregunta. ¿Ustedes son americanas?

NIC. (*Aparte.*) (Estas deben ser dos pellizas.)

FIFI. Nosotros no somos americanas. Ni siquiera neoyorquinas.

MIMI. Yo soy francesa. Nacida en el mismo París.

FIFI. Y yo, italiana. Nacida en Lombardía.

SIM. Mire usted qué casualidad. Nos ha tocado una francesilla y una lombarda. ¡Pa comérselas!

MIMI. Pero llevamos algún tiempo en Nueva York y lo conocemos perfectamente.

FIFI. Con nosotros pueden verlo todo, si desean verlo.

SIM. Sí, sí. Yo quiero verlo todo. De arriba a abajo.

MIMI. Nos lo habíamos figurado.

FIFI. Pues todo lo verán. Visitaremos los sitios más alegres y divertidos de Nueva York. ¿Les gusta a ustedes bailar?

SIM. A mí me gusta bailar y tocar. Soy algo músico.

FIFI. Pues entonces empezaremos por enseñarles el baile que está ahora de moda.

NIC. ¿Ese baile será agarrao?

MIMI. de lo más tacaño que se conoce. Se llama el Tangolio. Y es especial para los gordos.

MÚSICA

MIMI y FIFI. El Tangolio se baila así,
muy lento.

Es un baile
de poco movimiento.
El Tangolio
lo aprendes en seguida;
báilalo tú, con languidez,
¡mi vida!

Viene de la Pampa
y en sus acordes tan melodiosos,
hay suaves cadencias
y dulces giros voluptuosos.

Tangolio, pampero;
sostenme,
que parece que me muero.
El tango, Tangolio
del baile modernista
tiene el solío.

(Bailan muy lentamente adoptando figuras coreográficas.)

HABLADO

SIM. Bueno, don Nicanor, ¿y ahora qué hacemos?

NIC. Tú verás.

SIM. ¿Tiene usted sueño?

NIC. Sueño, no. Pero ganas de estar tumbao sí que tengo. Ahora, que vamos donde tú quieras. Mejor dicho, donde quieras estas señoritas, que son las que mandan.

FIFI. ¡Oh, españoles simpáticos!

MIMI. ¡Españoles rumbosos!

FIFI. ¡Viva el Marqués de la Fuentecilla!

MIMI. ¡Viva!

FIFI. ¡Viva el amor!

MIMI. ¡Viva!

SIM. *(Aparte a Nicanor.)* (¿Ha oído usted? ¡Vaya un par de Perlas vivas!)

NIC. (Sí, hijo, sí. ¡Son más que vivas!) *(Vanse del brazo con gran alegría.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Una calle de Nueva York.

SIM. (*Que llega dando el brazo a Mimi y Fifi.*) Si me viera ni madre se le caía la baba.

MIMI. (*Llamándole.*) ¡Don Nicanor!

FIFI. (*Idem.*) ¡Don Nicanor!

SIM. Dejarle, que no se pierda.

MIMI. ¿Dónde se habrá metido?

SIM. Se ha quedao en ese gran bazar de la esquina. Ha en-
rao a que le tomen medida de un traje y estará esperando a
que se lo hagan.

MIMI. ¿Es rico don Nicanor, verdad?

SIM. Mucho. Tiene las onzas por kilos.

FIFI. Lo malo es que le gusta mucho el juego.

MIMI. ¡El dinero que perdió anoche...!

SIM. ¡Toma! Y en el barco perdió también la mar. Es que
e domina. En cambio, a mí me gustan más las mujeres. Ya
coveis qué diferencia. A él le gusta verlas venir y a mí me gusta
enerlas siempre conmigo. (*Abrazándolas.*)

MIMI. De este modo te diviertes y no pierdes nada.

SIM. Yo ya he perdido todo lo que tenía que perder.

MIMI. Don Nicanor es un pasmao.

FIFI. Es un pasmao, porque tú estás muy fría con él. A don
Nicanor le gusta que las mujeres se enamoren locamente.

MIMI. ¡Ah!, pues sí es por eso, verás cómo le voy a tratar
ngode hoy en adelante. Le voy a mimar mucho.

eran SIM. Eso. Eso es lo que él quiere. Mucho mimo. Lo que le
gusta a ésta. ¿Verdad, chatilla?

FIFI. (*Caricia.*) ¡Oh, mío caro! ¡Qué guapo eres!

MIMI. (*Caricia.*) ¡Guapo y simpático!

SIM. Gracias, ciceroncillas mías. (*Aparte.*) (Estas quieren to-
mar algo.)

FIFI. Oye, convidanos.

SIM. Ahora, cuando venga don Nicanor, que es el que paga.
r dePero, ¡qué veo! Vaya una colección de niñas plátanos.

MIMI. ¡Ah, sí! Son modistas neoyorquinas.

prazo SIM. (*Aparte.*) (Bueno, y que no hay aquí percal. Si yo tu-
viera el dinero de don Nicanor, me ponía un harem en un ras-
cacios.)

MÚSICA

(*Modistas, con sus cajas, y otros tantos oficiales. Trajes fan-
tásticos y caprichosos.*)

MOD.

Cuando salgo del taller
y va alguno tras de mí,

qué alegría, qué emoción
siento aquí, siento aquí,
en el corazón.

Me pretende un militar,
me persigue con tesón,
y no hace mas que jurar
que me quiere con pasión.

A todas partes
va tras de mí,
y a todas horas
me dice así:

(En este momento los oficiales asoman la cabeza por las cajas y cantan.)

OFL.

¡Oh, mujer celestial,
modistilla gentil,
muñequita ideal,
capullito de abril!

Decidme si os puedo amar,
no hacedme tanto sufrir;
un beso me habéis de dar,
que ese beso ha de servir
para enlazar nuestro vivir.

MOD.

¡No! *(Cierran las cajas.)*

El dejarse una besar,
un pecado suele ser,
pero en vez de ser venial,
es mortal si quien besa es la mujer.

Conque el beso que pedís
hoy no lo podéis lograr;
pues como un pecado es,
no me quiero condenar.

Si al fin mi esposo
llegáis a ser
a todas horas
os besaré. *(Mutis.)*

HABLA DO

FIFI. Qué, ¿te gustan más que yo?

SIM. Más que tú, ninguna en el mundo.

MIMI. Parece que tarda don Nicanor. ¿Se habrá ido a jugar?

SIM. No. Me parece que es aquél que viene hacia aquí. Justo. El es. ¡Vaya tipo! ¡Cualquiera le conoce! *(Aparece Nicanor en traje de turista.)* ¿Pero es usted?

NIC. El mismo que viste y calza.

MIMI. ¡Oh, qué guapo vienes!

SIM. ¿Qué ha hecho usted del otro traje?

NIC. Lo he mandao al hotel. Chico, estoy maravillado. Entro. Pregunto si podrían hacerme en seguida un traje de turista, y no había acabado de decirlo, cuando uno que coge un centímetro, otro que coge tela, uno que corta, otro que prueba, uno que me desnuda, otro que me viste. Total, quince minutos y traje puesto.

SIM. Se parecen al sastre que tenía mi padre. Que tardaba tres meses, y a lo mejor empeñaba la tela.

NIC. Esto no pasa mas que en Nueva York.

SIM. Bueno, ¿y esos gemelos para qué son?

NIC. ¡Ah! Esto es otra cosa sorprendente. Me los han dado ahí también, en el bazar. *(Con misterio.)* Estos gemelos son para burlar la ley leca.

SIM. ¿Y para burlar la ley seca hacen falta gemelos?

NIC. Ahora verás. *(Desatornilla los gemelos, que quedan convertidos en dos vasos.)* Toma, ve y bebe.

SIM. ¡Hay que ver, si esto es coñac!

NIC. Oye. Deja de beber, que viene un guardia.

SIM. ¿Un guardia?

NIC. Sí. Ponte a hacer que miras. *(Nicanor y Simeón hacen que miran con los gemelos, y a Simeón se le vierte el líquido por la cara. Pasa un policía, los mira un momento y sigue su camino, sin darse cuenta de nada.)*

SIM. ¡Ay, qué susto me he llevao!

NIC. Y te has llenao de vino los ojos.

SIM. Es igual. Yo lo que siento es que se me emborrachen las niñas.

MIMI. Te habrá costado muy caro.

NIC. Carísimo. Y me lo han vendido como favor especial. Esto está ahora muy perseguido. Aquí, en Nueva York, el que se emborracha, tiene una pena muy grande.

SIM. Al revés que en España. Allí, el que bebe es por alegrarse. Y que ha tenido usted la gran ocurrencia, porque éstas querían tomar algo.

NIC. Pues beberse eso. Y si hace falta iré a cargarlo otra vez al bazar.

SIM. ¡Ole los hombres rumbozos!

MIMI. *(Aparte.)* (Voy a darle coba.) ¡Bendita sea tu madre!

NIC. Oye, ¿tú la conocías?

MIMI. ¡Y tu padre! ¡Y la madre de tu padre!

NIC. *(Extrañado.)* ¡Mi abuela! Esta conocía a toa la familia.)

MIMI. *(Acariciándole.)* Chulito mío. ¿Quién te ha querido a ti más que yo?

NIC. (¡Mi madre!) Pero, oye, ¿eso que me dices es de verdad?

MIMI. Por este puñao de cruces. Sí, Nicanor, sí. Te quiero porque te quiero. En cambio, tú no me quieres nada.

NIC. ¿Que no te quiero yo a ti? Y eres Mimí..., mi pesadilla.

MIMI. ¡Ay!... ¡Ay, Nicanor, dame mil dólares para comprar unos zapatos!

NIC. Ya te los compraré yo a mi gusto.

MIMI. ¡Ay, qué gusto! ¡Cuánto te quiero! ¡Dame un beso de amor!

NIC. Los que tú quieras, ¡castigadora!

SIM. Don Nicanor, que estamos en plena Avenida.

NIC. Yo ya no sé ni dónde estoy.

MIMI. ¡Ay, Nicanor! Hasta ahora no había visto lo que te quería. Convidáanos.

NIC. Voy a cargar los gemelos.

MIMI. No; eso no. Llévanos a algún sitio. Por ejemplo, al palacio del Bombón. Yo soy muy golosa.

FIFI. Eso, eso; por bombones.

NIC. Pues andando. A la bombonera.

MIMI. ¡Qué galante eres, Nicanor! Oye, ¿cómo se dice en España? ¿Olé los tíos?

NIC. Tratándose de nosotros se dice, ¡olé los primos!... (Se cogen del brazo y vanse. Música en la orquesta. Se levanta el telón y aparece el Palacio del Bombón.)

TELÓN

CUADRO TERCERO

El Palacio del Bombón. Decoración caprichosa y fantástica.

(En seguida de aparecer el cuadro, sale un criado que anuncia.)

CRI. ¡Bombones, Madam Savigné!

MÚSICA

MADAM SAVIGNÉ y ocho viejos de la época.

SAV.

No me persigáis, por favor;
dejadme en paz que yo no os puedo oír.
No me persigáis, que mi amor
jamás un viejo habrá de conseguir.

A un joven galán, muy gentil,
sin vacilar mi amor le entregaré,
que vos sólo estáis, según vi,
para tomar un polvo de rapé.

VIE. Linda, linda madamita,

SAV. Viejo, viejo seductor.

Con sus bombones
seducirme no podrá.

VIE. Bella, bella muñequita,

SAV. Viejo, viejo seductor.

A conquistarme,
nunca, nunca llegará.

VIE. Madam Savigné,
de los salones de la corte
linda rosa, primorosa.

Ten piedad de mí.

Y no te muestres con mi amor tan desdenosa,
bella rosa.

SAV. Madam Savigné,
la bella rosa, sólo acepta de los viejos
el consejo.

VIE. Ten piedad de mí,
y no desdenes los amores de este viejo,
viejo, viejo, viejo. (Mutis.)

HABLADO

Aparecen NICANOR y SIMEÓN.

SIM. ¿Sabe usted que esta bebida es superior? ¿Cómo ha dicho
usted que se llama?

NIC. Cuantrós. Me lo han vendido aquí mismo, en la bombo-
nera. Pero con mucho secreto.

SIM. Han conocido que era usted húmedo.

NIC. ¿Y las ciceronas, dónde se han quedado?

SIM. Por ahí, haciendo gasto. Le van a usted a costar los
bombones un pico.

NIC. Ya, ya. No saben mas que pedir.

SIM. Es su oficio. Enseñarlo todo y sacar lo que pueden.

NIC. Y mientras les dé por los bombones, menos mal. Pero
el otro día les dió por las joyas y ya sabes el dineral que me
gasté.

SIM. Con las mujeres se gasta uno mucho. Pero estas chicas
son muy simpáticas.

NIC. Sí, sí. Pero hay que tener cuidado que todas las muje-
res son peligrosas. ¿Tú ves estas chicas que parecen así, tan in-
felices? Pues son dos mujeres corridas.

SIM. Y tan corridas. Ahora que son dos corridas nocturnas. Con Charlot y el Botones, que somos usted y yo.

NIC. Pues yo le voy a dar la patá Charlot.

SIM. ¿Es que le ha hecho a usted algo feo?

NIC. Horrible, chico. Tú ya sabes que ella no hacía mas que decirme siempre: «¡Te quiero, negro! ¡Te quiero, negro!» Bueno, pues ha resultao que el negro ése no soy yo. Que es un que toca la marimba aquí, en la orquesta del Palacio.

SIM. Sí; un marimbón de esos.

NIC. Además, estamos gastándonos mucho dinero. Y eso se va a acabar.

SIM. Sí; se va a acabar, porque se nos va a acabar el dinero. Vamos, se le va a acabar a usted. Porque yo no he tenido nunca dos reales.

NIC. Vamos, vamos a ver el gasto que están haciendo por ahí.

SIM. La verdad es que ellas serán bonitas de cara, ¡pero qué caras! (*Mutis. Aparece el Criado, que anuncia.*)

CRI. ¡Bombones de chocolate!

MÚSICA

(*En este número aparecen todas las muchachas de la compañía luciendo trajes caprichosos, y bailan. Al repetir, saldrá una pareja de baile. Después, lo bailan y cantan en inglés-cameleto Simeón y Nicanor, acompañados de Mimi y Fifi. Y, por último, todos, acabando el cuadro con una gran alegría.*)

TELÓN

CUADRO CUARTO

Telón corto, que representa una galería de cristales.

(*Nicanor y Simeón; uno a cada lado de la escena. Simeón sentado escribiendo, y Nicanor, sentado también, en actitud grave y pensativa.*)

SIM. En seguida acabo, don Nicanor.

NIC. ¿Qué dices, Simeón?

SIM. Que estoy acabando de escribir a mi madre.

NIC. ¡Ah! Bueno.

SIM. (*Aparte.*) (¿Qué le pasará a don Nicanor? Parece que está pensativo.) ¡Vaya una carta que me ha salido. A ver qué le parece lo que he puesto. (*Leyendo.*) «Querida madre: Dispóneme no la haya escrito antes; pero estamos muy ocupados vier

do Nueva York. Tenemos unas señoritas que nos lo enseñan todo. Don Nicanor me dice que se acuerda mucho de usted y de los guisos que nos hacía. No hace mas que hablarme de sus callos. Dice que le ponga a sus pies. Cuando vaya a ésa le contaré muchas cosas. Reciba un millón de abrazos de su hijo, que lo es, Simeón Meaña». ¿Qué le parece?

NIC. No está mal. Vas aprendiendo mucho.

SIM. El dinero es el mejor profesor del mundo.

NIC. Bueno. Vamos a dormir.

SIM. Oiga, ¿no quiere usted que suban las chicas a hacernos un rato de compañía? Nos aprovecharemos de la tarifa especial.

NIC. Esta noche hay que dormir... Mañana tenemos mucho que hacer.

SIM. ¿De modo que no las avisamos?

NIC. Ya he dicho que no. ¡A la cama!

SIM. El caso es que no tengo sueño.

NIC. Ahí tienes distracción.

SIM. ¿Dónde?

NIC. Mira ese aparato.

SIM. ¿Y esto qué es?

NIC. La tele-visión. Ultimo adelanto de la ciencia, que está en combinación con todos los espectáculos de Nueva York.

SIM. A ver. Lo pondré con el Salón Español. Veremos cosas de nuestra tierra. Ya está. *(Se hace el oscuro. Se levanta el telón y aparece otro cuadro, que representa una verbena de Madrid.)*

MÚSICA

(Varias organilleras con trajes fantásticos.)

Somos las organilleras
de más vista y de más pulso,
y nadie nos aventaja
dando vueltas al manubrio.

ORG.

Un chulapo postinero,
anda siempre tras de mí.

TODOS.

¿Sí?

ORG.

¡Sí!

Yo le he dicho ya que no,
pero él se empeña en que sí.

TODOS.

¿Sí?

ORG.

¡Sí!

Y es que a mí nunca los chulos
me llamaron la atención.

TODOS.

¿No?

ORG.

¡No!

Mi cariño de un chulapo,
eso no lo querrá Dios.

TODOS.
ORG.

¿No?
¡No!

Porque yo, que soy un hacha,
ya le he visto de venir,
y al manús, con toas sus letras,
anteayer le dije así:

Yo quiero mejor un pollo
elegante y de postín,
que me lleve al super-tango
bien al Palas o al Maxim's.
No quiero yo un chulo de esos
que me trate con desdén,
yo quiero un pollito pera,
yo quiero un pollito bien.
¡Bien, bien!

(Aparecen unos niños. Tanlos como organilleras toman parte en el número. La mitad de pollitos peras y la otra de chulitos madrileños. Bailan con ellas. Al final, dice el pollito pera, que acompaña a la tiple.)

N. PER. No quiere un chulo de esos
que la trate con desdén.

N. CHU. No quiere un pollito pera,
no quiere un pollito bien.
¡Bien, bien!

(Se hace el oscuro. Vuelve a caer el telón y aparecen ellos, según quedaron.)

H A B L A D O

SIM. Esto es lo que a mí me gusta. Cosas de mi tierra. ¡Ay, don Nicanor, qué ganas tengo de ver mi Madrid! ¡De ver a mi madre! ¡De ver a la Chelo!

NIC. Pronto la verás. Yo sí que no pienso volver a verlas.

SIM. ¿Qué le pasa? ¿Está usted llorando? No me asuste. ¿Qué tiene usted?

NIC. Nada, hijo mío. No tengo nada.

SIM. Algo tendrá usted.

NIC. ¡Ni un céntimo!

SIM. ¡Mi madre!

NIC. Estoy arruinado.

SIM. ¡¡Mi madre!!

NIC. Escucha, Simeón. Hemos tirado mucho dinero. Y, además de eso, has de saber que todas las mañanas, cuando salía con el pretexto de llenar los gemelos de licores, me iba a jugar, y he perdido todo el dinero que me quedaba. Es decir, conservo

unos cuantos dólares. Los suficientes para que tú te vuelvas a España.

SIM. ¿Y usted?

NIC. Yo me quedo aquí.

SIM. ¿Pero usted qué va a hacer en Nueva York?

NIC. Películas. ¿Para qué volver allá a pasar miserias y fatigas?

SIM. Eso sí que no. Usted se viene conmigo. Lo que sea de uno será del otro.

NIC. No puede ser. Yo ya no tengo ánimos para seguir viviendo como antes. Me he acostumbrado a otra vida. ¡Maldito sobre verde! (*Sacándolo del bolsillo, estrujándolo y tirándolo al suelo.*) ¡Este es el que tiene la culpa de todo!

SIM. (*Recogiéndolo del suelo.*) No. Este no. Este lo guardo yo como recuerdo. A éste le debo el haber visto el mundo. Pero no por un agujero, sino por un boquete muy grande. La culpa la ha tenido usted por jugar. Se ha confiado usted demasiado en la Fortuna.

NIC. Tienes razón. Esa tiene la culpa de todo. Ella me lo dió y ella me lo ha vuelto a quitar. ¡Maldita sea la Fortuna! (*Aparece la Fortuna, conforme salió en el principio de la obra.*)

FOR. No me maldigas ingrato,
que yo la culpa no tengo.
La culpa fué sólo tuya
por ambicioso.

NIC. ¡Protesto!
(*Por el lado opuesto, aparece el Trabajo.*)

TRA. Dí que sí. La culpa es de ella.
Te engañó.

SIM. ¿Pero qué veo?
¿Quiénes son esos fantasmas?
¿Estoy soñando o despierto?

NIC. ¿Tú quién eres? (*Encarándose con el Trabajo.*)

TRA. El Trabajo.

NIC. No te conozco.

TRA. Lo creo.

¿No me habrás visto en tu vida.

NIC. Si te he visto no me acuerdo.

TRA. ¿Tú no trabajaste nunca?
Serás un vago.

SIM. Algo hay de eso.

TRA. ¿Cómo te llamas?

NIC. Me llamo

Don Nicanor, caballero.

Don Nicanor. Un mangante.

Un rico venido a menos.
De mis buenas amistades
iba tranquilo viviendo
hasta que aquí, la Fortuna,
quiso concederme el premio
mayor de la Lotería.

TRA. ¿Y dónde está ese dinero?

NIC. Buena parte se me ha ido
por vivir en opulento
y el resto se lo ha llevado
mi mala suerte en el juego.

TRA. ¡La Fortuna! La Fortuna
es mujer de poco seso.
Es loca completamente.

FOR. Yo no. Los locos son ellos.

TRA. Sí. Pero tú te aprovechas.
Mas no tiembles; yo te ofrezco
mi protección y mi amparo.
Todavía estás a tiempo.
Que así como la Fortuna
salió una vez a tu encuentro
y en un día te hizo rico,
yo en un día hacerte puedo
trabajador, que el trabajo
es más fuerte que el dinero.
Y para que te convenzas
voy a mostrarte un ejemplo. *(Se levanta el telón y apa-*

rece a todo foro la apoteosis, que representa una alegoría de las
Exposiciones de Barcelona y Sevilla.)

SIM. Son Barcelona y Sevilla.

TRA. Los mismos; esos dos pueblos
que, unidos por el trabajo,
exponen al mundo entero,
con orgullo y con cariño,
su cultura y su progreso.

MÚSICA.

(La Andaluza y la Catalana, y todas las señoras de la compañía. La mitad, con el traje andaluzas, y la otra mitad de catalanas.)

TODAS. Son Barcelona y Sevilla
dos ciudades soberanas,
la alegría y el trabajo,
Montserrat y la Giralda,
Triana y el Paralelo,

la Macarena y la Rambla,
el vino de manzanilla,
la saeta y la sardana.

AND.

A Jesús del Gran Poder
le he pedido de rodillas
que cuando me muera me entierren
en Barcelona o Sevilla.

TODAS.

Andaluzas, catalanas;
mujeres de alma bravía,
orgullo de Cataluña,
orgullo de Andalucía. *(Terminado el número,
hay un trémolo en la orquesta. Aparece la
Madrileña, que abrazada a las dos lípiles,
dice:)*

MADRILEÑA. ¡Salud, pueblos admirables!
Madrid, que es hermano vuestro,
os quiere con toda el alma
porque sois nobles y buenos.
Y España, que es nuestra madre,
está orgullosa de serlo. *(Música en la orquesta.)*

TELÓN.

L

AN
DU
FLA
AR
EN
RIT
DO
GR
PAC
UR
PEI
TRI
COI
DO
PEC

I

ANTONIO PASO y RICARDO G. DEL TORO

LA PURA VERDAD

COMEDIA DE FARSANTES Y EMBUSTEROS, EN TRES ACTOS

*Estrenada en el teatro de la Comedia la noche del 24 de
Octubre de 1924.*

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ANA MARIA	Sta. Aurora Redondo.
DULCINEA	» Rosario S. de Miera.
FLORA	» Isabel Redondo.
ARACELI	» Angelita Guerra.
ENCARNITA	» Ofelia Zapico.
RITA	Sra. María Mayor.
DOÑA COVADONGA	» Ana Ferri.
GRACIA	» Herminia Molina.
PACO MIMBRALES	Sr. Valeriano León.
URBANO LACOBÁ	» Miguel Pedrote.
PEPE SALCEDO	» Ricardo Vargas.
TRINITARIO RISUENO	» Federico Górriz.
CORBATA	» Mariano Azaña.
DOMINGO	» Ramón Tena.
PEGOTE	» Luis Manzanares.

La acción en Mancha Real, época actual.

ACTO PRIMERO

Estamos en el Casino de Agricultores de Mancha-Real. En la lateral izquierda (del espectador), primer término, puerta, y, sobre ella, un letrero que dice: «Sala de Juntas»; a continuación, otra puerta, con otro letrero: «Presidencia». En el primer término lateral derecha, un gran cartel anunciador, que dice: «Ferias y fiestas en Mancha-Real», en letras muy grandes y con viñeta de colores. Debajo, los titulares siguientes: «Gran fiesta de la flor», «Feria de ganados», «Corridas de toros», «Funciones teatrales», «Concurso de bandas», etc., etc. El fondo lo forman cuatro o cinco arcadas, de estilo mazárabe, como si el casino estuviera instalado en un antiguo caserón solariego. A continuación de estas arcadas, otra mayor, que enfrente con la puerta de entrada al casino que, se ve en el forillo. Tras la arcada, hay un patinillo con jardincito de flores; los términos laterales del foro, libres, conducen al interior y demás dependencias del casino. En escena hay unas cuantas mesitas, rodeadas de sillas, butacas y mecedoras. Es un hermoso día del mes de agosto.

Al levantarse el telón, la escena aparece sola un segundo. En el foro izquierda del público se oyen las voces de FLORA, ENCARNITA y ARACELI, que discuten con DOMINGO, y seguidamente éste, que entra, empujado y arrollado por las tres, que vestirán unas de mantilla y peineta, otra de mantón de Manila con brazaletes y la hucha de hoja de lata clásica, que llevan las muchachas que piden en la fiesta de la flor, y las cestitas con las flores.

DOMIN. (*Queriendo contenerlas en vano.*) ¡Que no! ¡Que me buscan ustedes un compromiso! ¡Que no se puede pasar!

FLORA. (*Con ironía.*) ¿Pero este es el Casino de Agricultores o el Palacio Real?

DOMI. Este es el Casino de Agricultores, pero yo he recibido de don Francisco Mimbrales, su presidente, la orden de no dejar pasar ni a una sola de las pedigüeñas, y tengo que cumplirla.

ARAC. ¡Anda, pues si supieras que a quien venimos buscando precisamente es a él!

DOMI. ¿A él?

ENCA. Y hasta que nos llene la hucha no nos vamos.

DOMI. Difícil me parece.

FLORA. Por falta de dinero no será.

DOMI. De eso no hablemos. Media Mancha-Real es suya, mejor dicho, de su señora; pero claro está, que siendo de su señora es suyo. Pero a don Francisco no se le puede ver porque está encerrado en Junta.

ARAC. ¿En Junta?

DOMI. En Junta de Comisión de Festejos. Están él, su cuñado, D. Urbano Lacoba y Menéndez, y don Trinitario Risueño, y por las órdenes que he recibido, deben estar tratando de algo muy interesante.

ENCA. Seguramente será de lo que ocurrió anoche en el teatro, como si lo viera.

ARAC. De eso es, que no te quepa duda.

FLORA. Y tanto que es de eso.

ARAC. ¿Tú no has olfateado nada?

DOMIN. ¿Olfatear?... Si me cogen escuchando me cuesta la Conserjería... Con los tres que hay ahí dentro, no puede uno deslizarse ni tanto así: Y no es que sean ningunos Nerones, na de eso: don Francisco es un hombre a carta cabal, generoso, campechano, y hasta su poquito alegre; pero hay que irle con la verdad por delante; y lo mismo que digo de él, digo de su cuñado y del señor Risueño. ¡Son muy serios! ¡Lo que se dice la esencia de la verdad!

ENCA. Pues a mí me gustaría oír lo que están acordando, porque cuidado, ¡qué el espectáculo de anoche...!

DOMI. Me han dicho que fue una cosa inesperada.

FLORA. ¿Pero tú no estuviste?

DOMI. Ganas se me quedaron, pero el cargo obliga, y en estos días de fiesta no se puede abandonar el Casino. ¿Ustedes lo vieron?

FLORA. Como te estamos viendo a ti. Figúrate que después de la sesión del cine, salió Dulcinea, esa cupletista que se ha anunciado con tanto bombo, y cantó su cuplet de presentación, ¡pchs!, ni mal ni bien, ¿verdad?

ARAC. Lo de siempre.

ENCA. Vulgarcito.

FLORA. Se conoce que por justificar el apodo de Dulcinea, se presenta siempre con esa canción, evocando la figura de «Don Quijote», diciendo que fué su sueño, su ideal; a mí no me acabó de llenar.

ARAC. Ni a mí.

ENCA. Ni a nadie.

FLORA. Sobre todo el refrán; aquéllo de:

Por mis encantos
y mi hermosura,
el de la larga y triste figura,
volvióse pocho,
sufrió mil males
y estuvo mocho,
mocho,
mochales.

ARAC. ¡Para matar al autor!

FLORA. El caso es que la aplaudieron, porque público como este de Mancha-Real, no le hay; es de mazapán; se entró a cambiar de vestido, volvió a salir, y estando cantando aquéllo de

«Quita, no me beses...»

Paco Mimbrales que entra en la platea con su mujer, y como Paco Mimbrales es aquí una institución, por su fortuna, por su modo de ser y porque viste que va siempre delante de la moda, pues hubo un momento de revuelo y todo el mundo dejó de mirar al escenario para mirar a la platea, y por lo visto, ella creería que aquello era un desaire o no sé; el caso es que dirigió la vista a la platea, se puso del color de la cera, se le extraviaron los ojos y ¡cataplún!, cayó al suelo, lo que se dice hecha un trapo.

DOMI. ¡Qué atrocidad!

FORA. Todos los espectadores se levantaron; una señora que la acompaña, que dice que es tía suya, salió de entre bastidores dando gritos...; unos decían que era una congestión, otros, que una aneurisma... Pepe Salcedo, el novio de Ana-María, decía que era que se había apretado demasiado el corsé... El caso

es que Mimbrales mandó echar el telón, se devolvió al que quiso el importe de su localidad, y el público divertido, etc., etc.

DOMI. ¿Pero no se ha podido averiguar lo que fué?

FLORA. Dicen que fué un colapso; por lo menos, el médico fué de ese parecer.

ARAC. Lo que también he oído es que no trabaja hoy.

ENCA. Anunciada no está.

FLORA. Y eso es lo que estarán tratando ahora, porque sin teatro no nos vamos a quedar el segundo día de fiestas. *(Por la puerta del foro entra Corbata, de unos treinta y cinco años; viste traje de campo, trae debajo del brazo un acordeón, lleva puestas tres florecitas.)*

CORB. *(Entrando.)* Buenos y floríos.

FLORA. ¡Hombre, Corbata!

CORB. *(Conteniéndolas.)* No; no me vayan ustedes a clavar unas florecitas, porque mi voluntad es mucha, pero de aquí *(Además de dinero.)* estoy palmao. Too el dinero de que podía disponer se lo han llevao estas tres flores, ¡tres pesetas me han costao!

ARAC. ¡Pero si una te la he puesto yo en la Plaza y me has echao cinco céntimos!

ENCA. ¡Y yo otra y me has echao lo mismo!...

CORB. ¿Qué me han puesto ustés? *(Reparando en ellas, y aparte.)* (Es verdad, no me había fijao y me he colao.) *(Alto.)* Es que éstas son otras: las de ustedes se las di a una nietecilla de la estanquera...

FLORA. *(En burla.)* Sí, sí...

DOMI. Bueno, ¿pero que es lo que te trae por aquí?

CORB. Pues na, que he venío del cortijo a recoger este acordeón que me lo estaban arreglando...

FLORA. ¿Pero tú eres filarmónico?

CORB. ¡Pchs! Por matar el aburrimiento. Allí hay tiempo pa too; antes me dió por la guitarra, pero me cansé de ella y me compré ésto, y ya lo toco mu regular; hasta que me canse.

FLORA. Y te compres un piano de cola.

ARAC. ¡O un arpa!

ENCA. ¡O un stradivarius!

CORB. No se burlen ustés, que aquí como a toas horas del día hay entretenimiento...; pero allí...

DOMI. Bueno, pero qué tiene que ver el acordeón con tu visita al casino.

CORB. Tiene que ver el que me dije: «Ya que estoy en Mancha-Real, voy a ver el amo por si se le ocurre algo, y al llegar a la plaza de la Constitución vi a la señora que estaba sentá junto a una mesa con muchas flores, de esas, y al preguntarle por don Francisco, va y me dice, pues en el casino lo tienes con mi hermano y con el señor Risueño, y me dije, pues al casino me voy».

DOMI. Y te has dado el viaje en balde, porque no lo puedes ver.

CORB. ¡Que yo no lo puedo ver!

DOMI. Ni tú, ni nadie.

FLORA. Y no te canses, que lo ha tomao en serio.

DOMI. Lo he tomao como lo que soy. Si no tienes prisa por volverte al cortijo, date una vuelta, y si han salío ya de la Junta...

CORB. ¿Es cosa pa mu largo?

DOMI. ¿Qué sé yo? Lo mismo puen acabar dentro de un minuto que estarse tres o cuatro horas.

CORB. Tres o cuatro horas no me pueo esperar, porque de aquí a La Gloria hay una buena longaniza.

FLOR. ¡Y vaya una finca!

ARAC. ¡La mejor de Mancha-Real!

CORB. Y que lo digan ostés; La Gloria se llama, y acierto tuvieron al llamarla así, porque es que yo estoy seguro que si a Dios le diese por venir a Mancha-Real, y una vez aquí, el amo le dijese: «Vente conmigo, que vas a ver una finca que tengo», a patás lo tenían que echar de allí.

FLOR. No seas bruto, Corbata.

CORB. ¡Es mucha gloria La Gloria! Ahora sí, que aburrío es un poco aburrío: trigales, viñedos, olivos, frutales..., ¡mucha tierra! ¡Mucha, y toa de regadío...; en cambio, presonas, ni mujer y yo; si al menosuviésemos cinco o seis chicos; pero así como la tierra es de regadío, la parienta es de secano...

FLOR. Pues si el mes pasao nos dijeron...

del CORB. ¡Fué una falsa alegría!... Es que como está tan delgá y se tragó un hueso de melocotón...

visi- FLOR. Bueno; pues vámonos nosotras, porque aquí está visto que no hay manera.

cha- DOMI. Lo siento, pero no la hay.

a la CORB. Y yo también me voy, si pueo me daré una vuelta, y si no, ya sabe el amo dónde me tiene.

o a DOMI. Ya le diré que has estao aquí.

don ARAC. Adiós, cancerbero.

her- FLORA. Y conste que los enfermos no te agradecerán tu formalidad.

oyne- DOMI. Pues el que no es formal, no es persona.

edes ENCA. Adiós.

TODOS. Adiós. *(Corbata, Encarna, Araceli y Flora, hacen mutis por el foro izquierda. Queda solo Domingo.)*

pot DOMI. ¡Gracias a Dios que se han ido! Con lo bien que me estaba enterando yo de too...! ¡Y por cu'pa de ellas...! *(Se dirige, de puntillas, a la primera puerta lateral izquierda y aplica el oído a la cerradura.)* No se oye na... ¿Se habrán dormido? No tendría na de particular, porque anoche, con el aquel de lo del teatro, me paece a mí que no se han acostao ninguno; por lo menos, don Francisco, a las cuatro de la mañana, pidió que le llevasen a la Contaduría cuatro docenas de emparedados y seis botellas de manzanilla... Y lo raro es que mandó que la manzanilla se la sirvieran en botellas de agua de azahar. ¡Como que tuve que despertar al boticario! ¡Qué rareza! Digo yo si sería para que la enferma se sugestionara... *(Volviendo a acercar el oído.)* Ya me parece que..., sí, sí..., se levantan y vienen..., que no me sorprendan... *(Domingo se aparta rápidamente de la puerta y hace mutis por la segunda derecha. Se abre la puerta de la primera izquierda y hacen salida Paco Mimbrales, Urbano Lacoba y Trinitario Risueño. Los tres aparentarán, más o menos, unos cuarenta años. Mimbrales viste de ricachón de pueblo, queriendo ser elegante, sin serlo; lleva sortijones en los dedos, su correspondiente cadena de oro con su onza colgante, alfilerón de corbata, etc., etc., por todas partes le asoma el dinero, pero no el gusto. Urbano Lacoba es más sencillo en el vestir, pero más fino; es un aristócrata.)*

ta de provincia medio arruinado. Risueño viste vulgar; es un prestamista. Mimbrales lleva las dos solapas de la americana llenas materialmente de flores. ¡Un alarde de flores! Urbano lleva diez o doce nada más. Risueño, ninguna.)

MIMB. ¡Nada, que no y que no! Eso que usted sostiene, amigo Risueño, es una barbaridad.

RISU. Eso es llamarme bruto.

MIMB. ¡Pero hombre, no sea usted bruto! ¿Cómo le voy a llamar yo a usted eso? Usted, para mí, es uno de los hombres más despiertos de Mancha-Real, pero en esta ocasión no va usted bien, ¿verdad, Urbano?

URBA. Lo que sucede es que, como aquí, Trinitario, es tan meticoloso en el cumplimiento de sus deberes, todo lo ve bajo ese prisma, y claro, sostiene que se debe obligar a Dulcinea a que cumpla su contrato y trabaje esta noche.

MIMB. ¿Y qué es lo que he sostenido yo más que eso?

RISU. No, no, permítame; usted ha sostenido precisamente lo contrario.

MIMB. No, señor.

RISU. Sí, señor.

MIMB. ¿Pero es que va usted a decir más verdad que yo?

RISU. En este caso...

MIMB. Ni en este caso ni en ninguno; buen punto ha ido usted a tocar. ¡Mentir yo! Es que aunque quisiera no podía; a ver si no, de qué tengo fama en toa la Mancha.

RISU. De eso y de millonario.

MIMB. Sí; ya sé que me llaman el Creso manchego, pero el dinero no tié ná que ver con la seriedad; se pué ser pobre y ser formal. ¿Verdad, Urbano?

URBA. Aquí me tienes a mí, de toda mi fortuna derrochada, no me queda más patrimonio que mi formalidad.

RISU. Entonces, no me negará usted que Mimbrales ha sostenido...

MIMB. ¡Y dale! Yo he sostenido y sostengo que lo que se pacta se debe cumplir, y que ella se comprometió a dar tres funciones, y lo serio y lo formal es que las dé; pero aquí entra otra de las cosas que toas las personas debemos tener (Dándose un

golpe en el corazón.): esto. ¿Con qué corazón le obligo yo a trabajar a una mujer, que anoche, a las cuatro de la mañana, se bebía el azahar por botellas y le sonaba el corazón como un gramófono... (A Urbano.) Hombre, tú que cada dos minutos le ponías el oído en el pecho, dile aquí a Risueño...

URBA. No, como mala está mala: Esa chica el día menos pensado le da un disgusto a su tía.

MIMB. Bueno, pero ahora fíjese usted en la historieta: Nosotros le obligamos a que trabaje, y sale a escena, y se nos cae, y conforme anoche se nos cayó relativamente bien, se nos cae de espaldas, y como esas artistas parece que compran las faidas con tasa, pa qué le voy a describir el espectáculo; ¿usted podría dormir tranquilo recordando el espectáculo?; la verdad, Risueño.

RISU. Hombre..., claro está, que tal como usted lo pinta..., y viéndolo uno..., siempre es más doloroso.

URBA. Lo peor no es que cayese más o menos artísticamente; lo grave es que se quedase en el accidente.

RISU. Llevando las cosas a ese extremo...

URBA. Que está en lo posible.

RISU. Siendo así, mi voto es que se le releve de cumplir el contrato; daremos cine toda la noche, y en ese caso habrá que pedirle una rebaja a los músicos, porque no cantando ella..., ya sabe usted que en el cine hay momentos que no se debe tocar.

MIMB. Cuando den luz, que toquen nada más para entrete-nerlos.

RISU. Entonces voy a hablar con el maestro, a ver qué rebaja le saco.

URBA. Y que lo que no consiga usted...

RISU. (Al marcharse.) ¡Ah!, un momento... Con la discusión se me olvidaba hacerle una súplica...

MIMB. ¿A mí?

RISU. A usted. Se trata de su sobrina, de Ana María.

MIMB. No le haga usted caso; ya sabe usted que de veinte palabras que diga, diez y nueve no son verdad.

URBA. Y la otra es mentira.

RISU. A eso iba a referirme: va diciendo por ahí que para sacarme diez céntimos hay que anestesiarle.

MIMB. Eso lo dirá porque no se ha dejado usted poner una flor.

RISU. ¡Cómo que no! Más de cien pesetas llevo fuera del bolsillo.

URBA. (*Extrañado.*) Como no se le ve ninguna...

RISU. Es que ésta es la tercera americana que me pongo.

MIMB. Pues si yo hiciera lo que usted, me tenía que hacer ropa.

RISU. No es lo peor eso; lo grave es que va diciendo que si doy dinero a rédito, que si exprimo a los necesitados y que a Juan el del molino le he dado dos mil pesetas y le he hecho firmar cuatro, y yo no le he hecho firmar nada; lo ha firmado él por su gusto.

MIMB. Esa Ana María es incorregible.

URBA. Y que no tiene enmienda.

MIMB. Bueno; vaya usted a ver lo que saca de los músicos, y esté usted tranquilo, que yo le diré lo que debo decirle.

RISU. Que diga la verdad, y nada más que la verdad.

URBA. Eso va a serle muy difícil.

MIMB. Con lo bonito que es ir con la verdad por delante. Si no fuera por lo que la quiere mi mujer y yo también..., pero de todos modos esté usted tranquilo, que sin lo suyo no se escapa.

RISU. Pues, hasta luego.

URBA. Adiós, amigo Trinitario.

MIMB. Adiós, Risueño. (*Risueño hace mutis por el foro izquierda. Mimbrales toca uno de los timbres de la pared, y hace salida Domingo.*)

MIMB. ¿Ha venido alguien?

DOMI. Unas cuantas muchachas de esas que van pidiendo...

MIMB. ¡Más flores! Cómo no me las pongan en la espalda...

DOMI. Y Corbata, el guarda de La Gloria.

MIMB. ¿Corbata? ¿Y a qué ha venido aquí?

DOMI. A recoger un acordeón: me ha dicho que si tiene tiempo volverá por si tié usted que hacerle algún encargo, pero que si no, ya sabe usted dónde está.

MIMB. Está bien; tráete media botellita de Manzanilla, que ya es hora que probemos la gracia de Dios, ¿verdad?

URBA. Y tanto que es hora.

MIMB. (*A Domingo, que está indeciso.*) ¿Qué te pasa?

DOMI. ¿La traigo a su natural o la echo en una de azahar?

MIMB. No, hombre, no; a su natural. (*Domingo hace mutis por la segunda derecha para salir después con una bandeja, vasos y una botella de manzanilla.*)

MIMB. Bueno; ahora que se ha ido Risueño, ¿qué te parece que haga?

URBA. ¿Qué sé yo, Paco! Lo mejor es que la convencieras y se marchara hoy mismo a Madrid.

MIMB. Pero si ya has oído que no se va ni a tiros; dice que como de toas maneras se va a morir, prefiere morirse aquí.

URBA. Si no tardase mucho...

MIMB. ¡Urbano, por Dios!

URBA. Ha sido una temeridad tuya contratala.

MIMB. Es que yo contaba con que mi mujer, como todos los años, se fuese a pasar estos días a La Gloria; ya sabes que Covadonga es enemiga de fiestas y de bullicios, pero como de pronto la hicieron presidenta de la mesa principal y tesorera de no sé qué..., nos ha matao.

URBA. Y tanto que nos ha matao.

MIMB. Figúrate si se huele... Me tengo que ir con los Soviets.

URBA. Tanto como eso... El escándalo se queda para otra clase de gente. Mi hermana no puede llegar a ciertos extremos...

MIMB. No empieces ya con los timbres y los antepasados, que me pones nervioso; vamos a hablar con la verdad por delante.

URBA. Es que la verdad es esa: en otra cualquier casa puede haber voces, riñas, todo lo que quieras; pero en la casa solariega de Los Lacoba; en la casa que ostenta un escudo, con un cuartel, una cepa, un olivo y una montaña...

MIMB. Sí, hombre, sí, y separado por una barra de gules, el olivo, de la cepa, y el cuartel, de la montaña; me lo sé de memoria, pero no es eso, Urbano; el abolengo en el escudo está de primera, pero en casa se entería Covadonga del llo y me da con el escudo en la cabeza, no te quepa duda; tu hermana es inflexible, y si no, por ti saca la consecuencia: cogiste lo que te tocó de la herencia, y en dos años, *apré*, y cuando volviste a pe-

dir auxilio a ella, ya sabes lo que te contestó: «a la una se con-
y a las nueve se cena», y se le olvidó lo de a tal hora se fue-
a esta otra se bebe, etc., etc., y si no fuera por mí, entras en
antigua casa como si hubieras entrao en Inválidos.

URBA. Sí, hombre; lo sé, y ya sabes que lo agradezco en
alma, y que procuro corresponderte en la medida que puedo.

MIMB. Es que me parece que te encuentro un poco duro
conmigo.

URBA. ¿Duro contigo? ¿Y a estas horas? No, Paco, no
eso al principio hubiese estado bien; pero después de las infinitas
bromas que hemos corrido... (*Suspirando.*) ¡Ay, las mujeres!
Es la única falta que encuentro disculpable. Ya ves, yo, a la
muerte de mis padres, cogí un pico regular.

MIMB. Un pico de cigüeña.

URB. Bueno, ¡pues las mujeres!... ¡Con ellas... Y hasta que
hinque el pico!... Cómo te voy yo a ti a criticar lo de Dulcinea.
Sí, para que lo sepas, a mí la chica me gusta un horror.

MIMB. ¡Urbano!

URBA. Sí, hombre, sí; la verdad: ahora que puedes dormir
tranquilo: en primer lugar, yo de aquí... (*Acción de dinero.*)
estoy en Inválidos, como tú dices, y en segundo, que basta que
estés un poco colado... ¡Pero es monísima!

MIMB. (*Alegrándose.*) ¿Verdad, que sí?

URBA. ¡Una fantasía ateniense!

MIMB. (*Más alegre.*) ¡Olé!

URBA. ¡Con unos ojos y una nariz!...

MIMB. (*Alargándole el vasito.*) ¡Anda con un chato! (*Los
dos beben.*)

URBA. ¡Y luego una sencillez!

MIMB. ¡Y una vergüenza! Si cuando tiene que pedirme dine-
ro me pide antes que le tape los ojos con las manos, y si no se
los tápo, no me lo pide.

URBA. Pues para mí era una solución.

MIMB. Acuérdate de la noche que la conocimos en Maravi-
llas. Ya sabes que nos la llevamos a cenar a la Cuesta de las
Perdices con su tía y aquellas dos bailarinas que eran hermanas...

URBA. Ah, sí. *Las Cambroneras.*

MIMB. Las mismas: bueno, pues ya vistes qué manera de abusar las tales hermanas; que si quince duros para unos zapatos, que si veinte duros para un corsé-faja... Y si es la tía... la tía no pedía dinero, pero se guardaba los langostinos y el jamón serrano con una frescura...; apenas ponían una fuente en la mesa, sacaba su periodiquito.

URBA. *La Libertad.*

MIMB. Ese mismo; cogía la mayor parte, lo envolvía, y hasta otra fuente, que volvía a sacar *La Libertad*... Y si no es porque le digo que me parecía ya demasiada libertad, nos deja sin cenar. En cambio, ella, porque le metí en el bolso un billete de quinientas pesetas, ya viste cómo se puso, y lo que me dijo: que no volviera a hacerlo más, que, de hacerlo, lo hiciera sin que ella se diese cuenta... ¡Vergüenza que tiene la pobre!

URBA. Si tú, lo malo que has hecho, es decirle que eras soltero, porque anoche, cuando te vió entrar en la platea con Covadonga y se enteró que era tu señora, pues ya viste el resultado: ¡la epilepsia!

MIMB. Yo se lo dije porque, la verdad, me daba miedo la tía con sus humos de moralista.

URBA. Bueno; pues esto hay que arreglarlo.

MIMB. Eso te digo, Urbano; idea, maquina, arréglamelo y cuenta conmigo, no como un cuñado, sino como el cajero del Río de la Plata.

URBA. Dame otro chato.

MIMB. Ahí va, y que él te ilumine. (*Beben los dos. En este momento entra por la puerta del foro Ana María, joven guapa; viste también de mantilla, peineta, saca la cestita y la hucha. La sigue Pepe Salcedo, de unos veinticinco años, que viste de señorito un poco adinerado; trae en las solapas flores también. Entran, regañando.*)

ANA. (*Entrando.*) Pues sí, sí y sí.

PEPE. (*Idem.*) Pues no, no y no.

MIMB. ¿Qué pasa?

PEPE. ¿Qué quiere usted que pase? Esta, que se ha empeñado en que acabemos las relaciones, y las vamos a acabar; pero que muy prontito.

ANA. Por mí, pa luego es tarde.

PEPE. Y por mí, pa ahora más. ¡Maldita sea! Deme usted un chato.

ANA. Sí. Dáselo, tío, a ver si la empalma con la de anoche.

PEPE. Ve usted, esa es la causa de que terminemos: la lengua que tiene, que no dice una verdá, aunque la maten. Y todavía sobre decir la mentira la dijese a secas, pero la exagera, la abulta...

ANA. ¡Ah!, ¿pero es mentira que anoche, después del teatro te fuiste de jolgorio con Enrique Molina, Juanito Matamala y el hijo del alcalde?

PEPE. ¡Mentira! Nos fuimos al bar de la plaza a tomarnos un té, porque el espectáculo del teatro nos puso mal cuerpo; ahora que yo el té no lo paso como no sea con algo.

ANA. Y ese algo fueron seis botellas de coñac.

PEPE. ¿Ven ustedes? Ya está; ya está la exageración: seis botellas, ¿pero a qué llamas tú botellas, Señor?

ANA. Pues a esas de cristal, de cerca de un litro, con su etiqueta y su tapón...

PEPE. ¿Y nos bebimos nosotros las seis?

ANA. Os las bebísteis y no las pagásteis.

PEPE. Bueno, esto no pué ser; aquí no vale ser formal, ni ser persona, ni ser nada; cae uno en una boca como ésta, y adiós honradez y seriedad, y... lo que pasó, y éste es el Evangelio, que nos sacaron un coñac del corriente y Juanito pidió González Byass; yo, Domecq; el otro, Martell, y el uno que si dos estrellas, el otro que si tres estrellas...

ANA. (De burla.) ¡El otro que si comandante...!

PEPE. Y claro, los que han ido con el cuento a ésta, vienen cinco o seis botellas.

ANA. Primero llenas, y luego vacías.

PEPE. ¿Pero vacías, por qué?

ANA. Por combustión espontánea no sería.

PEPE. Pues entérate primero, y luego habla... No hace dos minutos que me acaba de buscar un disgusto con mi tío; ustedes saben quién es mi tío, y cómo piensa mi tío, y cómo vive mi tío.

MIMB. No sigas; ¿quién no conoce a tu tío? Tíos habrá en Mancha-Real, pero que le ganen a tu tío a tío..., ¡si delira por ti!

PEPE. Pues a eso iba; se lo ha encontrao en la calle Real, y, al mismo tiempo que le ponía su florecita, le ha dicho una de cosas y le ha contaó una de cuentos..., que si yo no pensaba mas que en divertirme, que si el sábado estuve con una mujer en la Venta de los Parrales, que si me emborraché, que si la maltraté...

ANA. Y es verdad, porque yo sé que la oyeron que gritaba: ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, y cuando entraron, te tenía cogido por el bolsillo del chaleco.

MIMB. ¿Por el bolsillo del chaleco? Entonces no era ¡ay!, ¡ay! lo que decía, sino ¡ahí!, ¡ahí!

PEPE. ¿Ve usted? Pues así son toas las cosas de ésta; de un grano de arena hace una montaña, y yo, que aunque sea en contra mía, digo siempre la verdad, estoy pasando lo que no pueden ustedes figurarse.

MIMB. ¿Pero cuándo te vas a enmendar?

ANA. Pero tío, si es que la tenéis tomada conmigo. ¿De modo que, por lo visto, éste es un santo?

URBA. ¡Tanto como un santo! Pero es serio en sus negocios.

MIMB. Lleva la administración de los bienes de su tío.

URBA. Está siguiendo la carrera de Derecho.

ANA. ¿Siguiendo? ¡Pero sí hace cuatro años que está con el primer año!

MIMB. ¡Pero la sigue!... Claro que a ese paso no la va a coger...

PEPE. ¿Sabes tú lo que te digo, Ana María?... Que si no fuera por lo guapísima que eres y por lo muchísimo que te quiero y por lo dentro que te has metío de mí, hace ya mucho tiempo que tú y yo, como los guardias, cá uno por una acera.

ANA. ¿Sabes lo que te digo, Pepe Salcedo? Que si no fuera por lo requetesimpático que eres y la pícara gracia que tienes para decirme cosas y porque has sabío llegarme aquí (*Por el corazón.*), te iba a aguantar otra, que yo, para sacudirme los pelmas, no tengo que hacer mas que así con los hombros (*Ade-
mán de desprecio.*), y ya está.

PEPE. (*Acercándose, mimoso, a ella.*) Pues no me lo hagas nunca a mí, que, embuster'lla y too, te quiero.

ANA. (*Con mimo también.*) No te lo hago, porque, juerguista y tooo, te quiero también.

PEPE. (*Con excesiva melosidad.*) ¡Ana!

ANA. (*Idem.*) ¡Pepe!

MIMB. (*Llamándoles la atención.*) ¡Eh, eh!, que aunque somos de la Comisión de festejos, no es para que os pongáis a haceros fiestas...

PEPE. Es verdad, perdonen ustedes... ¿Me das permiso para que me beba un chato?

ANA. ¿Uno nada más?

PEPE. Uno (*Cogiéndolo.*); pero fíjate bien, que es un chato, no vayas luego diciendo que es un vaso de a cuartillo. (*Bebe. En este momento entra por el foro Domingo, y le habla al oído reservadamente a Mimbrales.*)

MIMB. (*Aparte, y sobresaltado.*) (Mi madre!)

URBA. ¿Qué te pasa? (*Mimbrales le habla al oído.*) (¡Mi padre!)

MIMB. ¡Figúrate!... Y que le digo que no, y la epilepsia como tú dices... (*A Domingo.*) Oye... (*Le habla bajo.*)

ANA. Bueno, yo me voy; que con estas cosas me olvido de la recaudación, y...

PEPE. Yo también me voy pa allá. (*Van a hacer mutis por el foro y Mimbrales les grita.*)

MIMB. ¡Quietos! No salgáis por ahí.

ANA. ¿Por qué, tío?

MIMB. Porque he dado orden a éste (*Por Domingo.*) que no deje pasar a ninguna de las que piden, y si te ven salir, dirán que si por ser mi sobrina...

URBA. Y eso no es serio.

MIMB. Venir por aquí, y os vais por la puerta que da al callejón.

ANA. Bueno, vamos.

MIMB. (*A Domingo.*) Y tú ya sabes...

DOMI. Descuide usted. (*Entran por la segunda izquierda*

Ana Maria, Mimbrales, Urbano y Pepe, pero éste apenas ha entrado vuelve a salir, y le dice a Domingo, que va hacia el foro.)

PEPE. Oye, Domingo.

DOMI. ¿Quería usted algo?

PEPE. ¿No tienes por ahí un billete de esos de cinco duros que repartías el otro día, anunciando las bodegas de Pellejere?...

DOMI. ¡Ah!, ¿ese anuncio que por un lado...?

PEPE. Parece un billete de cinco duros...

DOMI. Por ahí había tirados la mar... Espere usted, que me parece... (Registrándose.), sí, aquí tengo yo uno.

PEPE. (Quitándose.) Trae. Es que voy a tomar una idea para un anuncio que quiere mi tío de sus vinos...; sí, porque si no se llama la atención con algo, no lo lee nadie...

DOMI. Tié usted razón...

PEPE. Gracias. (Hace mutis por la segunda izquierda, que entraron los demás. Domingo se llega al foro izquierda, desaparece y vuelve a entrar rápidamente, seguido de Concha Lina (a) Dulcinea, joven, guapa, bien calzada, bien vestida, etc., etcétera. Y de doña Rita, tía de ella, que quiere vestir bien, y el sombrero la sienta como un tiro, y el vestido es de un mal gusto exagerado..., saca un bolso de mano bastante grande... Debe caracterizarse con un poquito bigote, no mucho.)

DOMI. Pasen, pasen ustedes. Don Francisco sale en seguida, que está despachando con el secretario... Siéntense... (Rita y Dulcinea se sientan junto a la mesa.) ¿Quieren ustedes tomar algo?

DULC. Yo, ahora, nada.

DOMI. (A Rita.) ¿Y usted?

RITA. Yo, no sé qué te diga, porque desde anoche tengo un peso aquí en el estógeno..., y es que como me llevé el sobresalto que me llevé recién cená, pues se conoce que son los langostinos y la ternera y el pollo asao y las cuatro cosillas que comimos, porque a mí, de noche, no me gusta cargar, que están ahí y no las he podido dirigir entoavía.

DOMI. ¿Quiere usted sifón, o bicarbonato?

RITA. Mejor, sifón; pero con cazalla, sí, porque el sifón solo me estraga, ¿sabes?

DOMI. Entonces, una copa de cazalla y un sifón.

RITA. ¿Pa qué copa? En un vaso me echas una chorreá, no mucho..., tres o cuatro deos, y luego yo echaré el espumoso.

DOMI. Entendido. (*Hace mutis por la segunda derecha.*)

RITA. Bueno, Concha, a seguir mi plan, y no te me vayas a rajar. Mira que aquí está el abrigo pitigri, el piso con irradiadores y un *budoire* que quite la cabeza, el veraneo en San Sebastián, el *Cadillaque* pa que te pasees, y quién sabe si una cartillita en el Monte.

DULC. No creo que de mí tenga usted queja.

RITA. Es que si la tuviera, como me llamo Rita Salmorejo, que te cogía así de los pelos y te ondulaba en frío. Porque perder esta ocasión es lo mismo que saber cuál es el gordo de Navidad y no jugarlo.

DULC. Ya empieza usted como siempre, tía.

RITA. Empiezo porque te conozco, y sé que a la tercera copa de *Moete Chandon* que te atices, eres capaz de echarme abajo un plan que lo llevo maquinado desde la noche aquélla de la Cuesta de las Perdices, ¡y que no m'a costao dolores de cabeza! Di tú que yo no soy propensa a la meningitis, que si no, a estas horas reposo donde te hubiera dao la gana de llevarme a reposar.

DULC. ¡Qué pesá se pone usted!

RITA. Es que quiero que me consideres como lo que soy, como una madre, porque aunque yo te acompañe a toos laos, yo no soy pa ti una carabina.

DULC. Usted pa mí es un rifle que...

RITA. Calla, que viene el garson. (*Hace salida Domingo con una bandeja, y en ella un vaso con cazalla y el sifón.*)

DOMI. (*Poniéndolo sobre la mesa.*) ¿Quién algo más?

RITA. Mersi.

DOMI. (*A Dulcinea.*) ¿Pero usted no toma ná?

RITA. Pero qué va a tomar esta hija mía si está del corazón hecha cisco. ¡Ay, los hombres, los hombres! ¡Qué cosa más mala! (*Bebe.*) ¡Qué cosa más buena! ¿Sabes que es un cazalla...?

DOMI. ¡Superior!

RITA. Como que no le echo sifón porque me parece que mezclándolo pierde.

DOMI. Eso va en gustos.

RITA. (*Apurándolo.*) Y parece que me alivia.

DOMI. ¡Si qué usted más...!

RITA. No, basta; si acaso, yo te llamaré.

DOMI. (*Haciendo mutis segunda derecha.*) Pues a sus órdenes.

DULC. Vaya usted con Dios. (*Pausa.*)

RITA. Tarda en salir.

DULC. Ya ha oído usted que estaba despachando con el secretario.

RITA. Es que cuando se trata de señoras, se despache con quien se despache, se le despacha, y se acude a ellas.

DULC. Ahí me parece que sale.

RITA. ¡Concha, por lo que más quieras!

DULC. No me diga usted más ná, tía. (*Por la segunda izquierda sale Paco Mimbrales, que se dirige a ellas, afectando una sonrisa.*)

MIMB. ¿Qué tal, amiga Rita?

RITA. Así, así, señor Juncas.

MIMB. Mimbrales. Paco Mimbrales.

RITA. Es verdad, siempre lo confundo.

MIMB. Y ésta qué, ¿cómo ha concluido de pasar la noche? ¿Has descansado algo?

DULC. (*Con desaliento.*) Nada.

MIMB. Caramba, que yo te dejé relativamente bien.

RITA. No; si estando usted al lao es otra, pero en cuanto no le ve, le entra una murria y una de abrísele la boca...

MIMB. ¿No será debilidad?

RITA. Eso creo yo que es, pero debilidad por usted, so charrán, por usted; que si yo llego a saber que le iba a llegar tan al corazón a esta criatura, en seguida voy a la Cuesta de las Perdices... (*Figurando que solloza.*) ¡Pobrecita mía!... ¡En un mes ha perdido cinco kilos!, cómo siga así se va a tener que sujetar la falda con una goma de los paraguas...

MIMB. Pero si ya sabe Concha que yo la quiero y que estoy lo que se dice colao por ella.

DULC. Sí, ¿pero por qué me has engañao, Paco?

MIMB. ¿Que yo te he engañao? ¡Decir yo una mentira!

DULC. Me dijiste que eras libre.

MIMB. Pero me refería a Madrid; allí no tengo yo ningún compromiso.

DULC. No, Paco, no; tú no me hablas a mí con verdad; yo soy pa ti un pasatiempo, un recreo, un capricho de rico, y tú sabes que pa mí el dinero es lo de menos.

RITA. No pué negar, la sangre: toas las mujeres de la familia hemos sólo lo mismo: delicás y pasionales; su madre murió del corazón porque en vez de casarla con el padre de ésta la casaron con otro, y a mí si no me casan con mi novio, a estas horas estoy en un manicomio. Ahora, que si a los tres meses no me separan, sabe Dios dónde estaría, porque me enamoré de un amigo de él, y como yo soy tan delicá y estaba viendo que le iba a faltar, me dije: Rita, antes de faltarle, vete; y me fui a la Habana con un corredor de plátanos que fué novio mío.

MIMB. Delicá que es usted.

RITA. Mu delicá; sí, señor.

DULC. Tú sabes que me ofreciste unos solitarios, ¿y qué te contesté?

MIMB. Que los solitarios pa el desierto: que si acaso te los regalase acompañaos de otras piedras.

DULC. Pero por quitarte la intención; tú sabes que si por necesidad tengo que pedirte algo me cuesta una enfermedad y me tienes que tapar los ojos, porque si no, no te lo pediría.

MIMB. Lo sé, hija, lo sé; pero ahora, y puesto que la Comisión de fiestas prescinde de hacerte cumplir el contrato, lo conveniente sería que esta misma tarde te fueses a Madrid.

DULC. ¡Irme a Madrid!

RITA. Si me da usted pa que la embalsamen..., porque que se me muere en el camino, es anciano.

MIMB. ¡No tanto!

RITA. ¿Que no? ¿Pero no le oye usted el corazón? Si no hay necesidad de ponerle el oído: si se lo oigo yo desde la cocina.

MIMB. Ni que fuera un don Nicanor tocando el tambor.

RITA. Eso parece.

DULC. No, Paco, no; yo no me voy de aquí; yo no quiero morirme sin tenerte a mi lado.

MIMB. Pero si me vas a tener en seguida; si cuando acaben las fiestas ya estoy en la corte.

DULC. Que te he dicho que no, y que no. (*Más declamado.*) ¡Ay!, ¿por qué me fijé en la platea aquella noche? ¡Por qué se encontraron mis ojos con los tuyos! ¡Y por qué tu mirada, de noche y de día, con loca osadía...!

MIMB. No me vayas a cantar «El dúo de la Africana» ahora.

DULC. No te burles, Paco; no te burles.

MIMB. Si no me burlo: si por muchas ganas que tengas de estar a mi lado, no llegas a las que yo tengo por estar al tuyo, pero ten en cuenta que soy un hombre serio, que tengo un nombre que respetar, y un puesto social que me obliga...

DULC. Y todo eso es antes que yo, ¿verdad? (*Sollozando.*) Está bien; me iré, me moriré... me... me... mo...

RITA. ¡Ay!, que se me ahoga esta hija.

MIMB. Concha, Conchilla...

DULC. (*Echándose casi encima de Mimbrales.*) ¡Ay!

MIMB. (*Abrazándola.*) ¡Por Dios, Concha!...

RITA. Está fría, ¿verdad?

MIMB. (*Apretándola.*) ¡Está tibia!

RITA. ¡Claro! Si desde anoche no ha abierto su boca na más que pa suspirar: debe estar muriéndose de debilidad.

MIMB. Y el caso es que aquí..., caldo no habrá; si quisiera jamón...

RITA. ¡Jamón, con lo mala que está!... Si acaso unos emparedaos.

MIMB. Pues emparedados y una copita de manzanilla; eso la reanimará. ¡Domingo, Domingo!

DOMI. (*Saliendo.*) ¿Qué manda, don Francisco?

MIMB. Que hagan un par de docenas de emparedados, y mientras tanto tráete una poca manzanilla. (*Pausa.*) ¿Qué te pasa?

DOMI. Digo yo que si la manzanilla la traigo en la botella del azahar...

MIMB. Hombre, sí; has tenido una idea...

DOMI. (*Cogiendo la media botella y mirándola.*) Se agotó. En seguida estoy aquí.

MIMB. Este Domingo es muy largo.

RITA. (*Acariciando a Dulcinea.*) ¡Hija! ¡Conchita! ¡Reponte!

MIMB. Sí; reponte y ponte aquí (*Sentándola en la silla.*); no vayan a entrar y...

RITA. Y luego quíe usted que la meta en el tren, pa que cá cinco minutos esté tocando el timbre de alarma.

DULC. (*Suspirando muy fuerte.*) ¡Ay!

MIMB. ¿Qué te pasa?

DULC. Unos latidos de muerte.

MIMB. ¿Dónde?

DULC. (*Llevándose la mano a la frente.*) Aquí...

MIMB. ¿En el cerebro?

DULC. No, aquí, aquí.

MIMB. ¡Ah, sí; en el temporal!...

RITA. ¿Le parece a usted que le espurree con agua?

MIMB. Agua tratándose de un temporal... (*Domingo sale con dos botellas de azahar y chatos.*)

DOMI. Aquí está esto; a los emparedados ya les están metiendo mano en la cocina.

MIMB. Que se den toda la prisa posible.

DOMI. No tenga usted cuidado. (*Mutis segunda derecha.*)

MIMB. (*Tomando un chato y alargádoselo.*) Anda, bebe.

RITA. ¡A ver si tomas fuerza, hija!

DULC. ¡Siento un vacío!

MIMB. Con esto se te llena; anda, yo mismo te lo doy. (*Se lo acerca.*)

DULC. ¡Ay!

MIMB. No suspires que se esparrama. (*Le acerca nuevamente el chato a los labios y ella bebe.*)

RITA. Despacito, hija, despacito, que saboreándolo sienta mejor; yo también estoy mu flojucha... Voy a ver si me reanimo. (*Coge la botella y bebe en ella y estando en esta actitud asoma por el foro Ana María.*)

ANA. (*Entrando.*) Está todavía aquí mi tí... (*Sorprendida al ver el cuadro.*) De salud sirva.

RITA. (*Dejando de beber.*) De eso se trata, chavala.

MIMB. (*Contrariado.*) ¡Mi sobrina! (*Alto.*) ¿Qué quieres? Estoy aquí atendiendo...

ANA. (*Sin dejar acabar.*) No, no; si yo no te digo nada, si es que venía de parte de las chicas a saber..., pero no corre prisa...; ya nos lo dirás luego... o en casa... Servidora de ustedes. (*Se va corriendo por el foro izquierda.*)

RITA. ¡Qué niña! ¡Es un telegrama!

MIMB. (*Aparte y más contrariado.*) (Ya sabía yo que aquí no estábamos bien.)

RITA. (*A Dulcinea.*) ¿Qué? ¿Se te pasa?

DULC. Así, así.

RITA. Ahora con los emparedados pué que te entones.

MIMB. Pero nos los vamos a tomar ahí dentro, en mi despacho... Sí, porque a lo mejor vienen socios... y la ven comiendo emparedados y bebiendo manzanilla y creen que lo de la enfermedad es una farsa...

RITA. ¿Farsa? ¿Esta una farsante?

MIMB. Si sabré yo que no; pero vaya usted a convencer a la gente. Además que ahí dentro estamos mejor... soltos... Es decir, pué que esté Urbano, mi cuñado.

RITA. ¿El señor Lacoba?

MIMB. ¡Ese! Y ya sabe usted que ése es como si fuese yo. Serio, formal...

RITA. A mí, pué que me engañe, porque lo he tratao poco, pero me parece un caballero de aquellos de la tabla redonda.

MIMB. ¡Completamente redonda!

DULC. ¡Y que te guarda un respeto!... Porque tú sabes las veces que me ha dicho: ¡Ay! Si en vez de Paco fuese otro el hombre de tus sueños, servidor te despertaba!

MIMB. Sí, ya sé que le gustas un rato.

DULC. Y a mí me es simpático.

RITA. Pero nada más que simpático; no se vaya usté a creer...

MIMB. ¡Cómo me voy yo a creer...! Pero andar; vamos dentro...

DULC. Dame tu brazo, Paco.

MIMB. (*Dándosele.*) El brazo y la vida.

RITA. (*Por la boquilla.*) ¿Me llevo esto pa allá?

MIMB. No se moleste; ahora lo entrará Domingo con los emparedados. (*Se dirigen a la segunda puerta de la izquierda.*)

RITA. ¡Qué pareja más preciosa que hacen ustedes!

MIMB. ¡Y que se agarra de verdad!

DULC. Lo que siento es que no dure.

MIMB. ¿Que no? Esto es la soldadura autógena. (*Entran. Una pequeñísima pausa. Por el foro izquierda aparece Covadonga, señora de unos cuarenta años; viste de negro, con mantilla, tipo severo, de una gran dignidad; le acompaña Risueño. Covadonga está un poco excitada, pero sin exagerar.*)

RISU. Por Dios, dona Covadonga, no se excite usted, que puede que todo ello sea una fantasía más de su sobrina; ya la conoce usted.

COVA. Si lo fuese sería imperdonable, porque no sabe usted el rato que me estoy llevando, Risueño... En fin, para dejar a doña Jesusa al frente de la mesa y venir aquí, ya puede usted darse una idea.

RISU. ¿Pero cómo puede usted creer en Paco...? El, que si peca de algo precisamente es de formal.

COVA. Es que a veces los hombres... Y ya me conoce usted... Ni mis principios, ni mi educación me permiten escenas violentas... Yo soy toda dignidad... Si fuera cierto, desde este momento me consideraría viuda: ¡claro que el conducto por el que ha llegado a mí la noticia, no es de gran crédito...

RISU. ¡Ni mucho menos!

COVA. Pero de todos modos... (*En este momento vuelve a salir Mimbrales.*)

MIMB. (*Saliendo.*) Pero esos emparedados... (*Al ver a Covadonga.*) ¡Covadonga!

COVA. ¿Te extraña verme, verdad?

MIMB. Te suponía presidiendo la mesa...

RISU. Y así era; pero le han ido con el cuento de que si

estaba usted aquí, poco menos que emborrachándose con la Dulcinea y con su tía...

MIMB. ¡Yo! Emborrachándome yo...

COVA. Te suplico que no alces la voz, porque ya sabes que los gritos no entran en mi modo de ser. He venido a saber la verdad y quiero saberla.

MIMB. Y la sabrás, claro que la sabrás. Precisamente ya sabes que a mí por la verdad me ahorcan.

COVA. Entonces no me negarás que hace un momento han estado aquí la desdichada cupletista esa y su tía, o lo que sea.

MIMB. No es que han estado, es que están.

COVA. ¿Que están?

MIMB. Ahí dentro, con tu hermano. Vinieron a verme para saber si se le obligaba a cumplir el contrato, o si, por el contrario, se le dispensaba de trabajar... Yo le dije el acuerdo de la Junta, y no sé si la emoción o la debilidad, porque esa chica está hecha cisco; el caso es que le entró una excitación que creí que se me moría.

RISU. Lo está usted viendo.

MIMB. Y cuidado que le hice tragar el azahar por chatos... Pero ni por esas...

COVA. ¿Ah, pero no era manzanilla?...

MIMB. Manzanilla... Ahí la tienes... De la «Giralda», de Luca de Tena.

COVA. ¡Pero qué fantasía la de esa criatura! ¡Y qué disgusto me ha dado! Mira. (*Alargándole la mano.*) Mira cómo estoy. Yo que no sé lo que son nervios.

MIMB. Algo alterada estás, pero no es nada.

RISU. Tome usted un poco de azahar, eso le hará bien.

COVA. Sí.

MIMB. (*Sujetando a Risueño, que va a coger una botella.*) No.

RISU. ¿Cómo?

MIMB. ¡Que no, hombre, que no!...

COVA. ¿Por qué no?

MIMB. Porque no... Porque no quiero, porque no me da la

gana que bebas tú después de haber bebido esa desgraciada... A saber lo que padecerá...

RISU. Entonces de ésta...

MIMB. Y en la otra botella ha bebido la tía... Si tú quieres azahar que te traigan una botella, pero la empiezas tú...

COVA. Es un escrúpulo exagerado, pero en fin...

RISU. Puede que tenga razón...

COVA. ¿Y dices que está ahí?...

MIMB. Ahí dentro, ataque va, ataque viene... Yo me he salido porque es un espectáculo que me pone fuera de mí... Y gracias a tu hermano...

URBA. (*Saliendo.*) Tú, manza... (*Al ver al grupo rectifica.*) maza... Manzanares, el médico, ¿dónde estará ahora?

MIMB. Vete a saber.

COVA. ¿Pero es que no se mejora?

URBA. ¿Mejorarse?... Para mí que ésa nos dá un disgusto. A éste sobre todo.

MIMB. Que me lo da, no te quepa duda.

COVA. ¡El dulcísimo nombre de Jesús, y en qué mala hora trajeron ustedes esa mujer aquí!

URBA. (*Aparte a Mimbrales.*) (La tía quería salir por la manzanilla).

MIMB. ¿Por la manza...? (*Alto y cogiendo de la mesa las dos botellas.*) Hombre, hazme el favor de llevarle esas botellas de azahar; ya viste que anoche se mejoró a fuerza de azahar...

URBA. (*Cogiéndolas.*) Yo, por mí...

MIMB. Sí, hombre, sí, y por si acaso, ahora te entrará Domingo otras dos o tres botellas.

URBA. Sí, que entre bastante, porque con esto no hay para empezar.

COVA. ¡Qué barbaridad! ¿Pero es que se lo bebe por vasos?

MIMB. ¿Por vasos? Por cubos. ¡Si son unos accidentes terribles!

URBA. ¡Un histerismo agudizado! (*Aparte a Mimbrales.*) (Los emparedados no dejes de mandarlos, que no hace mas que preguntar por ellos.)

MIMB. (*Idem.*) ¿Los emparedados? Eso va a ser más difícil...; pero, en fin, ya veré cómo me apaño. (*Alto.*) Anda, anda a ver si mejora y se pueden ir.

RISU. Si pudieran coger la diligencia hasta Alcázar, antes de que pasase el correo...

COVA. Haz todo lo posible.

URBA. Sí; doña Rita está dispuesta a cogerla y la chica..., ya veremos.

MIMB. Puede que la cojan las dos.

URBA. Es casi seguro... Con vuestro permiso voy...

MIMB. Sí, sí... (*Urbano hace mutis con las botellas por la segunda izquierda.*)

COVA. Y en lo sucesivo me haces el favor de no aceptar más cargos. Bastantes quehaceres tienes con el cuidado de la hacienda.

MIMB. Y que no son mas que compromisos. (*Por el foro derecha sale Domingo con una bandeja con dos docenas de emparedados.*)

DOMI. (*Saliendo.*) Ya tié usted aquí los emparedaos.

COVA. ¿Emparedados? ¿Pero todos esos emparedados son para ti?

MIMB. Para mí y para ti y para Ana María y para Urbano y para Risueño... Como estamos toda la mañana, nosotros, resolviendo conflictos: tú, clavada en tu sitio; la otra, corriendo por esas calles, pensé, les voy a mandar unos emparedados, que sé que le gustan, y, al mismo tiempo, tomo yo un bocado, porque estoy que me caigo.

RISU. Dirá usted que nos caemos.

MIMB. Ya lo oyes... (*Acercando la nariz a la bandeja que aún tiene en la mano Domingo y figurando que huele.*) Pero..., sí, sí... ¡Maldita sea!

COVA. ¿Qué pasa?

MIMB. (*Indignándose.*) Ya me los han hecho con jamón de ese rancio...

DOMI. Le juro a usted, don Francisco...

MIMB. No me jures ná; si me irás tú a ganar a mí a olfajo.

COVA. Pues tienen buena cara.

DOM. Como que se ha empezao un jamón.

MIMB. Que se ha concluído, dirás..., pero si desde que asomastes me dió el tufillo a rancio... Llévate eso donde yo no lo vea... Con el daño que me hace a mí al estómago el olor a rancio.

DOMI. ¡Pero si yo mismo he visto...!

MIMB. Que te los lleves digo y que hagan otros, pero de un jamón fresco...

DOMI. Como usted mande... (*Va a hacer mutis por la segunda derecha.*)

MIMB. Sí, pero esos no te los lleves a la cocina, porque son capaces de traerme los mismos; esos los vas a llevar ahí, a mi despacho, y los dejas, y así tengo yo la seguridad de que los que traes son otros.

DOMI. ¡Por Dios, don Francisco!

MIMB. Que los entres ahí, hombre; cuando yo te lo mando...

DOMI. Está bien. (*Entra por la segunda izquierda.*)

MIMB. Estos se creen que uno es tonto, y lo que yo tenga de tonto...

RISU. ¡Pero tanto como traer los mismos...!

MIMB. Que los traen, amigo Risueño, que los traen, y se los tiene uno que comer, y esos se los va a comer Rita.

COVA. Bueno, hombre, bueno; no lo tomes tan a pecho. (*Por el foro izquierda entra Ana María.*)

ANA. (*Entrando.*) ¿Pero qué pasa que no estás en tu sitio, tía?

COVA. Llegas a tiempo. Pasa, que ni reflexiones ni consejos son bastantes a curarte de esa maldita manía de no decir la verdad. (*En este momento aparece por el foro Pepe y se queda en el oyendo lo que le dice a Ana.*)

RISU. (*Sin dejarla acabar.*) Pasa, que un día, el que menos lo pienses, vas a llevar a una casa el llanto y la desolación, o vas a infectar el Juzgado de demandas de divorcios...

MIMB. (*Idem.*) Pasa, que una mujer, ya hecha y derecha como tú, no debe confundir la manzanilla de Sanlúcar con el

azahar de la Giralda, ni los ataques nerviosos con las expansiones jurguísticas.

COVA. Pasa que ves cualquier detalle, y, sin detenerte a examinarlo y a juzgarlo, lo envuelves en tu fantasía, y lo adornas, y los añades, y lo lanzas a la calle sin meditar en las consecuencias...

PEPE. *(Desde el foro.)* Pasa...

MIMB. *(Al oírlo.)* Pasa, hombre, pasa.

PEPE. *(Avanzando.)* Pasa, que no hace un minuto acabas de buscarme otro disgusto con mi madre por tu maldita manía de siempre.

ANA. ¿Han pasao ustés ya toos? Bueno; pues vamos por partes; primero me vas a decir qué disgusto te he buscao yo con tu madre, y qué embuste le he dicho yo a tu madre.

PEPE. Casi ná; figúrense ustedes que esta mañana le pedí a mi madre un billete de cinco duros para echárselo en la hucha a Ana María, y mi madre me lo dió con mucho gusto, porque ya saben ustedes quién es mi madre, digo, me parece a mí que es buena.

MIMB. ¡Cómo buena! ¡Tu madre es superiora!

PEPE. Bueno, pues acaba de encontrársela ahora mismo, y al preguntarle que si yo le había echao el billete, le ha dicho que no, y de ahí pa adelante no quieran ustedes oírlo: que si he cambiao mucho, que no soy bueno, que mi proceder es falso.

ANA. ¿Y es mentira que no me has echao el billete?

PEPE. Yo no te lo he echao porque te conozco y quería hacerlo delante de todos, como lo voy a hacer ahora mismo... Alarga la hucha. *(Saca el billete que le dió Domingo.)* Ahí va. *(Mete el billete.)* Este es mi proceder; ahora ve diciendo que es falso.

COVA. ¿Lo estás viendo?

RISU. ¿Te convences? *(Por la segunda izquierda sale Domingo, que cruzará en dirección del foro derecha. Urbano asoma por la segunda derecha y le grita a Mimbrales.)*

URBA. Tú, más azahar...

MIMB. ¿Más?

COVA. ¡Qué barbaridad! Eso debe ser ya un vicio. (*Domingo hace mutis y cruza en seguida con dos botellas.*)

ANA. ¿Pero quién hay malo?

MIMB. (*Enfadado.*) Hay quien no te importa.

COVA. (*Idem.*) ¿Para qué lo quieres saber?

RISU. Para decir luego que esto es un hospital o poco menos, y que usted está enferma, que yo estoy enfermo, que ese está enfermo.

PEPE. ¡O que nos hemos muerto toos!

ANA. (*Indignada.*) ¿Pero es que yo soy así?

TODOS. ¡Sí!

MIMB. Y a ésta la voy yo a arreglar.

COVA. La que la arregla soy yo. Déjame, que tengo pensada una cosa... Cuando se vea donde yo me sé, verás cómo se enmienda.

RISU. A ver si quiere Dios que estemos tranquilos los hombres formales.

PEPE. ¡Como que tiene exceso de mimo!

MIMB. Y de cariño. (*Ana, que durante el diálogo ha estado si romper a llorar, o no, da un suspiro y cae desmayada en una silla.*)

ANA. ¡Ay!

COVA. (*Asustada.*) ¡Hija!

PEPE. (*Idem.*) ¡Ana María!

MIMB. ¡Chiquilla!

COVA. ¡Se ha desmayado!

RISU. ¡Azahar; darle azahar!

MIMB. Pero qué empeño tiene usted con el azahar! No ve usted que el azahar es un debilitante.

COVA. Lo mejor sería un frasco de sales.

PEPE. Eso, sales.

MIMB. (*A Domingo, que sale nuevamente por la segunda izquierda.*) Tú, sales.

DOMI. Sí; pero vuelvo a entrar en seguida; voy por más azahar.

MIMB. Digo que te llegues por un frasco de sales a la botica.

DOMI. (*Titubeando.*) Pero ¿sales..., de verdad?

MIMB. (*Ya loco.*) ¡Sí, sales!

DOMI. Es que como...

MIMB. Sales..., o te echo yo a patás.

DOMI. Bueno, bueno.

COVA. No, ya no es menester.

PEPE. Ya parece que vuelve en sí.

COVA. Traiga usted un vaso de agua. (*Domingo alargando un vaso de agua.*) ¡Ana María, hija!

PEPE. (*Que ha cogido el vaso.*) Anda, bebe.

ANA (*Suspira y bebe un sorbo.*) ¡Ay!

COVA. ¿Se te pasa?

ANA. No sé...; siento un peso aquí. (*Por la frente.*) No puedo abrir los ojos...

MIMB. Eso es pasajero.

RISU. Mimo.

ANA. (*Sin abrir los ojos.*) Que me bese la tía. (*Covadonga le da un beso.*) Que me bese el tío. (*Mimbrales le da un beso.*) Que me bese Pepe. (*Pepe va a hacerlo; pero Covadonga, sin hablar, lo detiene y le da ella el beso.*)

ANA. Esto no es de Pepe.

MIMB. ¡Se los sabe de memoria!

COVA. Vamos, Ana María, que la cosa no ha sido para tanto.

RISU. Un regaño cariñoso.

ANA. No; si ustedes son capaces de decir que he mentado hasta el accidente.

COVA. Bueno, basta, anda, bebe otro poco de agua y vámonos. (*Urbano hace salida por la segunda izquierda, al verlo Mimbrales, se acerca a él y le pregunta bajo.*)

MIMB. ¿Qué están haciendo?

URBA. La tía está haciendo esos.

MIMB. ¿Pero las has convencido? ¿Se van?

URBA. Se van a La Gloria.

MIMB. ¿Cómo?

URBA. Es de la mejor manera que he podido arreglarlo. Que vayan a tu finca; allí no hay nadie, nadie las ve...; nosotros da-

mos una escapada después, y, por lo menos, tienes tiempo de convencerla, o de decidir lo que sea; aquí son un peligro.

MIMB. Sí; tienes razón; en la Gloria lo arreglaremos. Y qué, ¿van a salir?

URBA. ¡Por aquí, imposible! Tú no sabes cómo está doña Rita.

MIMB. ¿Bebida?

URBA. Tiene una peana que se cae.

MIMB. ¿Y con una peana tan grande no se puede sostener?

URBA. Se van a ir por la puerta del callejón, y Domingo, que ya está advertido, las pondrá camino de la Gloria.

MIMB. (*Dándole la mano.*) Gracias, Urbano.

COVA. ¿Qué? ¿Se alivió también esa desgraciada?

URBA. Sí; ya está de lo vivo a lo pintado.

MIMB. Ahora se van.

COVA. Pues vámonos antes nosotras: no quiero más espectáculos.

MIMB. No, no es menester. Precisamente Urbano, pensando en lo mismo, les ha indicado que salgan por la puerta que da al callejón...

COVA. Ha sido una idea felicísima.

URBA. (*Mirando por la segunda izquierda.*) Ya, ya se van.

COVA. ¡Desdichada! Y lo más triste es que, como artista, no vale gran cosa. Esa no será nunca nada.

MIMB. No lo creas. Es porque empieza ahora; pero esa, esa, va camino de La Gloria.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Estamos en La Gloria, posesión de Paco Mimbrales. La escena figura el patio de entrada a la posesión. En la lateral izquierda (del espectador), una tapia corrida hacia el foro y algo escorzada hacia la escena. En el centro de la tapia (segundo término), gran portada rústica, cuya puerta abre hacia afuera. Sobre el dintel de esta puerta hay un emparrado cuajado de hojas y racimos, que, atravesando la escena, sostenido por barras de hierro, termina sobre la puerta de la finca, cuya fachada ocupa toda la lateral derecha. Esta puerta está colocada sobre dos amplios escalones de piedra. En el primer término derecha hay una ventana con macetas llenas de flores y debajo de la ventana un banco de piedra tallada. En mitad del emparrado, precisamente en el centro de la escena, una arcada por la que sigue el emparrado formando un túnel de hojas y racimos hasta perderse en el foro. Por debajo del emparrado se ven en perspectiva árboles frutales, olivos, viñedos, un trozo de huerta, y por fin una campiña extensa y cultivada que da idea del esplendor de la finca. Es de día y estamos en agosto. Debajo del túnel del emparrado, una mesilla tosca, con una jarra de vino, vasos, papeles con rajas de saichichón, embuchado, pan y aceitunas. Cuatro o cinco sillas bastas de enea.

Al levantarse el telón, Mimbrales baila con Dulcinea, Urbano con Rita; Risueño está sentado junto a la mesa, y Domingo, en el banco de piedra, junto a la puerta, toca en el acordeón La Java (esto puede simularlo el actor y tocarse dentro). Todos, al mismo tiempo que bailan, están cantando:

TODOS.

Apriétate contra mí
como un autobús,
apriétate, que si no,
me da el patatús.
Me vuelvo loca,
etc., etc.

(Al acabar, los cuatro, entre carcajadas, se dirigen a la mesa y se sientan.)

MIMB. Bueno, ya habéis visto que me marco La Java como si hubiese nacido en «Bologne sur le Mer».

RITA. Castizo que es usted, amigo Cañaverale.

MIMB. Mimbrales; no da usted una con mi apellido.

RISU. Bueno, el otro baile me dejará usted que lo baile con Dulcinea, porque no sabe usted las fatiguitas que estoy pasando por darme dos vueltas con esta preciosidad.

MIMB. Ya sé que le gusta a usted más que una primera hipoteca.

RISU. Sí que me gusta, yo siempre digo la verdad, pero también soy un hombre serio y sé respetar a los amigos.

RITA. ¡Ah! Pero aquí don Trinidad...

RISU. ¡Trinitario!

RITA. Lo mismo da, ¿es de los que facilitan cantidades?

RISU. Hago favores y nada más.

URBA. Favores que poco a poco le han hecho un capitalito muy respetable, porque éste, aquí donde le ve usted, no se deja cortar un dedo de la mano por un millón de pesetas.

RITA. ¡Un millón! Concha, hija, ¿pero qué haces que parece que estás embobá?

DULC. Hablaba aquí, con Paco.

RITA. Sí, pero no te pongas en la punta que está feo y es de poca etiqueta. Colócate entre don Paco y aquí, el amigo Risueño. Es Risueño, ¿verdad?

RISU. Risueño.

RITA. ¡Qué apellío más simpático!

RISU. Sí que lo es, sí.

RITA. Como el que lo lleva.

RISU. Y poco corriente.

RITA. Poquísimo; mire usted que yo he tropezao con hombres en mi vida...

RISU. Claro.

RITA. ¡Pues qué poquitos han sólo Risueños!

MIMB. Bueno, pero conclúmos con estas menudencias o no conclúmos...

URBA. O, últimamente, que aquí, nuestra amiga, saque el periódico, y...

RITA. (Riendo.) ¡Qué simpático y qué populachero es usted!... Cómo se ve que ha sólo lo que ha sólo.

URBA. ¡Aquellos tiempos ya pasaron!

RITA. Sí, pero donde hubo fuego...

URBA. Eso es lo que queda, ceniza.

MIMB. Sí, pero que no la remuevan por si acaso, ¿verdad?

URBA. Hombre, qué quieres que te diga... (*Todos rien.*)

RITA. Es que es requetesimpático y hasta da la coincidencia que se llama como el padre de ésta.

URBA. ¡Ah! ¿Su padre se llama también Urbano?

DULC. Urbano.

URBA. ¿Y qué es?

RITA. Urbano..., de esos de la porra, pero con un corazón que las hienas no lo tién peor.

DULC. No empiece usted ya, tía.

RISU. ¿Por lo visto la tiene abandonada?

RITA. ¿Abandoná?... Y que no le hablen de ella. Parece mentira que siendo su hija le tenga la rabia que le tiene. Si un día tuvo la desgracia de pasar en automóvil por donde él estaba y le puso una multa al chófer que lo breó, y too porque iba ella dentro con uno que entonces le hacía el amor, y el muy charrán dijo que llevaban el escape abierto.

MIMB. Bueno, no derivemos a las tristezas, que la vida es corta; tú (*A Dulcinea*), a pasarte aquí tu par de díftas, a reponerte, y en seguida, a Madrid.

DULC. Y tú detrás de mí; en eso hemos quedado.

MIMB. Y eso te cump'lo. Frasquito I, como me llaman aquí, jamás ha faltao a su palabra.

URBA. Bueno, y de comida, ¿qué?

CORB. De eso no se preocupé usted, señorito, que a primera hora se fué la parienta por lo extraordinario; que de lo ordinario hay aquí bastante..., y no debe tardar ya en venir.

RITA. ¿Uno de los platos será pisto manchego?

COR. Y que lo hace la Gracia como pa chuparse los deos.

URBA. (*A Mimbrales.*) ¿Por qué no haces tú esa ensalada tan famosa?...

MIMB. Me has dao una idea... (*A Risueño.*) ¿Usted no ha probao nunca la ensalá que yo hago?...

RISU. Nunca.

MIMB. Pues lo siento, porque too el que la come por primera vez, cólico seguro, y está explicao: les gusta tanto, que se ponen tres o cuatro platos... Ya verán ustedes, manjar de los Dioses... Tú, Domingo, ¿cómo estamos de lechugas?

DOMI. En el roaj del arroyo, pasaos estos primeros viñedos, están que es una bendición.

MIMB. Pues vete y tráeme..., y si no, déjalo; yo iré.

RITA. ¿Usted?

DULC. ¿Pero vas a venir cargado?

MIMB. ¡Si con una me sobra!, pero es que quiero escogerla a mi gusto; en seguía estoy aquí. *(Hace mutis por el foro derecha.)*

RITA. ¡Qué bendición es el campo!

DULC. ¡Y qué alegría!

RISU. ¡Y qué sano!

RITA. ¡Vaya un par de días que nos vamos a pasar aquí!

URBA. ¡Espléndidos! Sin precauciones, sin sobresaltos, sin nadie que las moleste... *(En este momento entra por la puerta grande de la izquierda Gracia, mujer de unos treinta años. Es la guardesa, cargada con una cesta llena de viandas. Entra des-pavorida, corriendo y grilando.)*

GRAC. ¡El ama!... ¡El ama y la señorita!...

URBA. ¿Qué les pasa?

GRAC. ¡Que están ahí! ¡Que se están apeando del coche!

URBA. ¡Con ésto no contábamos!

DOMI. Vendrán dando un paseo y se irán en seguía.

RISU. Sí, pero si nos ven aquí...

URBA. ¡La catástrofe! Vámonos, vámonos dentro. Tú, quita ese salchichón y ese embuchao, y las sillas colocarlas bien.

GRAC. En seguía. *(Va a coger el salchichón.)*

RITA. No; eso déjalo, que yo me encargo; tú a las sillas. *(Rita abre el bolso, saca un número de La Libertad y barre con la mano el salchichón, etc., etc., y lo deja caer dentro.)*

URBA. Vamos pronto. *(Urbano, Risueño, Rita y Dulcinea, seguidos de Corbata, que coge el acordeón y la cesta, entran por la puerta de la derecha de la casa. Gracia se pone a colocar las*

sillas, a hacer como que trajina, y para disimular más, canta cualquier cosa. Por la puerta de la izquierda entran Covadonga y Ana María.)

COVA. (*Entrando.*) Buenos días, Gracia.

GRAC. (*Haciéndose la sorprendida.*) ¡Señora...! ¿Pero cómo la señora por aquí? ¿Y la señorita también?

COVA. Te extraña, ¿verdad?

GRAC. Como este año no ha querido pasarse las fiestas aquí:

COVA. Compromisos a los que no he tenido más remedio que redimirme, pero ya sabes que yo soy poca amiga de fiestas. ¿Y tu marido?

GRAC. Por ahí andaré. ¿Quié usté que lo busque?

COVA. No, déjalo; no es preciso; con que te enteres tú, basta. Ana María se queda aquí.

GRAC. ¡La señorita!

ANA. ¡Sí, yo; castigada!

COVA. Castigada hasta que pasen las fiestas... Aquí, en la augusta soledad del campo, tienes tiempo sobrado para recapacitar y para hacer un firme propósito de enmienda. Mi esposo no sabe nada, pero estoy segura que aprobará mi decisión. Es necesario corregirla, educarla: es lástima que una muchacha de sus condiciones y de su porvenir esté siempre en lenguas por esa maldita manía de exagerar las cosas, de fantasearlas, de no decir nunca la verdad, lisa y llana.

ANA. Pero sí es que ustedes...

COVA. (*Sin dejarla acabar.*) Discusiones, no, Ana María... Sé que el castigo es duro, porque quitarte a ti estos días de bullicio, de baile, de fiestas es quitarte un año de vida, pero precisamente por eso espero que ha de ser provechoso. Aquí no ha de venir nadie, absolutamente nadie; porque su novio, el señorito Pepe, que es el único que conoce mi decisión y que la aprueba, me ha dado su palabra de honor de pasarse estos días sin verla. Más que a ella me duele a mí la determinación, pero era preciso. De modo que ahí os la dejo, y no tengo que encargarte que la cuides como a mí misma...; pero ¿qué te pasa que estás como atontada?

GRAC. (*Reponiéndose.*) No, ná..., que... eso... que... (*Aparte.*) ¡Menúo conflicto!

COVA; Adiós, Ana María; recapacita y piensa que esto lo hago sólo por tu bien...

ANA. (*Con tristeza.*) Está bien.

COVA. (*Haciendo mutis por la puerta de la izquierda.*) ¡Pobrecilla! No sé si tendré valor para no volver por ella hoy mismo. (*Quedan en escena Ana María y Gracia.*)

GRAC. (*Aparte.*) (Si yo pudiera avisar... ¿Pero cómo salen estando la señorita aquí?... ¡Y si entra, que tendrá que entrar!... (*A Ana.*) ¿Quié la señorita que demos un paseo por la finca?

ANA. (*Con sequedad.*) No.

GRAC. Podremos llegar hasta el arroyo grande; verá usted, verá usted cómo está ahora...; ¡no lo va usted a conocer! Ande; eso la distraerá.

ANA. Te he dicho que no y no.

GRAC. ¿Pero qué vasté a hacer? Porque no creo que con el día tan hermoso que hace, se vayasté a encerrar ahí dentro. No se lo aconsejaría nunca.

ANA. No sé lo que haré; déjame.

GRAC. (*Aparte.*) ¡Nuestra señora del Toboso y que compromiso! Yo voy a decirles lo que ocurre... (*Se desliza haciendo mutis por la puerta de la derecha. Por el foro del mismo lado hace salida Mimbrales con una hermosísima lechuga en la mano.*)

MIMB. ¡No había otra mejor!

ANA. (*Viéndole.*) ¡Mi tío!

MIMB. (*Idem.*) ¡Mi sobrina! (*Disimula, y como si no la hubiese visto empieza a arrancarle hojas a la lechuga al mismo tiempo que va diciendo.*) Si... No... Me quiere... No me quiere... Poco... Mucho...

ANA. Pero, ¿qué haces tito?

MIMB. (*Fingiendo una gran naturalidad.*) Nada...; preguntando esas cosas que vosotras preguntáis...

ANA. ¿Pero a una lechuga? Eso se hace con una flor.

MIMB. Sí, pero no encontré una a mano... Además, que así voy arrancando hojas, y al llegar al cogollo me lo como... Bueno, pero ¿qué sorpresa es ésta? ¿Cómo estás tú aquí?

ANA. Estoy castigada.

MIMB. ¿Castigada?

ANA. Sí, la tía, que quiere tenerme aquí hasta que me corrija.

MIMB. (*Asustado.*) ¡Hasta que te corrijas! ¿Y de qué tienes tú que corregirte?

ANA. Eso digo yo, ¿de qué? Pero como ustedes se empeñan en que soy una embustera... Y yo no lo soy, tío; yo podré exagerar algo, pero no es para que se haga conmigo lo que se hace... ¡Encerrarme a mí estando Mancha Real en fiestas! Y por si era poco, privarme de que vea a Pepe, porque le ha dado palabra de honor a la tía de no venir a verme, y como usted dice que palabra que él de...

MIMB. Es una escritura; tenlo por seguro... Ahora que esto no puede ser: tú te vas ahora mismo a Mancha Real.

ANA. ¿Qué me voy?

MIMB. Pero que a escape.

ANA. ¿Y qué va a decir la tía?

MIMB. Que diga lo que quiera; tú eres una embustera, sí señor; pero este castigo... Vamos, que no, que ya te estás largando...

ANA. Pero si no hay coche.

MIMB. Pues te lleva Corbata en el carro o en burro...

ANA. ¿Y qué le digo a la tía?

MIMB. A la tía le dices... ¿Tú me das palabra de no decir ya más que la verdad?

ANA. Se la doy.

MIMB. ¿Por nada del mundo faltarás a ella?

ANA. Por nada.

MIMB. Pues no te preocupes, que ya te lo arreglaré yo.

ANA. ¡Ay, tío, qué alegría más grande me das! Porque figúrate el porvenir que me esperaba aquí, encerrada en ese caserón tan triste.

MIMB. Y que eso no está habitable; está todo por, en medio.

ANA. Sí, ¿verdad?

MIMB. Tú no sabes la de líos que hay ahí dentro,

ANA. Por algo me resistía yo a entrar.

MIMB. Y que no se te ocurra ni acercarte a la puerta. Mira, espérate, que voy a que Corbata prepare un medio de transporte, cómodo y rápido. Estate aquí, ¿eh?

ANA. No tenga usted cuidao. (*Mimbrales entra en la casa.*)
¡Ay! ¡Dios ha traído aquí a mi tío! Gracias a él me vuelvo a Mancha Real y no pierdo las fiestas ni los bailes, y, sobre todo, no estoy seis días sin ver a Pepe. Y que la misma pena que tengo yo, la tendrá él, pero como ha dao su palabra de honor, se muere y no viene... (*Por la portalada entra Pepe, vestido como en el primer acto, pero con una escopeta al hombro.*)

PEPE. (*Asoma la cabeza sin que ella lo vea, y cuando se convence que está allí. Dice.*) ¿Has visto si ha entrao por aquí una liebre?

ANA. (*Sorprendida.*) ¡Pepe!

PEPE. ¡Que si has visto entrarse una liebre!

ANA. ¿Una liebre aquí?

PEPE. Una liebre, mujer; se me ha levantao en esa viña de enfrente y ha cruzao la carretera, y pa mí que se ha metío por aquí a buscar el abrigo de la tapia...

ANA. Pero..., ¿tú vienes buscando una liebre?

PEPE. ¿A qué voy a venir si no?...

ANA. (*Con intención.*) Creí que venías buscándome a mí.

PEPE. ¿A tí?... Yo he dado mi palabra de honor, y cuando yo doy una palabra...

ANA. Es una escritura; lo sé... Ahora que como la liebre ha entrao por ahí...

PEPE. ¡Ah! ¿Pero la has visto?

ANA. Igual que la has visto tú.

PEPE. Así de esas color blanco sucio.

ANA. Sucio.

PEPE. Con mucho pelo.

ANA. Con mucho.

PEPE. Y grande, ¿verdad?

ANA. Yo me creí que era un Lulú.

PEPE. ¡Ah! ¿Pero te vas a guasear?

ANA. ¿De qué? ¿No dices tú que ha entrao aquí la liebre? Pues la liebre ha entrao aquí, porque tú no mientes nunca.

PEPE. Mira, Ana María: no tienes enmienda; tú no has visto la liebre, porque, ahora que caigo, siguió la cuneta de la carretera. Ahora que a mí me pareció que se metió aquí...

ANA. Pues estás equivocao; que entró aquí y está aquí.

PEPE. ¿Aquí?

ANA. Sí. (*Recalcando la palabra.*) La liebre que tú buscas está aquí, y no se ha ido al abrigo de la tapia, sino que se ha plantao debajo del emparrao, esperando que la disparen y que la maten, pero no con la escopeta, sino con tus ojos..., ladrón, sinvergüenza, embustero...

PEPE. ¡Ana María...!

ANA. ¡Ana demonios! ¿Pero es que toos vais a decir la verdad menos yo?

PEPE. Por lo visto, ¿tú crees que yo he venío aquí por verte?

ANA. Por verme.

PEPE. ¿Y que he inventao la disculpa de la liebre?

ANA. Pero que corriendo.

PEPE. Está bien. (*Medio mutis.*)

ANA. ¿Adónde vas?

PEPE. A seguirla, a matarla y a traértela pa convencerte de que yo, cuando digo una cosa, es el Evangelio.

ANA. Pues vete por allí. (*Por la izquierda.*) Que al abrigo de la tapia se fué.

PEPE. Pues por allí me voy.

ANA. Y como te se ha olvidao el perro, ¿si quieres que te acompañe?

PEPE. Por mí..., si es que sigues dudando, ven.

ANA. Vamos.

PEPE. Y como saite y la mate...

ANA. No te preocupes; la liebre que tú buscas ya la has matao. (*Hacen mutis por la puerta de la tapia. Por la de la casa sale Mimbrales, seguido de Corbata.*)

CORB. El burro ya sabe usted que está en el pueblo desde

la semana pasá, las yeguas están sirviendo en el coche de la señora, y el Lucero está aspeao de las patas de atrás.

MIMB. Pues sí que es consuelo. ¡Tenga usted animales para que cuando los necesite no los tenga!

CORB. A mí me tié usté dispuesto a too, incluso a llevarla en brazos, si es preciso.

MIMB. No digas tonterías, Corbata.

CORB. Si al amo no le es de mal parecer podía llegarme al molino, a ver si por, un casual tienen libres las mulas y me dejan, aunque no sea mas que una. Yo creo que diciendo que es un favor que usted pide...

MIMB. ¡Magnífico! ¡Ya estás en el molino!

CORB. (*Corriendo hacia la puerta de la izquierda.*) Ya estoy aquí.

MIMB. (*Al quedarse solo, mira a un lado y a otro y dice.*) ¿Dónde se habrá metido Ana María?...

DULC. (*Por la puerta de la casa sale Dulcinea.*) ¿Pero es que vas a seguir haciendo la procesón del niño perdido?

MIMB. (*Aparte.*) ¡Atiza! Si la ve la otra...

DUL. Antes por la lechuga; ahora por un no sé qué... Cualquiera diría que estás inventando cosas para no estar a mi lao.

MIMB. ¿Pero cómo puedes tú creer eso?... Lo que pasa es que estoy esperando a una persona que está para presentarse de un momento a otro y... (*Aparte.*) (Que no se presente, Dios mío.)

DULC. Pues la esperas ahí dentro, o la esperamos aquí los dos.

MIMB. Pero, mujer, si es un asunto de abono para las tierras... (*Inquieto.*) Anda, entra; que en seguida voy.

DUL. Que te he dicho que no; que yo no entro sin ti.

MIMB. Concha, por lo que más quieras, entra en la casa: mira que es un asunto en el que se ventila un puñado de billetes..., un asunto en el que, como me descuide, la persona de que se trata es una viva, me coge, y no quiero que me coja...

DULC. (*Medio lloriqueando.*) Sí; no sigas... Ya veo que te estorbo, que te aburro, que te peso.

MIMB. (*Con mimo.*) ¡Pesarme tú, y el miraguano es plomo

comparao contigo...! ¡Pesarme tú...! A mí lo que pué pesarme...
(*Más inquieto.*) Anda, éntrate.

DULC. ¿Pero de veras me quieres?

MIMB. Más que a na en el mundo.

DULC. ¿De verdad?

MIMB. Yo nunca he mentido; pero hazme el favor de entrar...

DULC. (*Fingiendo una gran cortedad.*) Es que..., ahora que estamos solos, quería decirte una cosa.

MIMB. Dime lo que sea, pero pronto.

DULC. (*Titubeando y con mimo.*) Tápame los ojos.

MIMB. (*Al público.*) Quinientas pesetas...; me lo sé a ojos cerraos... (*Tapándole los ojos.*) Anda, habla.

DULC. Tápamelos bien, que me da mucha vergüenza... Los dos,

MIMB. Los dos: ¿qué necesitas?

DULC. Mil pesetas.

MIMB. (*Aparte.*) (Si lo sé le tapo na más que uno). (*Alto a ella.*) Las tendrás... Ahora te daré un cheque.

DULC. Qué bueno eres; dame un abrazo.

MIMB. Un abrazo y te entras.

DULC. Como tú me mandes.

MIMB. Pues allá va.

DULC. (*Abandonándose a él.*) Paco mío...

MIMB. (*Idem.*) ¡Mi Dulcinea! (*En este momento aparecen Ana María y Pepe.*)

PEPE. (*Asombrado por lo que ve.*) ¡Mi madre!

ANA. (*Idem.*) ¡Mi tío!

MIMB. (*Aparte.*) ¡Mi padre, la que me he buscao!

PEPE. ¡La Dulcinea!

ANA. ¡La cupletista!

MIMB. (*Reponiéndose y con una gran seriedad.*) Sí, la Dulcinea, la cupletista...

ANA. ¡Abrazada a ti!

MIMB. ¡A mí!

PEPE. ¿Estrechándolo a usted?

MIMB. A mí.

ANA. Y al aire libre.

MIMB. A mí..., qué me importa.

ANA. ¡Tío!

MIMB. Basta (*A Dulcinea.*) Entra en la casa, Concha.

DULC. (*A él aparte.*) (¿Y cuándo sa'go?).

MIMB. Ya veremos. (*Aparte.*) (Primero voy a ver cómo sa'go yo.) (*Dulcinea entra en la casa. Quedan los tres en escena. Hay un momento de pausa.*)

MIMB. (*Con gran seriedad.*) Supongo qué esto que habéis visto, no lo habéis visto. De tí (*Por Pepe.*), no tengo cuidado, porque eres serio y formal, pero de ésta..., a tí, si te preguntasen, espero dirás que no.

ANA. Ay, no, tío; a mí no me riñes más, ni la tía me castiga, ni éste me avergüenza. Hace un momento me has exigido que por nada en el mundo falte a la verdad y no falto.

MIMB. (*A Pepe.*) Pero, ¿estás oyendo? (*Bajo a él.*) (Ayúdame, hombre.) (*Alto.*) ¿Estás oyendo lo que dice?

PEPE. Para matarla.

ANA. Ah, ¿pero no es verdad que te acabamos de coger aquí abrazado a la cupletista?

MIMB. Claro que es verdad.

PEPE. Pero es que hay ocasiones en que la verdad no debe decirse. A mí me lo preguntan y digo que no.

MIMB. Eso que está diciendo éste es la verdad.

ANA. Entonces, lo que ustedes me piden es que mienta.

MIMB. Lo que te pedimos es que no digas la verdad, que es muy diferente.

PEPE. Mentir sería que dijese que habías visto a tu tío aquí y que no habías visto a la cupletista, ni lo habías sorprendido abrazado a ella, eso claro que es mentir, pero decir que tú no has visto ná, ni sabes ná, ni tienes por qué saber ná...

MIMB. Eso es una verdad como un templo.

ANA. Bueno, pues no me han convencido ustedes, y a mí no hay quién me apee de que a tí te he visto yo abrazando a Dulcinea.

PEPE. (*Aparte a Mimbres.*) (No hay manera.)

MIMB. Está bien, me has visto abrazándola y no será ésta la última vez que la veas en mis brazos, y que la vea tu tía, y que la vea todo el mundo.

PEPE. (*Bajo a él.*) (¿Qué dice usted?)

MIMB. (*Idem.*) (Cállate y verás.) (*Allo.*) Tu obstinación me hace romper el secreto, ese secreto de toda mi vida que guardaba con un fervor y un cariño como sólo puede guardarlo un padre.

ANA. (*Como si se diese cuenta.*) ¿Dices que con cariño...?

MIMB. De padre.

ANA. ¿Entonces el abrazo era...?

MIMB. De padre. (*Aparte.*) (Y muy señor mío.)

ANA. ¿Dulcinea, hija tuya?

MIMB. Hija. Claro que el natalicio fué antes del matrimonio con tu tía, porque ahí, donde la ves que parece tan joven, tiene lo suyo. Yo debí decírselo a Covadonga, pero como es tan esclava de las conveniencias sociales...

ANA. Y claro, como con la tía no has tenido hijos, a ésa la querrás...

MIMB. ¡Con locura! ¡Hija de mi alma!

PEPE. ¡A mí nunca me ha hablado usted de eso!

MIMB. ¿No has oído que era un secreto que guardaba en mi pecho como un relicario? (*Como un recuerdo.*) ¡Veinte años hace! Moría el mes de Junio y Julio llegaba cálido y veraniego. Madrid estaba en plena verbena, y en la de San Juan la conocí... Dos miradas, tres vueltas en un tío vivo, medio kilo de tontas, un botijo encarnao y un idilio que nace... Juramentos, promesas, Julio que vuelve nuevamente: otra vez la verbena, otra vez las tontas, otro botijo más gordo y una niña que nace: ésa que me abrazaba.

ANA. ¿Y la madre vive?

MIMB. Vive.

PEPE. ¿Y dónde mora?

MIMB. Mora..., en Tetuán..., 18..., tercero..., pero como si no morara, porque hace tres años se casó con un óptico y no puede ver a nadie. Y ya lo sabes todo; ahora, si quieres, díselo a la tía; haz nacer la discordia en esta casa; haz que yo deje de ver a esa desdichada, haz de martillo que machaque este corazón, de

espada que lo atravesase, haz de martillo, haz de espada: me someto a tu fallo.

PEPE. (*Aparte a Mimbres.*) ¡Es usted un as!

MIMB. Piénsalo, recapítalo... Ahí te dejamos... Ven conmigo.

PEPE. ¿Dónde?

MIMB. (*Bajo a él.*) A salirle al encuentro a Corbata para que se vaya al pueblo y le diga a Covadonga que estoy contigo de caza.

PEPE. Lo mismo se me había ocurrido decirle a mi madre, que estaba con usted.

MIMB. Y es la verdad. (*Hacen mutis por la puerta de la izquierda.*)

ANA. (*Como atontada.*) ¡Pero cómo había yo de figurarme...! ¡Hija de mi tío...! Entonces yo resulto una prima de ella, segunda, pero prima. (*Por la puerta de la casa sale Urbano.*)

URBA. (*Aparte.*) (Ya me ha contado Dulcinea que los han cogido...) (*Ademán de abrazo.*) ¡Pobre Paco! Si yo pudiera arreglárselo, seguramente me valdría unos billetitos...

ANA. (*Que ha estado recapacitando.*) Nada, que tire por donde tire, soy una prima.

URBA. ¡Ella aquí! ¡Y sola!... ¡Mejor ocasión!

ANA. ¿Pero, tío Urbano? ¿Tú también aquí?

URBA. Aquí, que vengo buscando a Paco.

ANA. Hace un momento ha salido con Pepe.

URBA. ¿Y no sabes a qué?...

ANA. No me he dado cuenta, porque la verdad, estaba así como desconcertada... Lo que he visto..., lo que he oído...

URBA. ¿Qué has visto? (*Aparte.*) (Este es el momento.)

ANA. Sí, al tío Paco que estaba abrazando...

URBA. (*Sin dejarle acabar.*) A mi hija.

ANA. (*Dando un salto.*) ¿Eh?

URBA. A mi hija..., te extrañará, ¿verdad? Es un secreto que he guardado hasta ahora en mi pecho como un relicario.

ANA. Pero si él me ha dicho que es suya.

URBA. ¡Ah! ¿Te ha dicho...? (*Aparte.*) (He metido una extremidad...) (*Alto.*) De modo que te ha dicho... ¡Pobre Paco, qué

bueno es!... Por evitarme el disgusto con mi hermana... Como Covadonga tiene esa prevención contra mí.

ANA. ¿De modo que no es de él?

URBA. Pero, qué va a ser de él, si es mía. ¡Ah, mi pasado! ¡Mi turbulento pasado! ¡Veinte años hace!...

ANA. (*Sin dejarle seguir.*) Moría el mes de Junio y Julio llegaba..., me lo ha dicho todo...

URBA. ¡Claro, me lo ha oído narrar a mí tantas veces! (*Aparte.*) (¿Qué le habrá dicho?)

ANA. Pues, mira, tío Urbano, me alegro de que sea tuya, porque como yo estaba dispuesta a decir la verdad, no siendo de él no tiene por qué disgustarse tía Covadonga.

URBA. Con su marido, no; pero conmigo... A mí, si llegara a enterarse, me declaraba el «lockout» alimenticio... De todos modos, yo espero que tú...

ANA. De mí no esperes nada; a mí no me vuelven a castigar.

URBA. Si yo no te pido que mientas; cómo te va a pedir eso un hombre como yo, que es un idólatra de la verdad..., lo que te pido es, que si llegase el caso, que no creo que llegue, no le cuélgues a mi cuñado una paternidad que es mía.

ANA. En eso puedes estar tranquilo.

URBA. (*Aparte.*) (Lo he salvado. Voy a ver qué le puedo sacar a Paco y le compro a Dulcinea el reloj de pulsera que me ha pedido. ¡Y cómo me lo ha pedido! ¡Pobrecilla! Me ha hecho que le tape los ojos...) (*Alto.*) ¿Dices que se fueron...?

ANA. Hacia la carretera.

URBA. Voy a ver si doy con ellos. (*Mutis de Urbano por la puerta de la izquierda.*)

ANA. Ya me extrañaba a mí que tío Paco..., en tío Urbano, que ha hecho la vida que ha hecho, es lógico... y lo que me extraña es que no tenga algún otro por ahí... (*Salen por la puerta de la casa Risueño, Dulcinea y Rita.*)

RISU. Les repito que esto es una imprudencia

RITA. Será todo lo que usted quiera, amigo Jocosó.

RISU. Risueño.

RITA. Es lo mismo; pero yo no tengo ya edad pa jugar al escondite.

ANA. (*Viéndoles.*) ¡Don Trinitario! ¿Pero por lo visto está toda Mancha-Real en La Gloria?

RISU. Si tú crees que yo, por mí solo, constituyo toda Mancha-Real, toda está aquí.

ANA. Y que está usted bien acompañado.

RITA. Agradeciendo la fineza, joven.

RISU. Sí, que lo estoy, y muy contento, Ana-María. ¡Claro que a ti te extrañará encontrarme en este sitio..., y más estando tu tío con... (*Indicando a ellas.*) Y hasta te habrás forjado ya la leyenda que vas a lanzar a los vientos, pero por mucha que sea tu fantasía, no llega a la verdad.

ANA. ¡La verdad!

RISU. La verdad, Ana María. (*Aparte.*) (Yo voy a ver si salvo a Mimbrales y a Dulcinea.) (*Acercándose a Ana y bajo a ella.*) Ana María, no hay hombre que no tenga en su pasado algo que le torture, que le acuse...

ANA. Sí, ya sé lo que me va usted a decir, mi tío...

RISU. No puedes saberlo, porque este secreto mío, lo he guardado en mi pecho como un relicario.

ANA. (*Extrañada.*) ¿Eh?

RISU. Sí, Ana María. Dulcinea no ha venido aquí por lo que tú quizás te hayas creído. Dulcinea ha venido...

ANA. Por ver a su padre.

RISU. Lo has acertado; por verme a mí.

ANA. (*En el colmo del asombro.*) ¡¡A usted!!

RISU. A mí. (*Volviendo los ojos a Dulcinea y mirándole, extasiado.*) ¡Hija de mi vida! ¡Qué rica está!

DUL. (*A Rita.*) ¿Qué le estará diciendo?

RITA. Algo de nosotras es.

ANA. ¡¡Pero que es usted su padre!!...

RISU. Yo. ¡¡Hace veinte años!!

ANA. Lo que hace son veinte minutos que me están tomando el pelo, y vaya, que no, que yo lo aclaro esto, pero que ahora mismo.

RISU. ¿Pero te has vuelto loca?

ANA. Por falta de motivos no será.

RISU. ¿Qué dices?

ANA. Digo que haga usted el favor de dejarme, que necesito hablar a solas con estas señoras.

RITA. ¿Con nosotras?

ANA. Con ustedes.

RISU. ¿Tú a solas?

ANA. Completamente a solas... Con que allí (*Señalando el foro.*) están los viñedos, los olivos y el paseo de los parrales, que es precioso, y por ahí deben estar mis tíos y mi novio, decídase usted por donde quiera.

RISU. Puesto que te empeñas, te dejo. (*Aparte.*) (Si yo pudiera indicarle...)

ANA. Pronto...

RISU. Ahora mismo. (*Con intención, recalcando las palabras, al mismo tiempo que guiñándola un ojo.*) Dulcinea, hija, ahí te quedas con Ana; ¿te enteras, hija mía?

DULC. Sí, sí.

RISU. Hija mía, ¿lo sabes?, que te quedas con Ana.

DULC. Déjenos usted ya.

RISU. Adiós, hijita. (*Mutis por la puerta de la izquierda.*)

RITA. ¡Qué cariñoso es este don Risueño!

ANA. Háganme el favor de sentarse.

DULC. Muchas gracias. (*Se sientan todas.*)

ANA. (*A Rita.*) Usted, según me pareció oír en el Teatro, es la tía de...

RITA. De mi sobrina, sí, señora...

ANA. Preguntaba el nombre, porque supongo que Dulcinea será el nombre artístico.

RITA. Por ahí va usted bien. Lo de Dulcinea fué una ocurrencia del primer novio que tuvo, que era confitero, pero su verdadero nombre y apellido es Concha Lina.

ANA. Está bien, ¿y con quién ha venido aquí Concha Lina?

RITA. Con Corbata, que nos ha traído en un carricoche, que hemos llegao desarticulás.

ANA. ¿Y usted sería capaz de hacerme un favor?

RITA. Uno y toos los que me pida; con tal de que esté en mi mano.

ANA. Es bien sencillo, ¿quiere usted decirme, con sinceridad, cómo se llama el padre de Concha.

RITA. ¿Por qué no? Urbano.

ANA. ¿Urbano?

DULC. Sí. Urbano.

ANA. (*Aparte.*) ¡Es del tío Urbano! ¡Ya lo decía yo!

RITA. Nadie lo cree, porque como la abandonó el muy charrán...

ANA. (*Sin dejarla de acabar.*) Le suplico que no entremos ahora en juzgar si su conducta... Comprendan ustedes que a mí no puede sentarme bien que se hable mal de él.

RITA. ¡Ay, hija, pues merece que lo ahorquen!

ANA. Ya procurará él enmendar en lo posible... Y mi tía, mi tía, sobre todo, cuando sepa que Concha está aquí. Y que su marido precisamente la ha traído y la ha abrazado..., ella es de un carácter algo severo, pero en este caso pasará por todo.

RITA. (*Aparte a Dulcinea.*) ¡Pero qué dice esta loca!

DULC. ¿De modo que su tía, cuando sepa que su tío?...

ANA. ¡Que remedio le queda! Obedecer lo que disponga mi tío Paco; al fin y al cabo él es la cabeza visible de la familia.

RITA. Pero lo lógico es que le diese en la cabeza.

ANA. ¡Mi tía es una señora!... Y con que a él le parezca bien lo de su sobrina... Lo que no podrán ustedes es vivir en casa con nosotros.

RITA. ¡Qué atrocidad!

ANA. Más que nada, por el qué dirán.

RITA. ¡Que habría que oír lo que dirían!

ANA. ¡El mundo es así! ¿Qué más lógico ni más humano que viviésemos todos juntos?

RITA. (*Aparte a Dulcinea.*) (Esta niña, o está mochaes, o nos está tomando el ondulao.)

DULC. (*Levantándose.*) Yo, si a usted no le parece mal, desearía ver a don Paco.

ANA. (*Levantándose.*) Ahora le verá usted, y a mi tío Urbano también, y a mi tía...

LAS DOS. ¡No!... ¡A su tía de usted, no!

ANA. Con gran amabilidad. ¿Por qué no? Estén seguras

ad, que al principio no le hará mucha gracia, pero después... las considerará como lo que son, como de la familia.

RITA. (*A Dulcinea.*) Tú, que esta chavala está pa que la aten.

ANA. Y ahora. (*A Concha.*) Sí me permite usted que la de un abrazo... Se lo merece usted por desgraciada y por prima.

RITA. En eso de prima tié usted razón. ¡Como que si no fuea por mí!

DULC. Como quiera. (*Ana y Dulcinea se abrazan, y en este momento entran por la izquierda Mimbrales, Urbano, Risueño y Pepe, entran discutiendo.*)

MIMB. (*A Urbano.*) Tú no has debido decir que era tuya.

URBA. Yo lo hice por salvarte; el que no ha debido decir que era suya es aquí, Risueño.

RISU. A mí me ha movido la misma intención que a usted.

MIMB. Es que ahora, para aclarar quién es el padre, se va a mover un lío padre, ya lo verás.

ANA. Gracias a Dios que vuelven ustedes.

MIMB. (*Aparte.*) (¿Qué se habrán dicho?)

URBA. (*Idem.*) (¿Qué habrán hablado?)

ANA. (*A Urbano.*) Tío Urbano, ven a darle un abrazo a Concha.

URB. ¿Yo?

ANA. Sí, tú; un abrazo apretadísimo.

MIMB. (*Bajo, a él.*) (Como la abrace, tenemos un disgusto.)

ANA. Vamos, o me enfado.

URBA. (*Bajo a Mimbrales.*) (Ya ves que no tengo más remedio. Y que lo hago por ti.) (*Se dirige a Dulcinea, y abrazándola, la dice.*) ¡Concha! ¡Conchita! ¡Conchilla!

ANA. Así, así.

MIMB. (*Indignado, a Risueño.*) Se está hinchando el muy sinvergüenza.

RISU. (*Aparte.*) (¡Cómo le envidio!)

MIMB. Bueno, bueno, basta ya.

PEPE. Sí, basta; porque es que se ciega.

ANA. Por muchos que le dé no le paga los que le debe.

URBA. ¡Yo, por mí! Ya sabes que no me gustan las trampas... (*Intenta abrazarla.*)

MIMB. Tú te vas a estar quieto y ahora dispondré lo que se va a hacer.

ANA. Lo primero que tenemos que disponer es que comamos, porque estoy desfallecida.

RITA. ¡Qué idea más luminosa ha tenido la joven.

ANA. (Llamando.) ¡Gracia! ¡Gracia!

GRAC. (Saliendo por la izquierda) ¿Qué mandan los señores?

ANA. ¿Cómo estamos de comida?

GRAC. El pisto ya está, y las chuletas se están acabando de freír.

ANA. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Empezamos por el pisto?

RITA. Por donde sea, el caso es empezar.

ANA. Pues sacarlo, y el que quiera que me ayude a poner la mesa.

RITA. Yo misma.

PEPE. Y yo. (Ana, Rita y Pepe, cogen la mesa, la traen al centro y la colocan; después ponen las sillas, el mantel, etc., etc.)

URBA. (Bajo a Mimbrales.) (Ya comprenderás que no he tenido otro remedio... El caso era de los apretados, ya te habrás dado cuenta.)

MIMB. La que se habrá dado cuenta es ella, porque apretabas de firme.

RISU. (Que se ha acercado a Dulcinea y habla con ella en voz baja.) ¿Le ha dicho a usted su tía algo de lo que he hablado con ella?)

DULC. Sí, recuerdo que me ha dicho no sé qué de un viaje por no sé qué costa...

RISU. Por mi costa... Y unos solitarios..., y de una pulsera...

DULC. ¡Ay, por Dios! No me lo diga usted a mí, que así, con los ojos abiertos, me da una vergüenza...

ANA. La mesa está servida.

PEPE. A la mesa.

TODOS. A la mesa. (Se sientan todos. Ana María, frente al público, a su lado, Dulcinea; junto a Dulcinea, y dando frente a la puerta de la izquierda, Mimbrales, los demás indistintamente.)

ANA. (Gritando.) ¡Gracia, Gracia, el pisto!

PEPE. Venga ese pisto.

RISU. ¿Pero no llega ese pisto?

TODOS. (*Palmoteando.*) ¡El pisto, el pisto!

PEPE. (*Que se ha colocado frente a la puerta de la casa, figura que va salir a Gracia, y dice levantándose.*) Señores: momento sensacional, fíjense ustedes; ya está aquí. (*Aparece Gracia con una gran cazuela en las manos, y, al mismo tiempo, por la puerta de la izquierda, aparece Covadonga.*)

TODOS. Ya está aquí.

MIMB. (*Viendo a Covadonga y cayendo de espaldas sobre Gracia, que trae la cazuela con el pisto.*) Ya está aquí.

ANA. (*Idem.*) ¡Mi tía!

URBA. ¡Mi hermana!

RITA. ¡Menudo pisto! (*Gracia queda inmóvil con la cazuela. Mimbrales, Urbano y Ana, levantados, están aterrados; los demás, sentados, quedan en igual actitud. Covadonga, serena, fría, avanza majestuosamente hasta ellos y dice.*)

COVA. ¡Bien! Cuando creía que los unos estaban de caza, las otras camino de Madrid, y tú aquí, sola y pesarosa, y te traía la redención, me encuentro esta francachela que tiene todas las trazas de una orgía. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? Pronto. Quiero saber la verdad, pero la verdad, pura, clara...

ANA. ¿La verdad?... Yo la diré, tía.

COVA. ¿Tú?

ANA. Sí, yo, sin exagerarla, sin fantasearla, pura, clara, tal como es... Oyela. (*Momento de expectación en todos. Ana, exagerando un poco la entonación, dice, al mismo tiempo que va cayendo el telón.*) ¡Veinte años hace! ¡Moría el mes de Junio, y Julio llegaba cálido y veraniego... (*Empieza a caer el telón.*) Madrid estaba en plena verbena y en la de San Juan la conoció. Dos miradas, tres vueltas en un tío vivo, un botijo encarnado...

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo, pero con un efecto de luz que de idea que empieza a caer la tarde; en la lateral izquierda, muy al foro, y cerca de la tapia, habrá colocado un banco, y sobre él un artesón de madera con su tabla de lavar. En el centro, bajo el emparrado, está colocada la mesa, y sobre ella, el acordeón; sentado en una silla, leyendo un periódico de Madrid, aparece Corbata. Poco después, Gracia hace salida por la puerta de la derecha, con un lebrillo que sujeta a la cadera, y dentro dos camisas de caballero y una chambrá.

Al levantarse el telón, por el foro derecha, se oye la voz de un hombre que canta con música de «El Cabo primero».

VOZ. Ayayay,
cuando cojo la vara, mi bien,
ayayay,
y el capote me pongo a limpiar,
ayayay,

(Los ayayais deben oírse claramente; en cambio, la demás letra, apenas. Seguidamente al canto, y por el mismo sitio, se oye un cacareo exagerado de gallinas y pollitos.)

CORB. ¡Mardita sea! (*Gritando.*) ¡Tanasio! ¡Tanasio!

GRAC. (*Saliendo.*) ¿Qué te pasa que das esas voces?

CORB. Ese Tanasio, que en vez de estar arreglando el gallinero, se creía que está en el teatro; no hace más que cantar, y me está sobresaltando a los polluelos. ¿Y tú ande vas?

GRAC. A aclarar estas dos camisas tuyas y una chambrá de la señorita.

CORB. A propósito de señoritas. ¿Qué dirás que estaba leyendo ahora en este periódico de Madrid?

GRAC. Me lo supongo: el suceso de la señorita Dulcinea en el teatro.

CORB. Eso mismo.

GRAC. Deben traerlo toos los periódicos, porque cuando se recibió el correo, el señorito Urbano estuvo leyéndolo en voz alta

a don Francisco, y se quejaba de que habían hinchao la cosa, y casi la daban por muerta.

CORB. Este dice que está muy grave.

GRAC. Así son las cosas: grave, y ya quisiéramos estar como ella.

CORB. La que ha estao si se las lía o no, es la tía.

GRAC. Me paece que está mejor, ¡pero qué cólico más terrible, madre mía! ¡Claro, se comió ella sola casi too el pisto, y luego cinco o seis platos de la ensalá que hizo el amo! ¡N) ha reventao por un milagro!

CORB. ¡Y por las tazas de manzanilla que le has largao!

GRAC. ¿Manzanilla? ¡Sí, sí! No ha consentío en probarla; lo mismo era llevársela a los labios, que me decía: «Ay, Gracia, si supieras qué poca gracia me hacen a mí estos yerbajos, ¿por qué no me das dos deditos de cazalla, na más que pa empapar-me los labios?» Vaya un empape que tiene; ríete de las esponjas: menos que mediá ha dejao la botella.

CORB. Esa, ya que no se ha muerto de las verduras, se va a morir de una tajá. ¿Y el amo?

GRAC. Ahí dentro, con el aparato ese que trajo de Madrid..., eso que se oye lo que pasa en too el mundo, según él.

CORB. ¡Ah, sí! Un extrarrabio-escucha. ¡Qué invento más grande! Te pones un platillo negro en la oreja, y miá tú que de aquí a Madrid hay un puñao de leguas; bueno, si por un casual está sonando el reloj de la Puerta del Sol, lo oyes como si sonara aquí mismo.

GRAC. ¿Será posible?

CORB. Y toa clase de ruidos y de pregones; la otra mañana, que se lo pusieron, le decía el señor a la señora: Oye, Covadonga, hoy está la verdura en Madrid a dos veinte... ¡Pero si se oye hasta cuando llueve!

GRAC. Bueno, me voy a aclarar.

CORB. Y yo, por allá abajo de los olivos, a ver si saco una pieza, ¡más bonita!, pero que me está costando un trabajo... *(Corbata coge el acordeón, y se dirige al foro derecha, desapareciendo por allí. Gracia se dirige al final de la tapia de la izquierda, y al llegar donde está la artesa, figura que se pone a*

lavar. La figura de ella, aunque lejana, debe ser vista por el público. Por la puerta de la casa salen Mimbrales, Urbano y Ri-sueño. El primero trae en la mano un aparato (figurado, claro está) de radiotelefonía y arrastrando flexible.)

MIMB. ¿Veis? Pues lo mismo que lo hemos empalmado a las barras de hierro de la cama, se puede empalmar a la luz eléctrica, a un tubo de una chimenea, al rabo de una sartén, a un bastón de estoque... Este ahora (*Por el alambre que trae.*) le hacemos que tome tierra. (*Figurando que lo mete en el suelo.*) ¡Ajá! y ahora disponernos a oír lo que pasa por el mundo. (*Coloca el aparato sobre la mesa. Se sientan, dando frente al público, y cogen cada uno un auricular.*)

URBA. Ya tenía yo ganas de convencerme de este maravilloso adelanto.

RISU. Y yo también.

MIMB. ¡Callarse! ¡Callarse!... ¿Recoge algo?

URBA. Nada.

RISU. Nada. (*Por el foro derecha se oye lejano el acordeón tocado por Corbata.*)

URBA. Ahora, sí.

RISU. Parece así como una música lejana.

URBA. ¡Muy lejana!

MIMB. La Banda Municipal, que está tocando en Rosales: ¡si llega clarísimo! (*Ponen los tres gran atención. Deja de oírse el acordeón, y rompe Tanasio a cantar como al principio, pero cantando el «Ay, ay, ay» nada más.*)

Ayayay,

.....

Ayayay,

etc., etc.

URBA. Ahora se oye cantar.

RISU. ¡Y qué bien!

MIMB. (*Entusiasmado.*) Callarse... (*Pausa.*) Skipa.

TODOS. ¿Cómo?

MIMB. Skipa, que canta el Ayayay; debe haber función en el Real esta tarde.

RISU. ¡Y qué bien llega!

MIMB. ¿Que si llega?... Oír, oír. (*En este momento Gracia saca del barreño una camisa y la sacude con fuerza sobre la tabla de lavar.*)

URBA. Parece que aplauden.

RISU. Sí, sí; esto es que aplauden desde las butacas. (*En este momento cacarean, como al principio, las gallinas y los pollos.*)

MIMB. Y se siente hasta el murmullo del gallinero.

URBA. ¡Qué maravilla!

RISU. ¡Qué asombro! (*Gracia, al mismo tiempo que lava, rompe a cantar, pero sin estridencia y piano, pero que se la oiga bien.*)

GRAC. (*Cantando con música de «Las corsarias».*)

Como el vino de Jerez,
etc., etc.

RISU. Ahora es una diva la que canta.

MIMB. Esto debe ser en Carabanchel; habrá programa esta tarde.

URBA. Callar, a ver si la oímos bien.

RISU. A ver si nos enteramos de lo que canta.

GRAC. (*Cantando, pero sin dejar de lavar.*)

Banderita, tú eres roja.
Banderita, tú eres gualda.

MIMB. ¡Es la bandera!

URBA. ¡Sí, la bandera!

RISU. ¡La bandera es!

URBA. (*Con entusiasmo.*) ¡Si nuestros antepasados levantan la cabeza!...

RISU. (*Con entusiasmo.*) ¡Qué brutalidad!

URBA. (*Con entusiasmo.*) ¡Qué locura! (*Por la izquierda se siente rebuznar un burro.*)

MIMB. (*Sin darse cuenta y en el mismo tono.*) ¡Qué burrada! (*Por la puerta de la casa sale Rita, apoyándose en Dulcinea.*)

DULC. Ande usted, tía: un paseito por la huerta la acabará de poner bien.

RITA. Sí, pero déjame que me siente un poco antes; que estoy que no puedo con mis huesos. (*Al verlas salir Risueño, que se ha levantado, le ofrece una silla a Rita, que se sienta.*)

RISU. (*Dando la silla.*) Tome usted.

RITA. Muchas gracias, amigo Jovial.

RISU. Risueño.

RITA. Sí, es verdad... ¿Y qué hacen ustedes?

MIMB. Oyendo lo que pasa por el mundo.

URBA. Enterándonos de todo.

RITA. Y luego dicen que las mujeres somos curiosas.

MIMB. Es que esto es la radiotelefonía.

RITA. Sea lo que sea, ¿dejarán ustedes de estar enterándose de lo que no les importa?

DULC. Es el progreso, tía. Con un aparato de esos me oyen a mí cantar desde Nueva York.

RITA. Pero cómo te van a oír desde Nueva York, si no te oyen desde la segunda fila de butacas. Si no fuera por el escorzo, como llaman ahora al palmito, aviás estábamos.

MIMB. Bueno, bueno; no empecemos ya a criticar las facultades de la chica; la chica tiene voz ligera, pero voz: lo que pasa es que no se la educan.

RITA. ¡Pa educación estamos!

MIMB. Y si la cogiera un buen maestro, ya veríamos si la tiene o no la tiene. Yo no digo que la tenga pa una *Sonámbula* o pa una *Tosca*, pero pa un *Barbero* ya lo creo que la tiene. Ahora que pa un *Barbero* hace falta el maestro.

RISU. Yo le encuentro una media voz muy agradbale; suave, pastosa...

URBA. Ese es su fuerte: la media.

RITA. Como sigan hablando te hacen una *Tetachini* o una *Barrientos*.

MIMB. Bueno, y usted, ¿qué? ¿Se encuentra más fuerte?

RITA. ¿Fuerte? ¡Ay, no me hable usted, amigo Paco! ¡Qué ensaladita! ¿Por qué no se va usted al moro a hacerla y no quea ni uno?

URBA. Es que esa ensalada hay que tomarla con precaución.

MIMB. Claro, y no como ella, que la tomaba con cucharón.

RISU. De todos modos, ya es usted otra, y eso que le ha indicado Dulcinea, de dar un paseo por la huerta, le sentaría admirablemente.

DULC. ¿Verdad que sí? ¡Anda, tía!

RISU. Yo les acompañaré, por si acaso.

RITA. Bueno, pero no pase usted por donde haya lechugas, porque de verlas na más, me pongo a morir. *(Se levanta.)*

RISU. Esté usted tranquila: iremos por los viñedos.

RITA. Eso, sí: la uva ya es otra cosa.

RISU. Agárrese a mi brazo.

MIMB. No alejarse mucho, que está cayendo la tarde.

RISU. Antes de que caiga la tarde estamos aquí.

DULC. Vamos.

RITA. *(Haciendo mutis.)* ¡Ay!, y qué dichosas verduras..., si es lo que yo digo..., donde esté el jamón... A mí nunca me ha hecho daño el jamón... Y cuidao que lo tomo hasta con el chocolate... *(Desaparecen por el foro derecha los tres. Quedan solos Urbano y Mimbrales.)* Bueno, tú: me vas a hacer el favor de reprimir tus expansiones paternales, porque eso de que te aproveches de una leyenda mía para darla cada abrazo que la dejas sin respiración...

URBA. Paco, ponte en mi caso.

MIMB. Eso buscaba yo, ponerme en él; pero Ana María me ha dejao en tío político ná más, y como tío no puedo apretar lo que apretaría como padre: lo que aprietas tú.

URBA. Yo aprieto por cubrir las apariencias.

MIMB. ¿Vamos a decírnos la verdad? Tú aprietas porque te gusta.

URBA. Sí que me gusta; ya te lo he dicho muchas veces; pero yo soy un caballero. Cuando acabó tu sobrina la relación, y Covadonga, clavando sus ojos en mí, me dijo: ¡Infame, más que infame, abandonar así a una criatura!... ¿Qué iba a hacer? Encima de que la había abandonado, ¿darle una paliza? Tuve que abrazarla y besarla...

MIMB. Calla, calla, que me estás clavando un puñal en el corazón.

URBA. La ternura natural..., la voz de la sangre...

MIMB. Pero si es que lo tuyo ya no es voz, es un escándalo.

URBA. Un escándalo, cuando está Covadonga delante; que cuando no lo está, ya ves que ni siquiera la miro.

MIMB. Bueno, esto hay que solucionarlo: yo no sé lo que habrá decidido Covadonga, pero que esto de la paternidad se acaba... Yo la dejo huérfana, no te quepa duda. *(Por la puerta de la izquierda entra Ana María.)*

ANA. *(Entrando.)* ¡Ea, ya estamos de vuelta!... De vuelta y con algo que no llevé de aquí... *(Adelantando el brazo.)* ¿Os gusta la pu'sera?

URBA. ¡Muy bonita!

MIMB. ¡De mucho gusto!

ANA. Se la ha regalado la tía por haberla dicho la verdad... Y no es eso lo mejor, sino que Pepe os va a pedir formalmente mi mano esta tarde... Dice que ya que soy seria, no tiene inconveniente en hacerme su mujer. ¡Ay, bendita sea la hora en que se te ocurrió *(A Urbano.)* ir a la verbena de San Juan, y benditas sean las tontas.

MIMB. A propósito de tontas, ¿y tu tía?

ANA. Ahí viene con Pepe... Se quedó haciendo unos encargos al cochero... *(Fijándose en la puerta de la izquierda.)* ¡Ya están aquí! *(Por la puerta de la izquierda entran Covadonga y Pepe.)*

COVA. Ea, ya está todo arreglado. Doña Jesusa, en mi nombre, se ocupará de lo concerniente a la recaudación, y luego me traerán las chicas el resultado. ¡No creo que haya sido una cosa del otro jueves! Cada año hay menos entusiasmo.

PEPE. Pues a mí me ha costado cinco duros.

COVA. Es que como tú hay pocos.

MIMB. ¡Eh, eh!, que servidor se ha portado, pero que muy dignamente.

URBA. Y yo hasta la medida de mis fuerzas...

COVA. Bien; dejemos esto, y vamos a lo importante. Ya

comprenderéis que aquí lo importante es darle una solución a lo de éste (*Por Urbano.*) y su hija, y ya la tengo.

MIMB. (*Aparte.*) ¡Qué se le habrá ocurrido!

COVA. Sentarse. (*Urbano y Mimbrales se sientan juntos al extremo derecha. Al extremo izquierda, Covadonga, Ana y Pepe.*)

COVA. Como no es posible, ni sería digno ir casa por casa contando la reproable acción de éste...

URBA. ¡Covadonga!

COVA. Reproable, Urbano...

MIMB. Cállate, hombre.

COVA. Y, por otro lado, también sería reproable, coger a esa desgraciada, que, al fin y al cabo, es sangre de nuestra sangre, y echarla de aquí como un perro, he pensado una cosa, que tú (*Por Mimbrales.*), que tienes un juicio claro y sereno, la vas a encontrar de perlas.

MIMB. Habla.

ANA. Vamos a ver.

PEPE. ¡Será una cosa grande!

COVA. Si no grande, digna, por lo menos. Concha no puede seguir aquí.

MIMB. ¡Muy bien!

COVA. Toda Mancha-Real se preguntaría el porqué de su estancia.

MIMB. ¡Acertadísimo!

COVA. Que siga como estaba, en el abandono, luciendo las piernas y dando gritos por esos tablados, tampoco es justo. A era vida de desdicha debe suceder una de cariño y de tranquilidad, de olvido y de purificación, ¿me comprendes, Paco?

MIMB. (*Un poco amoscado.*) Sí, algo voy..., pero como no sé tu fin.

COVA. Mi fin no puede ser más cristiano. Que tú le des a ése (*Por Urbano.*) diez mil pesetas y que coja a su hija y se la lleve lejos a pasarse unos meses en el extranjero. (*Urbano pone una cara de alegría enorme, y Mimbrales una de espanto que asusta.*)

COVA. (*A Urbano.*) No creo que te niegues.

URBA. ¿Negarme yo? Basta que tú lo mandes.

COVA. Con diez mil pesetas puedes pasarte un par de meses...

URBA. ¡Divinamente! (*Mimbrales le echa cada mirada que lo asesina.*)

COVA. Y después regresas con ella, y ya veremos de darla acobijo junto a nosotros, pero para eso lo primero que tienes que hacer es reconocerla, darle tu apellido. Sin ser una Lacoba, no puede albergarse bajo nuestro techo. ¿No te parece, Paco?

MIMB. (*Ya amoscadísimo.*) Eso de que le dé Lacoba...

COVA. Es de conciencia.

ANA. ¡Es un deber!

PEPE. Una obligación.

MIMB. No; pero si éste en eso de Lacoba no creáis que se queda atrás... Ahora que...

COVA. (*Sin dejarle acabar.*) No lo discutas, Paco: dale las diez mil pesetas, y que se la lleve.

MIMB. (*Que está para estallar.*) ¿Que yo le dé diez mil pesetas? Encima de...

COVA. ¿Encima de qué...?

MIMB. Encima de que... la ha tenido abandonada sin acordarse de ella...

COVA. Eso es lo que tratamos de enmendar.

MIMB. ¡Que no puede ser, hombre! ¡Que no! Menudo momio!

ANA. No debes oponerte, tío.

PEPE. Es una solución magnífica.

COVA. ¡La única!

ANA. Durante ese tiempo, Urbano, para borrar su falta, extremará sus mimos y su caricias.

URBA. Eso no os quepa duda.

ANA. ¡Saben tan bien las caricias de un padre!

COVA. ¡Y esa infeliz, que nó las ha probado!

URBA. Pues ahora se va a desquitar.

PEPE. Esa es su obligación.

COVA. Mi parecer es que te la llesves a Italia... Sí, porque París es demasiado alegre, demasiado mundano.

URBA. Como quieras. Llémemela donde me la lleve, he de cumplir con mi obligación.

MIMB. (*Desesperado, y poniendo la mano sobre el aparato.*) Si no fuera por lo que es... le metía la estación receptora en la cabeza. (*Acercándose a él, y bajo.*) ¡Hipócrita!

URBA. (*Idem.*) ¿Pero qué quieres que haga? ¿Que te descubra?

COVA. (*Levantándose.*) Entonces, puesto que todo está convenido...

MIMB. (*Dando un grito, al mismo tiempo que se da una palmada en la frente.*) ¡Ah! ¡Ya está, ya está!

TODOS. ¿Qué?

MIMB. ¡El complemento!, ¡la seguridad!, ¡la tranquilidad! ¡Qué idea más feliz! ¡Qué locura de idea!

COVA. Habla.

MIMB. (*Más entusiasmado.*) ¡Me vais a abrazar!

ANA. ¡A ver, a ver!

URBA. (*Aparte.*) (Este me agua el viaje.)

MIMB. Tu solución es magnífica, Covadonga, pero le falta algo, algo que nos dé la seguridad de que éste cumple el sacratísimo deber que se le ha impuesto.

URBA. ¡Te diré!

MIMB. Tú no tienes que decirme nada; ni tu conducta ni tus antecedentes son garantía para nosotros; ¿quién nos asegura que una vez con los dos mil duros en el bolsillo no deja a la chica en Madrid y se lanza por ahí a recordar su vida pasada, esa vida que lleva dormida en él, pero que en cuanto palpe los billetes, se tira de la cama? ¿Cómo puede retenerle el cariño de una chica que, desde que nació, no la ha visto hasta ahora? Y si nosotros le damos ese dinero y nos hace una de las muchas que nos ha hecho, ¿qué diremos después? ¿Podremos culparlo a él?

COVA. ¡Qué sincero eres!

ANA. ¡Y con qué verdad habla!

PEPE. Entonces, ¿usted cree que no debe llevársela?

MIMB. ¿Cómo que no? ¡Si la idea de Covadonga es admirable! Ahora, que él no debe ir solo; debe acompañarle alguien, alguien que le vigile, que le espíe, que le dé el dinero a medida

que lo vaya necesitando, que sea nuestra seguridad, nuestra tranquilidad...

COVA. ¿Y quién puede ser esa persona?

MIMB. Yo.

COVA. ¿Tú?

MIMB. Yo, que me sacrificaré una vez más por la familia.

URBA. (*Aparte*). ¡Qué farsante!

MIMB. Yo, que aunque no me inspira gran interés esa chica...

URBA. (*Idem.*) ¡Qué embustero!

MIMB. No dejo de comprender, como tú, que no se la puede dejar en la calle como a un perro.

PEPE. ¿Pero va usted a abandonar sus negocios?

MIMB. Total, dos meses..., hasta que vea a éste por el buen camino.

COVA. (*Lamentándose.*) ¡Qué vida, Señor, qué vida!

MIMB. ¡Sí, hija mía, sí, qué vida! (*Aparte, y más alegre.*)
(¡Qué vida me voy a dar!)

URBA. Bueno, todo eso está muy bien; pero yo, en vista de que ni aun como padre os merezco confianza, he decidido no irme.

COVA. ¿Cómo que no?

MIMB. Tú te vas con tu hija, porque es tu obligación.

URBA. Solo.

MIMB. Conmigo.

URBA. (*Subiendo más la voz.*) Solo.

COVA. ¡Por Dios, que estamos casi a flor de carretera..., y si pasa alguien...! ¡Vamos dentro; allí determinaremos lo que sea!

MIMB. Aquí no hay que hacer mas que tu voluntad. Tú has dicho que se vaya éste y que yo me vaya con él, y nos vamos.

URBA. Y yo he dicho que voy solo, o no voy...

MIMB. (*Bajo a él.*) Te doy para ti quince mil pesetas.

URBA. ¡Oh!, no voy a tener más remedio que obedeceros.

COVA. Vamos, vamos dentro.

MIMB. (*A Ana María.*) Tú, has el favor de desenchufar del suelo ese flexible y recogerme el aparato y entrarlo.

ANA. En seguida, tío. (*Entran todos por la puerta de la casa, menos Ana María, que se queda haciendo lo que le ha mandado*

Mimbrales, y estando en ello, entra por la puerta de la izquierda Urbano Pegote, de unos cuarenta y cinco años, vestido modestamente, bigote ancho y recortado. Trae en la mano derecha un palo o vara, como de medio metro de largo, con el que indistintamente acciona y juega.)

PEGO. (*Desde la puerta.*) ¿Puedo circular?

ANA. ¿Eh? ¿Quién?

PEGO. Que sí hay licencia para avanzar.

ANA. ¡Ah! Avance, y diga lo que desea.

PEGO. Lo primero y más conducente es que haga mi presentación, digo, me parece a mí.

ANA. Como le parezca.

PEGO. Urbano Pegote y Cañizares, guardia municipal del Ayuntamiento matritense, encargado de regularizar la circulación por las grandes vías de la urbe, mediante un airoso jugueteo de porra; no me hago tarjetas porque me saldrían muy caras.

ANA. ¿Y a qué viene usted aquí?

PEGO. Vengo porque leí en la Prensa el sucedido a la cupletista Dulcinea, y como esa Dulcinea, aunque me esté mal el decirlo, es mi hija...

ANA. (*En el colmo del asombro.*) ¡Su hija!

PEGO. Mi hija, sí; sólo que desde que se lanzó a esa vida varietinesca renegué de ella, y le prohibí que hiciese uso de mi apellido, porque servidor, Urbano Pegote, está muy bien considerado en la Corte, y dependo de una casa como el Ayuntamiento, donde too es moralidad y seriedad y buenas costumbres, y figúrese usted, si le da por anunciarse con mi apellido y me levanto una mañana y me veo en una esquina un Pegote en letras de colores, ¡se me parte el casco de vergüenza!

ANA. ¿De modo que usted se llama Urbano?

PEGO. Urbano.

ANA. ¿Y Concha Lina?...

PEGO. Lina es patronímico de la madre, que Dios la tenga a su lado, que pa mí que no la tiene, porque hay caracteres que ni Dios los aguanta.

ANA. ¿De modo que usted se ha enterado?...

PEGO ¡Del accidente! Y como según parece, se trata de una

cosa grave, y no quiero que me acuse la conciencia de que en un momento así no responda el instinto paternal que llevo, pedí un permiso, tomé el tren, me dijeron en el pueblo que estaban aquí, y aquí he venido.

ANA. Y aquí está con su tía.

PEGO. Y eso es lo que me ha hecho venir más pronto, porque yo, a su tía Rita, me la sé de memoria, y si, lo que el Hacedor no haga, ocurriese una desgracia, la Rita se queda hasta con el último hálito de la chica; es decir, que a mí, que soy su padre, no me deja como recuerdo ni una alhaja, ni una toalete, ni lo que se dice un modestísimo jupe culote. *(En este momento Gracia baja hasta la batería cargada con el lebrillo y las camisas aclaradas, y al ir a pasar, Pegote levanta el brazo con la vara y le dice a Ana, indicándole que se aparte.)*

PEGO. Haga el favor. *(Ana se echa atrás y le dice a Gracia.)* Puede circular.

GRAC. *(Pasando.)* ¿Y a qué viene eso?

PEGO. Es la costumbre.

GRAC. Pues, muchas gracias. *(Al mismo tiempo que entra en la casa.)* Este tío debe ser bastonero de algún baile.

ANA. ¿De modo que usted, en Madrid, no se trata con su hija?

PEGO. Ni verla, y ya le he dicho la causa.

ANA. La vida que hace, ¿verdad?

PEGO. Si a eso se le pué llamar vida. Del teatro a la juerga; de la juerga al teatro. Ella cree que yo no lo sé, y estoy enterado de too. Ultimamente, estando en Maravillas, se iban a cenar toas las noches a la cuesta de las Perdices con unos señores de aquí, de Mancha-Real, un tal Mimbrales, que es el que ahora parece que está en candelero, y el que la ha contratao aquí, y al que estará explotando la tía..., porque he oído decir que tiene dinero.

ANA. ¡Mucho!

PEGO. Pues como se haga de miel... Y conste que es una vergüenza que un padre diga esto de su hija, pero no me queda más recurso que darle con la porra o dejarla, y entre el golpe o el abandono, me ha pareció mejor esto último.

ANA. Bueno, pues ha tenido usted suerte, señor de Pegote, porque su hija está aquí y está buena y se la va usted a llevar, pero se la va a llevar con unos cuantos billetes de mil pesetas.

PEGO. ¿De mil pesetas? ¿Se trata de una indemnización?

ANA. Se trata de que haga usted lo que yo le indique y nada más. Por lo pronto usted, en vez de ser el padre, va a ser un tío.

PEGO. ¿Un tío?

ANA. Sí, un hermano de la madre que ha leído lo que ha pasado y viene por su sobrina.

PEGO. ¿Pero es que ella...?

ANA. De ella me encargo yo; no tema usted que le descubra; todo esto, en el caso de que usted esté dispuesto a llevársela con esos cuantos billetes.

PEGO. ¿Cuántos?

ANA. Dos o tres o cuatro, usted no se preocupe.

PEGO. Me la llevo.

ANA. En ese caso, dé usted un paseo por esa Avenida, que ahora le llamaré.

PEGO. Ahí me tiene usted, como si estuviera de servicio. *(Pegote marcha hacia el foro, pero sin desaparecer.)*

ANA. *(Después de un momento de pausa dice como si hablase consigo misma.)* Bueno, Ana María, ahora resulta que tío Urbano no es nada de esa Dulcinea, y que tío Paco sí es algo, pero no lo que creemos, sino algo peor y que no ha habido nada de botijos ni de tontas, ni de tíos vivos, es, decir, de tíos vivos, sí; mis dos tíos, que me han hecho que le cuente a mi tía una historia que ella la ha tomado por cierta, y encantada de mi verdad, me ha regalado una pulsera y está dispuesta a apadrinar mi boda con Pepe. *(Pausa.)* Bueno, Ana María, y ahora, ¿qué haces? ¿Decir que lo que dijiste es mentira, que tío Paco es un farsante, que tío Urbano es un embustero, y que la verdad, la pura verdad, es que...? No, yo no lo digo. Yo no lo digo porque, además de quedar mal con mis tíos, seguramente quedaría mal con mi tía también, que no me perdonaría nunca el disgusto tan enorme que le daba, y, además, que luego tendrían, como siempre sucede, que reconciliarse, y para reconciliarse buscarían una

disculpa, y la disculpa ya me la sé de memoria: que yo no dije una palabra de verdad y que soy una embustera, y adiós pulsera y adiós boda. Por eso, lo mejor es que sigan creyendo que dije la verdad y que yo siga diciendo la mentira, que la mentira es más verdad que la verdad misma, cuando la mentira es conveniente para todos. *(Por la puerta de la casa salen Covadonga, Mimbrales, Urbano y Pepe.)*

PEPE. *(Pepe, que sale primero.)* ¿Pero qué haces aquí tan sola, criatura?

ANA. *(Que se ha acercado a la mesa.)* Nada, que me puse a escuchar, por curiosidad, y me pareció oír así como unas voces...

PEPE. ¿Voces? No serían las de éstos. *(Por Urbano y Mimbrales.)*

ANA. ¿Qué? ¿Habéis quedado en algo definitivo?

MIMB. *(Con alegría.)* Todo arreglado. Mañana, en el correo, nos marchamos a Madrid...

URBA. Y de Madrid a Italia.

MIMB. Dos mesecitos en el feudo de Mussolini, y luego ya dispondrá Covadonga.

ANA. ¿De modo que tío Urbano está conforme en que vayas con él?

URBA. ¿Qué voy a hacer? ¡Se ha empeñado!... Claro que la medida es algo bochornosa para mí, pero por los hijos hay que sacrificarse.

COVA. Que te sacrifiques tú, me parece muy bien, pero que me sacrifique yo, ajena a tus diversiones y a tus correrías..., y, sin embargo, voy a estar dos meses separada de mi esposo.

MIMB. Eso, que te sacrifiques tú, allá tú, pero nosotros..., yo separado de Covadonga dos meses nada más...

ANA y PEPE. ¿Eh?

MIMB. Nada más que de pensarlo se me pone un humor... Por eso, cuanto más pronto nos vayamos, mejor; porque es que estoy sufriendo. Ahora mismo debíamos salir en automóvil..., en coche..., en bicicleta...

COVA. ¡Jesús, qué cosas dices!

MIMB. Figúrate, ¡separarme de ti!

COVA. ¡Para mí es un golpe!

MIMB. Y para mí una paliza.

ANA. ¡Ea, pues tranquilizaos, que de nada de esto hay necesidad!

MIMB. y URBA. ¿Eh?

COVA. ¿Cómo?

ANA. Ni el tío Urbano se la lleva ni el tío Paco se va...

URBA. ¿Qué estás diciendo?

MIMB. ¿Qué fantasía estás urdiendo?

ANA. ¿Fantasía?... ¡Nunca!... Ya saben ustedes que desde hoy no salen de mis labios mas que verdades. (*Llamando al foro.*) ¡Eh, señor de Pegote! Haga el favor.

URBA. ¿Pegote?

MIMB. ¿Pero a qué viene este Pegote?

ANA. Ahora lo van a saber. (*Presentando a Pegote.*) Don Urbano Pegote y Cañizares, tío carnal de Dulcinea, que leyó en la prensa lo ocurrido y viene en nombre de la familia a llevársela... Vosotros debéis conocerle, tío; el señor es guardia urbano, de esos de la porra.

MIMB. (*Bajo a Urbano.*) ¡Este es el padre.

URBA. (*Idem.*) ¿Y por qué dice que es el tío?

ANA. Además, y fijaos bien en esto, viene dispuesto a llevársela y a que se acaben las cenas en la Cuesta de las Perdices al terminar la función.

MIMB. (*Comprendiéndolo.*) ¡Porra!

URBA. (*A Mimbrales.*) Está lo sabe todo.

MIMB. (*Idem.*) ¡Dios quiera que no me comprometa!

PEGO. Moralidad y buenas costumbres, sí, señores.

COVA. Bueno; pero es que, Urbano, según tú me has contado...

ANA. Es el padre, y te he contado la verdad, y como padre le va a dar ahora al señor, por conducto de tío Paco, cuatro mil pesetas para que atienda a la regeneración de la pobre Concha; y luego, todos los meses, le mandará mil, que tú se las darás a tío Urbano, y tú (*A Urbano, aparte.*) (Te quedas con ellas.) (*Alto.*) Se las giras. ¿Verdad que sí, tía? Así tú cumples con tu corazón y tío Paco no se aparta de tu lado.

COVA. Eres un ángel. ¿Tú ves lo que se gana diciendo la verdad?

URBA. ¡Como que no hay otro camino!

MIMB. ¡Esta chica se ha enmendao mucho!

PEPE. ¡Como que me caso en seguida!

ANA. ¡Vengan esas cuatro mil, tío!

MIMB. (*Aparte, y mientras las saca.*) (Bueno; yo se las doy; pero en el primer viaje que haga a Madrid, se lo cuento al Alcalde. Ahí van.

ANA. Tome usted, y a moralizarla...

MIMB. A ver si logra usted que no la conozca ni su padre.

PEGO. Se hará lo que se pueda.

COVA. Bueno, pero ella, ¿dónde está?

URBA. Dando un paseo por la huerta con Risueño y su tía.

MIMB. Voy yo mismo a avisarle.

ANA. No, tú no, tío, voy yo. Tú te afectarías demasiado... la abrazarías..., como la quieres tanto...

URBA. (*Aparte, a Mimbrales.*) (Está jugando con nosotros al fútbol.)

MIMB. (*Idem.*) (A mí me ha hecho un goal de cuatro mil pesetas.) (*En este momento, por el foro derecha, hace salida Corbata, con el acordeón y una carta en la mano.*)

PEPE. Ahí está Corbata, él puede ir.

CORB. (*Llegando hasta ellos y dándole la carta a Mimbrales.*) Con permiso.

MIMB. ¿Qué es esto?

CORB. Una carta que hace un rato me dió en la talanquera, que sale al atajo, el señor Risueño, para usted.

MIMB. ¿Para mí?

CORB. Me dijo que no tuviera prisa por entregársela...

MIMB. ¿Qué le habrá ocurrido. (*Leyendo.*) «Amigo Paco: Dulcinea no se encuentra bien, y como dice la tía que lo que le hace falta es monte, me la llevo a Monte-Carlo. Llegaremos el lunes, y el martes te escribiré diciéndote qué tal le ha sentado. Muchas cosas de la tía; de parte de Concha que te diga que se va muy triste. Y de la mía, ¿qué voy a decirte?, también triste. Tuyo, Risueño.» Pero ¿estáis oyendo?

URBA. ¡Este Risueño siempre ha sido un farsante!

ANA. Este Risueño siempre ha sido un buen amigo. Conocía

tu situación, sabía que tía Covadonga lo ignoraba todo y que tú no tenías medios para curarla, y por no herir tu delicadeza, ofreciéndote dinero.

PEGO. ¿De modo que se ha ido a Monte-Carlo?

PEP. A Monte-Carlo.

PEGO. Pues ahora mismo regreso a Madrid, pido quince días de licencia, y me planto allí.

COVA. A reprenderla por su conducta.

PEGO. A eso, y a pasarme quince días estudiando la circulación.

URBA. ¿La circulación en Monte-Carlo?

MIMB. Sí, hombre. La circulación de los caballitos.

PEGO. Conque, señores, Urbano Pegote, en Madrid; calle de la Sartén, según se entra por el rabo, la segunda puerta a mano derecha. De siete a nueve de servicio en la Red de San Luis, y al terminar, a casa. Ya saben ustedes, de la red a la Sartén.

MIMB. Este tío es un besugo.

PEGO. (*Saludando y haciendo mutis.*) Reconocidísimo. (*Se va por la primera izquierda.*)

PEPE. (*Estrechando a Ana María.*) Ana María.

ANA. Pepe.

PEPE. Nos casaremos en seguida, ¿verdad?

ANA. Cuando los tíos lo digan.

COVA. En seguida. Tu enmienda ha sido tan grande, que bien te lo mereces, ¿verdad, Paco?

MIMB. Y tanto; como que si sigue así, ya te puedes fiar de ella.

URBA. En esta ocasión no ha dicho mas que la verdad.

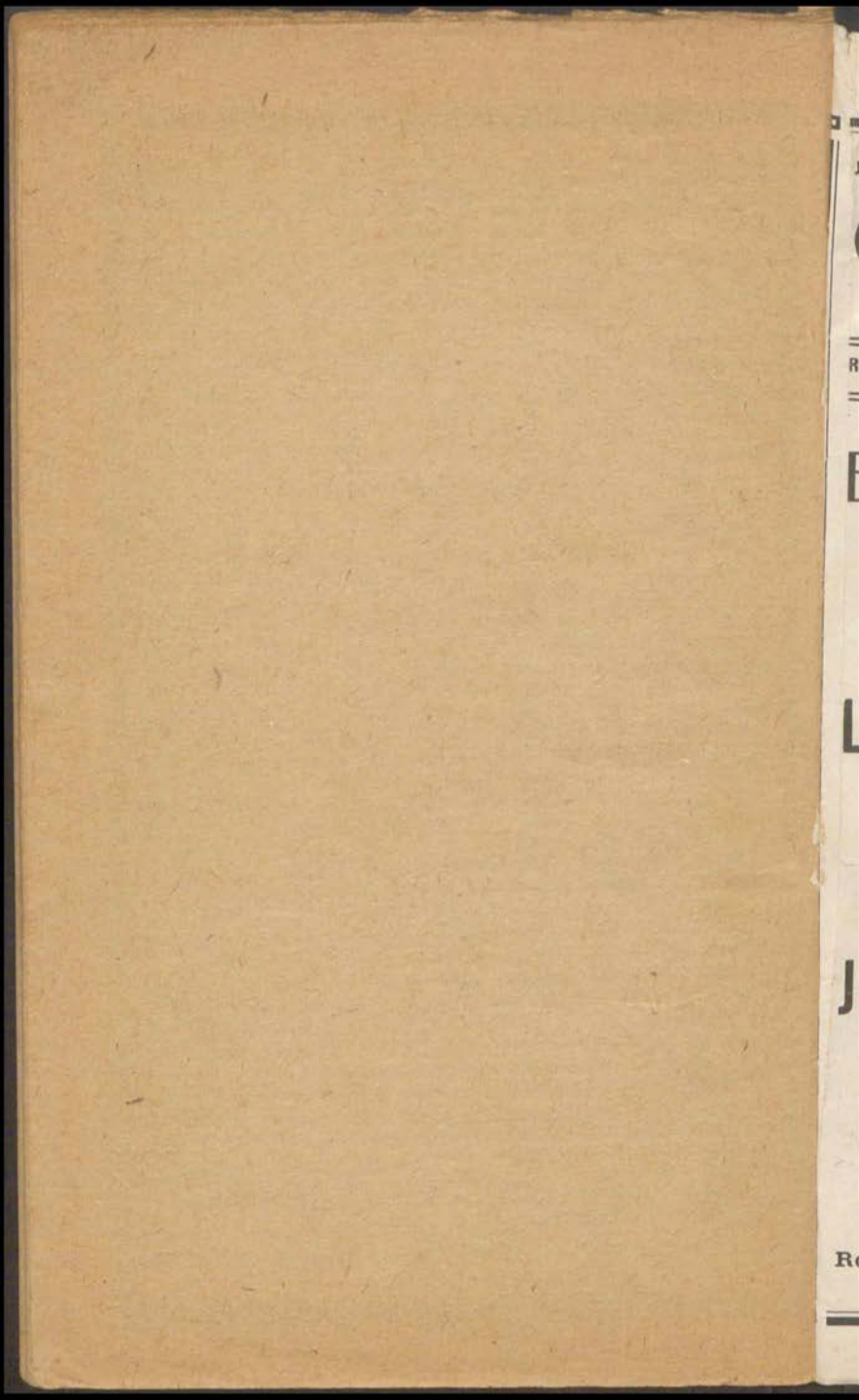
ANA. ¿Verdad que sí, tíos?

MIMB. La pura verdad.

Números publicados de "COMEDIAS"

Núm. I. Jacinto Benavente: Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—E. García Álvarez y J. Asati: Clara Luna.—
 Núm. II. G. Martínez Sierra y Honorio Maura: Susana tiene un secreto.—C. Arniches y Antonio Paso: ¡Qué encanto de mujer!—
 Núm. III. Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas: Currito de la Cruz.—Eduardo Marquina: El pavo real.—Núm. IV. Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández: Los campanilleros.—Luis Caballero y E. Gutiérrez Roig: Poderoso caballero...—Núm. V. Carlos Arniches: La cruz de Pepita.—Augusto Martínez Omedilla: La mano de Alicia.—Núm. VI. S. y J. Álvarez Quintero: La consulesa.—F. Romero y G. Fernández Shaw: La sombra del Pilar.—
 Núm. VII. G. Martínez Sierra: Mujer.—E. García Álvarez y Fernando Luque: Calixta, la prestamista.—Núm. VIII. Eduardo Marquina: Una noche en Venecia.—Jacinto Benavente: De cerca.—
 Núm. IX. Manuel Linares Rivas: La jaula de la leona.—Francisco Serrano Anguita: La simpatía.—Núm. X. Pedro Muñoz Seca: La señorita Angeles.—Antonio Paso y Ricardo González del Toro: Soltero y solo en la vida.—Núm. XI. A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo: Lorenza, la seria.—G. Martínez Sierra y Honorio Maura: Mary, la insoportable.—Núm. XII. Jacinto Benavente: La fuerza bruta.—Luis Chiarelli: La máscara y el rostro.—Núm. XIII. S. y J. Álvarez Quintero: Mundo, mundillo...—Pedro Mate: En la boca del lobo.—Núm. XIV. Muñoz Seca y Pérez Fernández: La tela.—Los chatos.—Núm. XV. Emilio G. del Castillo y Luis M. Román: La caletera.—Jacinto Benavente: El amor asusta.—
 Núm. XVI. G. Martínez Sierra: Sueño de una noche de agosto.—García Wilder: Salomé.—Núm. XVII. Sutton Vane: El viaje infinito.—A. Torres del Alamo y A. Asenjo: Rocio, la canastera.—
 Núm. XVIII. Alberto Insúa: La madrileña.—S. y J. Álvarez Quintero: Fortunato.—Núm. XIX. José María Granada: Soleá.—Antonio Paso (hijo) y Francisco Loygorri: Las mujeres de Lacuesta.—
 Núm. XX. Miguel de Unamuno: Todo un hombre.—Jacinto Benavente: Modas.—Núm. XXI. Sissar Gipsy: El perfume del pecado.—Francisco Serrano Anguita: El aire de Madrid.—Núm. XXII. Gregorio Martínez Sierra: Esperanza nuestra.—Jacinto Benavente: El marido de la Tellez.—Núm. XXIII. Muñoz Seca y Pérez Fernández: El sonámbulo.—Gabriel D'Annunzio: La antorcha escondida.—Núm. XXIV. Manuel Linares Rivas: Almas brujas.—E. García Álvarez y F. Luque: La caravana de Ambrosio.—
 Núm. XXV. J. López Núñez: El niño de las monjas.—J. Juan Cadenas: El señor cura y los ricos.—Núm. XXVI. Pío Baroja: Arlequín, mancebo de botica.—El mayoralzgo de Labraz.—Núm. XXVII. P. Muñoz Seca y J. López Núñez: El rayo.—Jacinto Benavente: El marido de su viuda.—Núm. XXVIII. S. y J. Álvarez Quintero: Zaragatas.—A. F. Lapina y J. F. Escobar: La rubia

del expreso.—Núm. XXI. **J. Benavente**: La losa de los sueños. **Asenjo y Torres del Álamo**: Paloma de Postineras.—Núm. XX. **P. Muñoz Seca**: La bondad.—**G. del Castillo y G. Palencia**: La joven Turquia.—Núm. XXXI. **Arniegas, Paso y Estremera**: Los celos me están matando.—**José María Granada**: Te portas como quien eres.—Núm. XXXII. **Enrique Ibsen**: Casa de muñeca.—**Jasinto Benavente**: El suicidio de Lucerito.—Núm. XXXIII. **Jasinto Benavente**: Los intereses creados.—**Alfilerazos**.—Núm. XXXIV. **G. Martínez Sierra**: La hora del diablo.—**Suárez de Deza**: Ha entrado una mujer.—Núm. XXXV. **P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández**: La cabalgata de los Reyes.—**J. Benavente**: La señorita se aburre.—Núm. XXXVI. **J. Luengo y J. M. Granada**: Los Carvajales.—**Luis de Vargas**: Las de Mochales.—Núm. XXXVII. **P. Muñoz Seca**: El chanchullo.—Los trucos.—Núm. XXXVIII. **Luis de Vargas**: Charleston.—**F. Gómez Hidalgo**: Una comedia para casadas.—Núm. XXXIX. **J. Benavente**: La princesa Bebé.—El dragón de fuego.—Al natural.—Núm. XL. **A. Paso y R. González del Toro**: Los autores de mis días.—**Oscar Wilde**: El abanico de lady Windermore.—Núm. XLI. **E. Suárez de Deza**: Avéntura.—**Luis Manzano**: La perla de Rafael.—Núm. XLII. **Benavente**: La casa de la dicha.—**C. de la Barea**: El alcalde de Zalamea.—Núm. XLIII. **S. y J. Álvarez Quintero**: La buena sombra.—**Enrique Ibsen**: Espectros.—Núm. XLIV. **Luis Manzano**: Doña Tufitos.—**Benavente**: ¡Si creerás tú que es por mi gusto!—Núm. XLV. **Emillio Sáez**: La familia es un estorbo.—**M. y A. Machado**: Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel.—Núm. XLVI. **Serrano Anguita**: La pájara.—**A. Dumas**: La dama de las camelias.—Núm. XLVII. **Suárez de Deza**: ¡Padre!—**Moratin**: La comedia nueva.—Núm. XLVIII. **Luque y Calonge**: La pastorela.—**Wilde**: La importancia de la señorita.—Núm. XLIX. **Abati y Lucio**: El niño desconocido.—**Cadenas y Plañol**: La niña pera.—Núm. L. **Benavente**: Por qué se ama.—**Molière**: El avaro.—Núm. LI. **Loygorri y González Álvarez**: Lacoma es un punto.—**Mirevaux**: El legado.—Núm. LII. **Martínez Sierra y G. Roig**: Guñitos.—**Musset**: El candelero.—LIII. **Cadenas y Abati**: Los nuevos señores.—**P. Muñoz Seca**: Los planes de Milagritos.—Núm. LIV. **P. Muñoz Seca**: La venganza de Don Mendo.—**Goethe**: Fausto.—Núm. LV. **Valentín de Pedro**: El veneno del tango.—**Musset**: Fantasio.—Núm. LVI. **Cadenas y Abati**: Dollars.—**Tolstoi**: El poder de las tinieblas.—Núm. LVII. **Garola Álvarez y Abati**: Riña de Gallos.—**D'Annunzio**: Sueño de un atardecer de Otoño.—Núm. LVIII. **Muñoz Seca**: El espanto de Toledo.—**Paso y González del Toro**: Suéltate el pelo, Rosario.—Núm. LIX. **Torrés y Asenjo**: La Peque resulta grande o lo que puede el ingenio.—**M. Fernández Palomero**: Las niñas de mis ojos.—Núm. LX. **Gabaldón y G. Roig**: El dúo de Manón.—**A. Paso (hijo) y E. Paso**: El espejo de las doncellas.—Núm. LXI. **Pilar Millán Astray**: Al rugir el león.—**Luis Salado**: Don Pablote.



NUM. 63

30 DE ABRIL DE 1927

AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26

MADRID

Apartado 8.036

EDITORIAL SIGLO XX

HA PUESTO A LA VENTA

La obra de más éxito de Muñoz
Seca y Pérez Fernández

Los extremeños se tocan

y

la comedia en tres actos
original de Honorio Maura

Julietta compra un hijo

Precio: 5 ptas. ejemplar.

Los pedidos a EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez S. Pedro, 26. — Apartado 8.036. — MADRID

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72. — Madrid.



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID